



*La Amante del
Impostor*

LUISA  CISNEROS

La Amante del Impostor

Luisa M. Cisneros

Copyright © 2016 Alba Digital Publishing.
Todos los

derechos

reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba
info@albadigitalpublishing.com

Digital

Publishing

Prólogo

¿Durante cuánto tiempo arde un corazón rostizado por el fuego? ¿Quién rescata los mitos que se confunden con la historia? Algunos relatos sufren la torcedura de la memoria y llegan hasta nuestra era intervenidos por conveniencias y tergiversaciones que ya nada tienen que ver con nuestro mundo. Hay polvo y mugre entre la historia oficial y el mito, entre los héroes y sus adversarios. Hay ciertos roces que la historia omite, besos que no le interesa narrar, roces que perduran en secreto. Pero son estos pequeños y humanos encuentros los que definen una voluntad y su propósito antes de que cualquier historia sea escrita para las futuras generaciones. Los historiadores poco saben de estos latidos y confían en una línea recta de hechos y nombres que aparecen y desaparecen sobre un mapa. Así, en esta historia, hoy afloran los mitos que nunca fueron contados, pero que siempre permanecieron como polvo de ceniza en las orillas de una hoguera apagada esperando por el momento de dar un último chispazo que venza al olvido.

Guillén de Lampard, al igual que casi todos los hombres en su juventud, apenas adivinaba las coordenadas de su destino pero se sentía animado por un ímpetu superior a sus miedos. Extrañaba a su querida Irlanda, aquel verde intenso y su calidez profunda doliendo en los huesos. Muy probablemente comenzaría a extrañar al odiado Londres, esa pocilga de murmullos y traidores, cuando zarpara el barco en el cual estaba cifrado su futuro. No era conveniente continuar en aquel hervidero de ratas y tampoco podía regresar a su tierra. En cada esquina acechaba una amenaza contra su libertad. Comenzaba a ser un hombre que a su paso silenciaba a los valientes y animaba el cotilleo de las mujeres. No le satisfacían las huidas pero creía tener entre sus manos el cumplimiento de una misión superior a su envalentonamiento. Un propósito iluminado y temible hilándose lentamente, un llamado a la aventura. De pronto sentía que alguien lo convocaba al otro lado del mundo, que alguien lo esperaba. Alguien con quien compartir los mismos sueños y luchas. La prudencia, en este caso, era el camino a seguir para lograr resultados definitivos y cumplir un objetivo largamente soñado, el sueño de sus padres y el de otros tantos compatriotas que rumiaban en las sombras la esperanza de su libertad.

—Es imposible —recordaba replicarle a su abuelo en Irlanda durante sus años de adolescencia—. Los ingleses tienen mejores armamentos y mucho más hombres para pelear en nuestra contra.

—Ellos no conocen el sudor tras haber trabajado la tierra durante meses, la emoción ante el primer brote, la resistencia al licor amargo, ni el favor de nuestro Señor —le respondía su abuelo.

—¿Acaso Dios está de nuestra parte? —dudaba Guillén.

—Dios no favorece al hombre que pone una corona en su cabeza, sino a quien arroja un hacha a sus pies.

Guillén nunca entendió del todo esas palabras de su abuelo pero no pudo olvidarlas desde entonces, y al paso de los años se las repetía como una plegaria sin intentar comprenderlas. Atrás quedaría Irlanda y sus juegos de niños creyéndose elegidos por los dioses. Luego la vida en Inglaterra le hizo pensar muy poco en injusticias o rebeliones, rodeado de bailes, clases eruditas y borracheras. Pero entre libros y conversaciones, su sangre irlandesa se sentía animada por los cuentos de héroes que preferían morir antes que rendirse bajo el yugo de un conquistador, y adivinaba disimulados desprecios en la sonrisa de aquellos que amablemente le dejaban hacerse un lugar allí siempre y cuando reconociera la autoridad de un Rey sobre su propia tierra, como anexo de otra tierra supuestamente mejor. Algo no estaba bien en esa repartición. Algunos privilegios eran conquistados sin esfuerzo valiéndose

de excusas como Dios o la sangre, mientras que los que no accedían a ellos asentían sin oponer resistencia. Pero, ¿eran legítimos estos derechos? ¿Verdaderamente legítimos a los ojos de Dios? La tierra es de quien la trabaja, de quien la puebla, de quien ríe y llora sobre ella. Quizás su abuelo tenía razón: no hay coronas por encima de los dioses o los pueblos.

Invitado por otros como él, Guillén participaba curioso en algunas reuniones clandestinas en contra del Rey y la Corona. Al principio parecía una travesura colegial, el natural desprecio de un hombre joven frente a cualquier autoridad, pero luego, algunos de sus amigos fueron interrogados y desaparecían para reaparecer luego golpeados en cualquier callejón oscuro. Si seguía viviendo allí pronto sería apresado antes de cualquier intento en nombre de sus ideales. Debía partir y fortalecer su causa, conseguir aliados, apoyo financiero y un plan de regreso. Al otro lado del mar lo esperaba la buena fortuna o la peor de las desgracias, pero estaba dispuesto a arriesgarse para no renunciar a su propósito.

Con la mirada fija en una antorcha buscaba un cómplice mudo entre las llamas, mientras el fuego crepitaba como un viejo amigo asintiendo sin palabras. Había concebido un plan que ameritaba poner tierra y mar entre su pasado y su futuro. Plena noche cerrada en un puerto clandestino, a lo lejos, un barco dibujaba su silueta en la niebla. Nadie notaría su ausencia hasta pasados varios días. Había un lugar para él allí en ese monstruo de maderamen, anclas, cañones y velas. Ya saboreaba los jugos y las mieles de esa tierra fértil y milagrosa de la cual tanto había escuchado. ¿Tendría que modificar su acento o le serviría bien para su farsa? Tan inquieto como el fuego de su antorcha, estaba dispuesto a arder antes que rendirse.

Capítulo 1

Sus ojos morenos e inquisidores disfrazaban su rudeza con un velo de coquetería. El Virreinato entero alababa su belleza, los poetas escribían versos sobre sus virtudes y su fiereza encendía la animosidad en su contra por parte del resto de las mujeres. Codiciada adonde quiera que iba, su piel café, engalanada con unos senos redondos y unas caderas pronunciadas, hacían de sus vestidos las prendas más odiadas por los hombres que la imaginaban libre de ellas. Muchos miembros de la corte, y otros tantos aventureros sin herencia, la habían pretendido en aquella tierra con la secreta esperanza de ser el elegido para domarla, llevársela a España y lucirla en las cortes. Como una amenaza, la vieja y Madre Patria se anunciaba en muchas de esas propuestas, y ella se veía obligada a reconocer y fingir respeto ante ese nombre como súbdita de los territorios conquistados, ocultando su odio por esa otra España real al otro lado del océano. Pero la Nueva España, la colorida América de su infancia, reverberaba en su sangre y era evidente en su piel morena, se contoneaba en sus andares exóticos, en el insoportable calor que le asediaba al usar aquellos incómodos vestidos. La tierra húmeda y caliente de su madre y antepasados sudaba en su cuerpo, asediándola de noche en sus sueños. Cuánto deseaba estar desnuda y correr libre para perseguir pájaros de vuelo rápido y ahogar insectos en un río, tal como pasaban sus días antes de que su padre, un rico terrateniente emparentado con una mestiza de raíces indígenas, decidiera asumir oficialmente su paternidad y preocuparse por ella como una hija legítima. Educada en un prestigioso colegio español en la Ciudad de México, su padre se aseguró de que aprendiera la gramática, el cálculo, la religión y todo lo necesario para convertirse en una mujer socialmente aceptable e influyente dentro del Virreinato. Pero su ánimo siempre se ensombrecía pensando en el mundo anterior a esos vestidos asfixiantes, pañuelos sudados e inútiles abanicos. Le asediaba un recuerdo encantado en el cual no existían rezos ni penitencias, sino una conversación directa con los dioses que vencieron el tiempo, esos dioses que ya nadie adoraba pero de los cuales su madre se encargó de hablarle durante los intermedios de sus lecciones de catecismo. Dioses que mudaban la piel y se confundían con el rocío, dioses que no agonizaban hasta morir en un madero sino que preferían hacerlo florecer. Ella era la hija de esos tiempos, última heredera de un linaje valeroso.

María del Carmen Moctezuma veía con indiferencia los acercamientos indecorosos de los hombres que la cortejaban. Ni una sola palabra, ni un solo gesto, le resultaban novedosos. Sin sorpresa no hay seducción y ella se creía incapaz de enamorarse.

—¿No crees en el amor, Carmencita? —le decía con sorna uno de sus pretendientes.

—¿El amor? El amor es una distracción. —replicaba ella—. Y no me gusta que me llamen Carmencita. Llámame María del Carmen, o María a secas.

—¿Qué importa un nombre o dos? Ninguno te hace justicia.

—¿Por qué lo dices, Alonso?

—Porque una mujer portadora de una belleza como la tuya debería llamarse Venus o Helena. Como una diosa, o como una reina.

—Yo soy una Reina. Soy la última heredera de Moctezuma —apuntaba con cierto envanecimiento.

—Ese nombre significa muy poco en estos días. Una curiosidad entre tantas de la Nueva España. Otro rey pagano derrotado por nosotros.

—Eres insoportable, Alonso. Si tu forma de cortejar a una dama consiste en menospreciar las pasiones que animan su corazón, entonces eres tú el que sabe muy poco sobre el amor.

—Yo podría amarte, María. Mi Reina Moctezuma.

María lanzó una carcajada

—Ni queriendo podría amarte, pero te concedo mi primer baile de mañana.

—¿Asistirás? Nada me haría más feliz.

No le gustaba aquel hombre y apenas le resultaba gracioso. Pero valoraba la atención. Se sentía honrada. De todos sus pretendientes, Alonso era el mejor dispuesto a humillarse. Nada le satisfacía más que esa abnegación por parte de un hombre que nunca apreciaría. Daban una vuelta por los jardines, escoltados por esclavas silenciosas que vigilaban cualquier falta de decoro para informar debidamente a sus patrones; María caminaba en dirección a las puertas de la casa de su padre y correspondía a la conversación con unos pocos gestos de aburrimiento. El joven en cuestión notó que su presencia comenzaba a ser fastidiosa y prefirió despedirse antes de lo esperado. Después de todo, había conseguido la promesa del primer baile con ella.

—¿Ya probaste tu vestido? —le preguntó su madre.

—Sí, madre, esta mañana. Casi me asfixio dentro de él —contestó María.

—Recuerdo cuando tu padre me arrastró a mi primer baile. Un hombre viudo y sin hijos presentándose con una hija de indígenas como su nueva esposa. Tamaño escándalo. Aun recuerdo los murmullos interminables.

—¿Tuviste miedo? —preguntó María interesada.

—Me moría por dentro. Me sentía ridícula. Quería escapar...

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque tu padre me sostenía. Nos aferrábamos el uno al otro. Es imposible caerse cuando alguien que amas te sujeta —le respondió su madre con la mirada perdida en aquel recuerdo.

—No fue un baile tan desastroso, después de todo.

—¡Oh, no! Fue el mejor día de mi vida. En ese momento supe que él me amaba.

María sintió cierta tristeza al escucharla. Su padre había muerto hacía dos años tras una larga fiebre y su madre hablaba muy poco sobre él desde entonces.

—Yo no creo que pueda enamorarme.

Su madre sonreía con cierto desdén.

—Ni nosotras las hijas del gran Moctezuma podemos escapar del amor.

—Siempre hay una excepción.

—No tengas miedo, hija. Cuando ocurra lo sabrás. Lo único verdaderamente aterrador es vivir sin haber amado nunca.

No quería que su madre se hundiera en la melancolía así que trató de desviar el tema.

—¿Y tú no me acompañarás?

—No, hija. No me gustan las aglomeraciones. Ahora es tu tiempo para disfrutar esas cosas.

—Seré la chica más afortunada de todas, sin padres que la vigilen.

—Entre tantas víboras, no faltará quién me ahorre el trabajo—le contestó su madre guiñándole un ojo.

Horas después, María pensaba en esta conversación recostada en su lecho. Tenía tanto miedo de enamorarse, de perder su identidad y traicionar sus pasiones si se enamoraba de un hombre blanco y partidario del Rey. No quería casarse, no quería amar. Se soñaba Reina y vencedora entre los hombres, poniendo en su justo lugar las cosas deshechas, restaurando el tiempo de las diosas que concebían a su estirpe en el mar y de los hombres que ofrecían corazones en la cúspide de una pirámide con el noble fin de aplacar el trueno. Pero a pesar de todos sus incendiarios deseos, por

encima de su corazón de bruja, animaba su alma una secreta espera: encontrar, al igual que su madre, alguien que la sujetara en su momento de mayor terror.

El día del baile había llegado y aun quedaban pendientes muchos preparativos. La esposa del Virrey odiaba sentirse presionada y en deuda frente a tantas expectativas ajenas. Frente al espejo observaba el moño inmóvil y el corsé prensado, suspirando. Ella sería la culpable si el evento desembocaba en un desastre. Su esposo permanecía sereno e indiferente al trajín dentro del palacete, confiado en su victoria antes de cualquier triunfo. Se trataba del baile inaugural del año, un evento de carácter político y social que inmediatamente se convertía en cita obligatoria para cualquier persona que se preciara de influyente en la ciudad de México y sus alrededores. Capitanes generales, gobernadores de provincias, trotamundos, poetas, obispos y hasta Inquisidores confirmaban su presencia durante los meses previos, ratificando así su gran importancia en el nuevo continente, a la vez que servía como un reporte al reinado de España de quiénes eran las personas a las que debían seguir protegiendo bajo su sombra. La esposa del Virrey temía todas las amenazas posibles: un aperitivo muy salado, un instrumento desafinado, una de las comensales resbalándose tras un mal paso en su danza, un gesto impropio propiciador de un escándalo, una discusión política muy apasionada o un terremoto que hiciera desplomar el techo sobre sus cabezas. Esta última posibilidad la hizo sonreír haciéndole notar cuán exageradas eran sus preocupaciones. Confiaba en su esposo, nadie quedaría descontento y seguirían hablando del baile celebrado en su casa en los días por venir. Pero aun quedaba mucho por hacer y debía asegurarse de que las esclavas no perdieran el tiempo con el cotilleo que tanto les gustaba y, en cambio, se aseguraran de tener las bandejas listas, las cortinas sin un ápice de polvo y los pisos brillantes como espejos. Por fuera podía tratarse del palacio del Virrey y el centro de la actividad humana de la región, pero allí dentro ella era la anfitriona y regente absoluta de su hogar. Cuando se dirigía a la cocina, de pronto escuchó unas voces familiares acercándose por uno de los corredores.

Dos esclavas caminaban ajenas rumbo a la cocina, apurando el paso y secándose el sudor a medida que compartían los más recientes chismes que una de ellas había alcanzado escuchar.

—¿Y por qué hablaban de él? ¿Acaso vendrá al baile?

—Es un enviado de la Corona. Pero en la casa Bracamonte dicen que es el hijo del anterior Rey.

—Un hijo bastardo, querida. No es gran cosa. Esos reyes reparten hijos donde quiera que pasan.

—Pero los bastardos de allá se convierten en los amos y señores de más acá.

—No digas esas cosas, Jacinta. Shhh.

—¿Qué cosas no debe decir? —incredó la esposa del Virrey quien estaba de pronto frente a ellas—. ¿A quién apuntaban con lenguas venenosas?

—A nadie mi señora —replicó Jacinta—. Solo repetimos lo que escuchamos.

—¿Y qué cosas se están escuchando? Si se puede saber, claro —subrayó la esposa del Virrey con una nota de amenaza en su voz.

Las esclavas sabían que si callaban serían mandadas a azotar, aunque se tratara de una razón aparentemente inofensiva.

—Pues usted debe saber más que nosotras sobre el recién llegado.

—¡Oh, el inglés! Se dicen muchas cosas sobre él últimamente —aclaró la esposa del Virrey—. Algunas francamente insoportables.

—Pues de eso hablábamos, mi señora.

—Menos chisme y más trabajo, vagabundas. O les daré veinte azotes a cada una si las encuentro de nuevo cotilleando con las manos desocupadas. Pero si les sirve de incentivo, verán al famoso inglés esta noche en mi baile —añadió la esposa del Virrey con una sonrisa maliciosa.

Las esclavas corrieron presurosas a la cocina para continuar con sus labores, amasando el apetitoso chisme antes que el pan, sudando gruesas gotas de nervio y excitación, dignándose a divulgar la noticia por toda la casa a quien pudiera interesar.

La gran noche había comenzado y todo sucedía tan rápido como si se tratara de una danza improvisada. Pero allí todo estaba perfectamente calculado. Las piezas que los músicos tocarían, los pasos que cada comensal daría con su pareja de baile por cada turno, los intercambios entre un acorde y otro, el vaivén comedido, los cumplidos recatados, los rubores ensayados y las miradas predeterminadas para animar o detener el avance de un caballero frente al interés de una dama. María del Carmen Moctezuma no compartía la excitación que el resto de sus amigas intentaban no demostrar frente a sus padres o de cara a sus posibles pretendientes. Todas deseaban tener la firmeza de María, ese temple de acero que tanto encandilaba a los hombres y los enloquecía porque mientras menos interesada se muestra una mujer por el mundo que acontece a su alrededor mayor misterio representa para los hombres. Y los hombres son fanáticos adoradores de aquellos misterios que aun no pueden descifrar. Cada uno de los invitados se había acercado a asegurarse de conseguir un baile con ella y aquellos que habían sido rechazados se conformaban con alguna de sus amigas. Estas trataban de no parecer ofendidas y fingían no haberse dado cuenta de que eran tratadas como premio de consolación. Porque, después de todo, cada una de ellas sabía que ninguno de aquellos hombres sería capaz de doblegar a una mujer como María y cuando pasaran los años cada una de ellas estaría casada observando de lejos el futuro de una María ruda y cuarteada por la vejez, contando la soledad de sus amargos días. Y no importaba mucho que hoy fuera la mujer más bella de la habitación porque el día de mañana sería la única de aquellas que no habría triunfado en la conquista de un hogar propio. Este pensamiento consolaba a las amigas de María cada vez que esta rechazaba a un nuevo pretendiente y la regañaban cariñosamente instándola a reconsiderar su negativa, sonriendo en su interior por el cumplimiento de esa profecía doméstica que sus madres vaticinaban para calmar los llantos de su envidia.

—Apenas has guardado sitio para tres bailes —le recordaba Raquel, su amiga más cercana—. Le has dicho que no a algunos de los mejores pretendientes.

—Puedes quedártelos —contestó María.

—Ninguno será apropiado para mi padre. A menos que se convierta —replicó Raquel—. Estoy condenada a casarme con alguno de los hijos de sus amigos.

—Aquí ninguno de los hombres parece dispuesto a circuncidarse —bromeó María—. Todos parecen cobardes y petulantes, sin experiencia en la guerra o en el amor.

—Seguro que por ti, si fueras judía, lo harían —sentenció Raquel ocultando su desprecio.

El rumor contenido del resto de sus amigas las interrumpió cuando se acercaron hasta ellas para anunciarles:

—El inglés ha llegado.

—Algunos lo reconocen como irlandés.

—Pero habla muy bien la lengua de Castilla.

—Es un hombre muy guapo.

María y Raquel compartieron una mirada incrédula, y la segunda intervino.

—Si siguen hablando de esa forma lo habrán espantado.

María agregó:

—Cuando hay tantas contradicciones precediendo la llegada de un hombre, nunca confíes en ese hombre, solía decir mi padre.

De pronto interrumpieron la conversación al notar que el resto de los comensales miraba hacia una misma dirección. La esposa del Virrey se abanicaba azorada anticipando cualquier posible desastre. Raquel alargaba el cuello, y el resto de las jóvenes se daban ligeros codazos acallando las ganas de seguir cuchicheando. María no alcanzaba a vislumbrar aun el misterioso invitado cuyo nombre danzaba en la lengua de todos, pero por primera vez durante la velada sintió una curiosidad cercana al presentimiento. Una leve ansiedad inundó repentinamente su cuerpo, y ella, creyente y supersticiosa como su madre, se mantuvo alerta. El Virrey se hizo visible, adelantándose a la vista de todos y anunció:

—Me complace anunciarles la llegada de Guillén de Lampard, enviado por la Corona Española para reportar el status de nuestro Virreinato. Es tarea de todos hacerlo sentir en casa y tratarlo como un amigo.

El Virrey le hizo un gesto a su esposa y esta se situó al lado de Guillén quien le ofreció su brazo. Y entonces María pudo verlo por primera vez para no olvidarlo nunca. Un hombre alto y robusto, rubicundo y guapo, cuyos movimientos podían ser torpes y delicados al mismo tiempo dependiendo de la ocasión. En ese momento parecía torpe, aunque no nervioso. Su garbo denunciaba una seguridad cercana a la autosuficiencia y su mirada encubría una astucia poco común entre los hombres del Virreinato. Guillén se vio obligado a dar una vuelta por el salón junto a la esposa del Virrey a modo de cortesía, correspondiendo los saludos con una leve inclinación de cabeza a medida que les daba un vistazo rápido a las mujeres con un gesto pícaro en su rostro. Cuando se acercó a María y su grupo, muchas de ellas se ruborizaron y rehuyeron la galante mirada del irlandés dejando escapar risitas tontas e incómodas. Raquel mantuvo su mirada confiada y le sonrió, mientras que María lo miraba con ojos que intentaban descifrarlo. Guillén se encontró con su mirada y un relumbre de lujuria iluminó sus pupilas. Enseguida supo que se trataba de la mujer más atractiva que había visto en aquellas tierras y estuvo tentado de hablarle cuando se sintió empujado por la esposa del Virrey y no pudo sino seguir avanzando por el salón.

Los músicos comenzaron a tocar. La esposa del Virrey soltó a Guillén y caminó en dirección a su esposo para inaugurar la primera pieza. Transcurrido un minuto fueron uniéndose progresivamente otras parejas. Guillén trató de reencontrarse con la mirada de María, con un mar de bailarines de por medio entre un extremo y el otro. Segundos después la vio bailar en la pista con un caballero desgarrado. No podía apartar su mirada de ella. La gracia con la que se desenvolvía combinaba con su seductora figura. Sintió celos por ese o cualquier otro desconocido al que ella hubiera prometido sus bailes, que podrían ser muchos, según supuso. Se propuso conseguir una pieza junto a ella y para no arriesgar su propósito, no bailaría con ninguna otra señorita del salón. Algunas madres iban acompañadas por las hijas para saludarlo, intrigadas por su investidura de enviado de la Corona, y le hacían algunas preguntas superficiales con el fin de lograr que el caballero solicitara a sus hijas uno de sus bailes. Guillén no caía en la trampa y muy brevemente respondía las preguntas para seguir avanzando alrededor de la pista, arrojando miradas capaces de atrapar a su objeto del deseo por donde quiera que danzara, deseando que esa misma mirada sirviera de anzuelo para atraparla.

—Al terminar esta pieza, ¿me ofrecerías otro baile? —le pedía Alonso a María en medio de su danza.

—Te prometí un solo baile y ya cumplí.

Los músicos terminaron de tocar la primera pieza. María se zafó de las manos de Alonso apartándose de él. El joven no se atrevió a seguirla pero no la perdió de vista. Ella prefirió desenfundar su abanico y acercarse al rincón donde se encontraba Raquel con el resto de sus amigas que comentaban las experiencias del primer baile y compartían los detalles de quiénes serían los próximos elegidos. Pero justo entonces la esposa del Virrey se interpuso en su camino.

—María, querida. ¿Por qué no he visto a tu madre?

—Se encuentra indispuesta. Prefirió no venir.

—Pero no es apropiado que una jovencita como tú asistas sola a estos eventos.

—Vine con mi nodriza. Ella me espera en la cocina. Y aquí están todas mis amigas.

—Descuida. Yo también estoy aquí. No permitiré que ninguno de estos caballeros se propase.

—Siempre tan amable, Virreina —disimuló María—. Mi madre estará muy agradecida por su especial atención.

—La señora Virreina tiene razón. Una joven sin la debida protección es como la pólvora en manos de un niño travieso —interrumpió una voz osada.

Por primera vez escuchaba aquella voz a sus espaldas, acompañada por un engañoso acento inglés en su correcto español, y sin embargo había algo familiar en su sonido. Nuevamente, la asaltó un presentimiento. No quería voltear al encuentro del nuevo interlocutor aun sabiendo de quién se trataba. Él permaneció unos segundos más detrás de ella, aminorando sus movimientos hasta finalmente posicionarse frente a las dos mujeres.

—Señor Lampard, espero que este disfrutando su estancia —apuntó enseguida la esposa del Virrey controlando la situación—, ¿conoce usted a la señorita María del Carmen?

—No había tenido el placer de escuchar su nombre. Guillén de Lampard, a su servicio.

—El gusto es mío —dijo María extendiendo su mano, que Guillén besó con suavidad.

—Bueno, debo seguir atendiendo al resto de los invitados —interrumpió la Virreina—. Espero dejarte en buenas manos. Pero estaré cerca si me necesitas.

María le correspondió con un asentimiento. Los músicos comenzaron a tocar.

—Debe tener ocupados todos sus bailes —aventuró a decirle Guillén a María.

—No los suficientes para apartarlo de mí.

—¿Me permite?—insistió extendiéndole una mano.

Y antes de que pudiera responder, ella sujetó la mano de él dispuesta a sentir el vértigo de la danza a su lado.

Y bailaron. De pronto el tiempo era una minucia y el resto de las personas sombras minúsculas a su alrededor. Se devolvían las miradas construyendo un mundo propio entre sus ojos y la pista de baile. Para ella el presentimiento se transformó en certeza, mientras que para él haber logrado su cometido de bailar con ella ya no era suficiente. Quería interrogarla, conocer cada uno de los recovecos de su corazón. Descifrar la altanería de su voz en contraste con la prudencia de sus seductores ojos. Sus manos se enredaban con las suyas y aquel tacto denunciaba una piel suave y apenas tocada. Lo que en principio parecía rudeza, ahora se revelaba con un matiz distinto. Era una piel virgen e inexperta. Una hoguera a la espera de la lumbre. Por primera vez en su vida, María del Carmen Moctezuma sentía ese terror mezclado con euforia ante el encuentro con otra persona. Deseaba que el baile no terminara y que los músicos siguieran tocando la misma pieza hasta el fin de los tiempos, mientras ella giraba y balanceaba su cuerpo sin perder el paso ni extraviar la mirada que la acercaba cada vez más y más a ese hombre.

Vigilados por la presencia de su nodriza, María del Carmen y Guillén de Lampard caminaban tomados del brazo alrededor de la terraza. Adentro proseguía el baile y unas pocas parejas disfrutaban el aire fresco al igual que ellos. María y Guillén intentaron apartarse un poco sin que la nodriza los perdiera de vista.

—¿Moctezuma? —entonó Guillén con asombro.

—Así es. La última de sus descendientes —subrayó María.

—Y, ahora que le pertenece a otros, ¿qué se siente vivir en estas tierras?

—Estas tierras nunca serán tuyas.

—Pero han dejado de ser vuestras.

—Olvidaba que hablo con un enviado especial de la Corona.

Guillén se detuvo y soltando su brazo se situó frente a ella.

—Para ti soy solo Guillén. Y comprendo muy bien lo que significa querer ser libre.

—¿Reconoce que no somos libres? —preguntó María.

—Entiendo que la tierra no es de quien la conquista, sino de quien la ama.

—No es el pensamiento más popular entre los suyos.

—No me adjudiques lealtades que no he declarado.

—Me remito a lo poco que conozco de usted: Guillén de Lampard, enviado de la Corona —anunció María con sorna—. Usted no comprendería mi descontento. Yo solo he conocido esto que ve, es cierto. ¡Ah! ¡El Virreinato de Nueva España! Un pobre intento por replicar su reino en nuestro mundo. Pero, a diferencia del resto, yo reconozco la existencia de un mundo anterior a este. Yo persigo las huellas de ese mundo debajo de la violencia que lo hizo polvo. Ese mundo que corre por mi sangre. El lugar que ustedes han destruido y del cual apenas quedan sus ruinas. Yo soy el resultado de esas ruinas. ¿Ha visitado alguna vez nuestros templos? —Guillén negó con la cabeza—. Demuestran un valor extinto pero que se resiste a desaparecer por completo. Al igual que esas pirámides, mi sola existencia y la de mi madre sirven como testimonio de esa fuerza indestructible por mano humana. Y no puedo olvidar eso. Es parte de lo que soy. Mi herencia.

—Precisamente, María —aclaró Guillén—: no es mi investidura la que me define. Yo también pertenezco a un mundo que me ha sido arrebatado. Y ahora que te escucho hablando de esa forma siento que podrías comprenderme como ninguna otra persona en este lugar.

—¿Y para qué ha sido enviado? Ahora que hablamos sobre usted —inquirió María.

—No puedo hablar mucho sobre eso. No todavía. Pero digamos que si bien la Corona me envía, yo trabajo por mi cuenta.

—¿Debería preocuparme?

—No lo creo. Sospecho que podríamos compartir algunos ideales.

—Usted oculta algo. Lo veo en su rostro. Pero no siento que su secreto represente una amenaza para mí. No podría asegurar lo mismo de otros —añadió con un tono profético mientras arrojaba una mirada breve al palacio del Virrey.

—¿Eres una bruja? —preguntó Guillén con socarronería.

—No lo diga muy alto. Los tribunales de la inquisición no quedan muy lejos.

—Pero tú me has hechizado profundamente. No puede haber otra explicación.

—No sea tonto —respondió María tratando de ocultar el rubor en las mejillas.

—María, ¿te molesta que te hable de esa manera? —preguntó Guillén denotando preocupación.

—¡Oh, no! —negó María agitando su cabeza y su abanico—. No soy como el resto de mis amigas. No me asusta que los hombres digan esas cosas. Estoy acostumbrada. Pero suenan distintas cuando usted las dice.

—¿En qué sentido?

—Como si las cosas que usted dijera, pudieran importarme.

—Me importan las cosas que tú dices. Es difícil encontrar a alguien capaz de

atreverse a perseguir su libertad.

—Soy solo una mujer. No hay mucho que pueda hacer.

—Una Reina. Y una bruja —añadió burlón.

Por un momento callaron, de mutuo acuerdo. Se respetaban y se comprendían, aun cuando apenas se conocían. Una sensación de vértigo los arropaba bajo una noche de luna nueva. No importaba la nodriza, ni el baile, ni las amigas envidiosas, ni los rumores maliciosos, ni el Virreinato. Importaba lo que compartían en aquel instante, esa complicidad fraterna. Un propósito cegador. Apenas alcanzaban a comprender de qué manera perseguían los mismos objetivos. Sentían fascinación el uno por el otro, pero aun por encima de eso los unía algo mucho más grande. Una visión grandilocuente. Se deseaban y no podían controlarlo. Estaban desesperados por abarcar cada uno de los misterios que los definían. Comenzaban a amarse sin declararlo. Volteándose en la dirección contraria, ella hizo un giro indescriptible cuya intención él enseguida adivinó. Durante un breve momento y tras un abanico perfumado compartieron un beso breve y oculto que la nodriza no pudo vislumbrar. Desde entonces, un pacto definitivo. Fue justo en ese momento y no después, aunque la historia diga lo contrario, cuando el caprichoso destino los enlazaría para siempre encendiendo una hoguera con sus nombres.

Capítulo 2

Raquel se peinaba frente al espejo con una expresión inescrutable, sopesando los pensamientos que la habían embargado durante días. Parte de su cabello rizado y oscuro descansaba sobre sus hombros y otro tanto se deslizaba por sus manos mientras ella lo seguía rizando con parsimonioso gusto. De vez en cuando medía sus senos con la mirada y con sutileza los palpaba imaginando indumentarias que los hicieran más evidentes y deseables. Un suspiro de recato enseguida la desanimaba. No recordaba los versículos exactos que advertían contra la vanidad. Probablemente su padre le habría hecho alguna advertencia en contra de la coquetería cuando era una niña. Y entonces le sobrevenía cierta sensación de culpa cada vez que se sorprendía a sí misma en el acto de admirarse. Entendía por qué la vanidad constituía un pecado grave que conducía al alma a otros vicios innombrables si se le dejaba rienda suelta. Lo comprendía en esos instantes de auto indulgencia al admitir cuán placentero resultaba estar a la altura de sus propias expectativas. Era una mujer atractiva y eso la satisfacía a pesar de la culpa posterior a esa toma de consciencia. Había transcurrido apenas una semana desde el famoso baile en el palacio del Virrey y aun se contaban pormenores y novedades de aquel evento. Ya le resultaba cansina tanta información inútil sobre la influencia política de tal o cual invitado. Sin embargo atendía cada una de esas informaciones para lograr escuchar algo de su interés, la posibilidad de extraer algún dato valioso que la acercara al conocimiento del misterioso enviado de la Corona presentado como Guillén de Lampard. De solo pensar en su nombre y en la estampa que lo acompañaba, en el porte galante con visos de cinismo se acaloraba. Aquel hombre tenía algo distinto al resto de los que había conocido en aquellas tierras. Quizás si su vida no se redujera a los pequeños límites del Virreinato y de haber tenido la oportunidad de visitar otras tierras fuera del nuevo continente, podría compararlo con otros hombres de igual o mejor valía. ¡Cuánto deseaba conocer Europa y sumergirse en el verdadero mundo! Puede que entonces Guillén de Lampard luciría como un triste bufón de corte comparado con personajes más importantes. Pero no, aquel hombre parecía importante tanto en el viejo como en el nuevo mundo. No por nada la Corona española le habría encomendado su presencia en el continente. Le fascinaba el misterio que rodeaba al inglés y quería ser la mujer indicada para descifrar el enigma de su llegada. Ninguna otra mujer del Virreinato podría ser lo suficientemente ingeniosa y seductora para lograr que aquel hombre cediera los cerrojos de su engaño. Claro, además de ella existía otra mujer que podría lograrlo: su amiga y confidente, María del Carmen Moctezuma.

—Pero, ¡qué tontería! —se dijo a sí misma Raquel tras completar su ritual de vanidad frente al espejo. A María a nunca le había interesado la conquista total de un hombre. Ella daba por sentado que ya eran suyos y disfrutaba rechazarlos. Este caso no sería la excepción. Guillén mostró un interés inmediato al notar su presencia en el baile, sí. Ellos dos bailaron una pieza, sí. Incluso charlaron y tomaron aire afuera durante unos cuantos minutos, sí. Sabía que todas estas cosas habían ocurrido durante el baile frente a sus ojos, pero también conocía de sobra a su amiga. María aprovechaba la ocasión de sentirse atendida y codiciada por un caballero para luego enorgullecerse de haberlo despreciado. ¿Por qué sería distinto en aquella ocasión? Y cuando eso sucediera, cuando María detuviera los ardorosos avances de Guillén y defraudara las expectativas de su pasión, Raquel se aseguraría de estar presente para apaciguar su rabia y consolar su orgullo. No obstante a medida que elucubraba las vías idóneas para concretar su plan de acercamiento la embargó un temor razonable. Guillén no era como cualquier otro hombre de la región, eso era evidente desde que anunciaron su llegada y el resto de los hombres se midieron con la proclama de su

importancia, por lo tanto existía la posibilidad de que esa diferencia causara un efecto distinto en el ánimo cruel de María y en su predisposición con el sexo contrario. Ni siquiera ella podía asegurar lo que un corazón oscuro y melindroso como el que la descendiente de Moctezuma poseía era capaz de fraguar durante el transcurso de sus horas de mayor soledad. Era imperativo vigilar las intenciones de su amiga antes de embarcarse en la atractiva empresa de seducir a Guillén de Lampard, y al mismo tiempo recabar suficiente información sobre él que pudiera ser útil para desanimar a María ante cualquier incentivo parecido al interés o la pasión. Guillén de Lampard estaba destinado a ser suyo y de nadie más. O al menos así debía ser.

El calor era insoportable en el salón de visitas del palacio. Raquel y la esposa del Virrey conversaban animadamente sobre trivialidades y distracciones que refrescaran el vaporoso ambiente de la estancia. La esposa del Virrey no había podido tener hijos a pesar de los reiterados intentos de su esposo y de los rosarios interminables que ella rezaba durante las muchas noches en que su esposo no acudía al lecho nupcial. La resignación vino con los años y dejaron de pedir lo imposible. Su esposo no la tocaba desde hacía mucho tiempo y su soledad se acentuaba en el borde de aquellas espaciosas estancias. Disfrutaba la compañía de alguien distinto a sus esclavas, y en ocasiones como esa, su lengua se aflojaba a la hora de revelar información con cierto carácter confidencial. Casi por descuido, el aislamiento en su propio hogar le hacía olvidar el rango que ella y su esposo ostentaban en la región. Era consciente, por supuesto, de quiénes eran, pero la cotidianidad la distraía y enseguida perdía la noción de sus responsabilidades tácitas como esposa del Virrey, lo cual incluía el compromiso constante de cultivar el silencio y la discreción de cuanto pudiera saber—o creer saber—sobre las decisiones de su esposo y lo que ocurría en el Virreinato. Nadie en la región y sus alrededores conocía la existencia de esta debilidad en el corazón del Virreinato, un talón de Aquiles desapercibido hasta para las propias narices del Virrey. Ganarse la confianza de la esposa del Virrey traía consigo la recompensa de descubrir casi por accidente algunos secretos de Estado.

—Ha sido una semana ajetreada dentro de esta casa —confesó la esposa del Virrey.

—Después de tan comentado baile supongo que quedaron muchas cosas por organizar. Pero el evento superó todas las expectativas. Nadie ha dicho lo contrario. Una vez más se lució como anfitriona —dijo Raquel felicitándola.

—¡Oh! Gracias, mi niña. Desearía que fuera solo eso, pero el baile ya pasó. Lo que me preocupa es lo que el baile nos trajo.

—¿A qué se refiere? ¿Algo malo ha ocurrido? —preguntó Raquel intrigada.

—¡No! Nada particularmente grave, no te asustes —aclaró la esposa del Virrey—. El problema, creo, es no saber a qué podríamos enfrentarnos como Virreinato.

—¡Vaya! No entiendo. ¿Qué podría ocurrir en el Virreinato que amerite especial atención?

—No creo que deba hablar sobre ello —dijo la esposa del Virrey bajando un poco la voz, aunque luego añadió con un tono confidente—: Nunca sabemos si el enemigo está dentro de nuestra propia casa.

—¡Enemigos! Ahora sí comienzo a asustarme —soltó Raquel cada vez más interesada ante la promesa de información valiosa.

—Lo siento, no era mi intención. Quizás es una tontería. —Mientras decía esto, la esposa del Virrey negaba con la cabeza.

—La veo algo turbada —aseguró Raquel tratando de que su interlocutora cediera—. Si necesita hablar con alguien para desahogarse... Esas cosas ayudan. Para

eso estoy aquí.

—No debería contar nada, ya que a fin de cuentas son solo suposiciones de mi marido...

—Yo no diré nada —prometió Raquel—. Ya usted me conoce.

—Siempre has sido una joven muy discreta, a diferencia del resto de tus amigas —dijo la esposa del Virrey en tono laudatorio—. Si tuviera un hijo me gustaría que se casara contigo.

—Me halaga, Virreina. —Raquel sonrió.

—Bueno, como te dije no es algo que demande preocuparnos por lo pronto. Son conjeturas que hace mi esposo tras la llegada del inglés.

—¿El señor Lampard? —atajó enseguida Raquel— ¿Acaso no fue enviado por la Corona?

—Claro, recientemente recibimos una misiva informándonos de que un enviado de la Corona haría acto de presencia en vísperas del baile inaugural. Y el señor Lampard vino presentando un respectivo sello lacrado con la marca del Rey. Mi esposo envió algunas cartas formales de confirmación que tardarán en ser respondidas, formalidades que no implican sospecha alguna. Lo que agita el ánimo de mi esposo es la naturaleza de su presencia acá. Ni por parte de él ni mucho menos de la Corona hemos recibido mayor información. Y eso nos preocupa.

—¿Y creen que el mencionado señor Lampard pueda representar algún tipo de amenaza para el Virreinato? —se atrevió a preguntar Raquel.

—¡Oh no! Es un hombre de bien. No nos queda duda. Pero tememos que la Corona se preocupe por algo que aun no ha sucedido.

—¿A qué se refiere? Cada vez me confundo más al escucharla.

—Se habla de conatos que apuestan por una rebelión. No solo en el Virreinato sino en el resto del continente.

—¿Contra quién? ¿La Corona?

—Exactamente —confirmó la esposa del Virrey—. No es tan descabellado. Se ha identificado previamente la presencia de pequeños grupos que sueñan y discuten a puertas cerradas proyectos fallidos de independencia, de fundar una república en el continente separada de la Corona y gestionada por un gobierno de propios. Y nada sobrepasa los bordes de una acalorada sobremesa una vez que esas personas se acuestan a dormir. Pero mi esposo teme que la llegada del caballero Lampard se deba a que la Corona le esté dando importancia a esas hipótesis y lo menos que queremos—¡Dios nos salve!—es que la paz de nuestras tierras se vea perturbada por tales conflictos. Así que mi esposo cree necesario convencer al señor Lampard de que esos temores son infundados, para que así le ofrezca un reporte favorecedor al Rey y sus allegados, y así evitar a cualquier costa mínimos conflictos que den lugar a la sospecha. El señor Lampard, aunque se trate de un hombre muy agradable, no debe permanecer mucho tiempo en el continente.

Raquel se sobresaltó ante la perspectiva de que Guillén de Lampard abandonara pronto el continente y no pudo ocultar su desagrado ante tales palabras. La esposa del Virrey pensó que ella se perturbaba imaginando conflictos en el Virreinato e intentó calmarla.

—Raquel, querida. No debí hablarte de estas cosas. Recuerda que son solo hipótesis. Situaciones de rutina que mi esposo confronta a diario. Nunca ocurrirá tal cosa como una guerra. Todo estará bien.

Raquel aprovechó las excusas que le proveía para disimular su descontento.

—De solo pensarlo se oscurece mi corazón bajo una sombra de pesadumbre. Estoy de acuerdo con usted, Virreina. Mientras más rápido se vaya el inglés, mejor para todos. Sin embargo... Mientras dure su estancia quizás nos convendría distraerlo de sus objetivos.

—¿Qué clase de distracciones, Raquel? —preguntó la esposa del Virrey con una inflexión de sospecha en su voz.

—Lo que quiero decir es que hagamos lo que el Virrey recomendó al presentárnoslo en el baile: hacer de su estadía en el Virreinato una experiencia agradable. Introduzcámoslo en la vida social de la región así como ocurrió en el baile. Que converse con los hombres en sus casas, comparta el alcohol y las apuestas, que admire los paisajes de estas hermosas tierras, que consiga paseos supervisados con las señoritas y así, probablemente, se animará a cortejarlas. No me malentienda, Virreina, no me mire de esa forma. ¡Qué vergüenza! Hablamos de un hombre y, como todos los hombres, seguramente disfruta el placer de seducir a una mujer. Evitando cualquier escándalo y sin propiciar situaciones indecorosas, debemos enamorarlo de la región y que conserve los mejores recuerdos y cuente interesantes anécdotas sobre nuestra vida en la corte.

—Oh, querida. Eres brillante —concedi

ó

la esposa del Virrey, y tras unos segundos de reflexión respecto a lo que escuchaba añadió—: Pero es importante, como bien señalas, cuidarnos de propiciar nuevos problemas en nuestros intentos de evitar los ya mencionados. Por esa razón creo que tú podrías ser la indicada para mostrarle a Guillén esas bondades de nuestra tierra, gratificarlo con tu compañía y mantenernos informados. ¿Estarías dispuesta? No confío en ninguna otra joven que sepa comportarse a la altura de esa tarea.

—No podría rechazarle una petición a usted, Virreina. Mucho menos considerando la causa que nos concierne —aceptó Raquel.

—No se hable más. Mañana lo convenceré de que me acompañe a visitar a tu madre. Asegúrate de estar en tu casa a la hora del té y de que se sienta a gusto.

—Se sentirá como en su propia casa —sentenció Raquel con una sonrisa.

La esposa del Virrey y Raquel prosiguieron su charla hasta el mediodía. Ambas mujeres se felicitaban a sí mismas en su interior por su astucia. A estas alturas, al ver estas dos mujeres conversando animadamente entre sonrisas y complicidades, nadie podría asegurar quién mordió el anzuelo y quién consiguió una buena pesca.

Capítulo 3

En la casa de huéspedes del Virrey, la tranquilidad era envidiable para aquellos que preferían evitar el constante ir y venir humano en el centro de la capital de Nueva España, pero no para quienes sentían la necesidad de integrarse a la actividad y el bullicio, porque se aburrían fácilmente en los espacios tranquilos. Guillén de Lampard era una de esas personalidades que se contentaban muy poco con la paz y su espíritu aventurero reclamaba ruido y movimiento. A primera hora de la mañana, se encontraba listo para zambullirse en la vida de aquella ciudad que aun se le presentaba inexplorada por su curiosidad. Había llegado a aquellas tierras por un accidente de su afortunado destino, acostumbrado a situarlo en los lugares indicados en el tiempo perfecto. Un intercambio y un pacto que confirmaron la única ruta de escape segura. Al Rey de España no le importaría si llegaba a buen puerto quienquiera que haya enviado siempre y cuando alguien se presentara en su nombre para enviarle reportes de la situación en el nuevo continente. Las misivas tardaban meses en ser recibidas entre mares y mares de por medio, y las posibilidades de que en el Virreinato se descubriera que Guillén no era el mismo enviado que la Corona había anunciado mucho tiempo antes dependerían del azar. Nadie se hubiera planteado la idea de que él podría ser un impostor, y de ser así, tendrían que esperar una confirmación que probablemente no llegaría nunca. Ante tales precauciones tenía el deber de comportarse a la altura de su supuesta investidura y mantener a raya cualquier sospecha evitando convertirse en el centro de hipotéticos conflictos que pudieran afectar a personas influyentes de la región, incluyendo al Virrey, obligándolos a ponerse en su contra. A pesar de lo que dictaba la prudencia, Guillén maquinaba otros planes en su rebelde imaginación y veía en aquel continente una oportunidad dorada para el cumplimiento de sus ansiados objetivos.

Al margen de sus revolucionarias elucubraciones Guillén de Lampard se sentía algo perturbado desde que asistiera al bendito baile en el que conoció por primera vez a María del Carmen Moctezuma. Desde que compartieran un beso tras su abanico, y posteriormente se prodigaran miradas atolondradas durante el resto de la velada, el recuerdo de la imponente mujer descendiente de Reyes aztecas, según le confesó, se le había incrustado en el corazón. El rápido y frustrado beso se le antojaba exquisito y eterno al recrearlo en su imaginación varias veces al día. ¿Por qué había sido tan cobarde? Lamentaba no haberse dejado llevar por su osadía y besarla como debe besarse a una mujer deseada, sin límites de tiempo, sin importar lo que ocurriera alrededor. Distorsionada la realidad inicial de dicho beso el acontecimiento adquiría nuevas y excitantes dimensiones, marcando el punto de partida para nuevos deseos, el detonante para despertar su voluntad en pos de la conquista de ese cuerpo moreno e inexplorado. Pero no, poseer aquel cuerpo no era suficiente. Para dejar su huella de conquistador sobre la Tierra de Gracia necesitaba aprehender la voluntariosa alma que la encarnaba. Enloquecía de solo pensar en no haber suscitado el mismo interés en ella y que toda su correspondencia en el baile se tratara de un juego para ella, una manera de despertar la envidia de sus amigas solo porque pudo atrapar la atención del recién llegado del cual todos hablaban. No, no, era imposible. Ella sentía semejante vértigo ante su presencia. El beso a hurtadillas como concilio tras una conversación honesta bastaba como prueba de ello. Una mujer como ella solo podría demostrar tal pasión cuando de verdad se interesaba en algo. No era capaz de fingir frente a aquellas cosas que despreciaba o poco le importaban. A él, un extranjero desconocido, le había ofrecido un vistazo innegable de las cosas que incendiaban su ímpetu: su linaje, su tierra y los proyectos de libertad para independizarla. En aquella confesión a medias, María del Carmen Moctezuma le abrió su obstinado corazón a Guillén, confió

en su persona y él lo sabía. Solo por esa razón, aun si ignoraba el beso—¡y vaya que de ninguna manera podría ignorarlo!—Guillén estaba seguro de que ella también se sentía atraída por él y había sido capaz de distinguirlo del resto de los hombres allí presentes, así como ella se diferenciaba del resto de las mujeres que había conocido.

Una semana transcurrió después del baile y ninguna oportunidad parecía la más apropiada para justificar una visita en casa de María del Carmen Moctezuma; además desconocía la dirección para encontrarla. Se veía obligado a preguntar al respecto pero supo que aquella no era la manera apropiada de conducirse cuando se trataba de entablar contacto con una mujer decente, hija de terratenientes, sin suscitar suspicacias innecesarias. Mientras urdía un plan que pudiera facilitar un encuentro entre ambos, no le quedaba sino improvisar sobre la marcha. Dispuesto a salir cuanto antes de la aburrida casa de huéspedes que le ofreció el Virrey, Guillén salió sin esperar la compañía de esclavo alguno, con la finalidad de acercarse al centro de la población. Se encontraba en un mundo desconocido y lleno de sorpresas que le brindaba la increíble oportunidad de redescubrirlo como alguna vez los antiguos exploradores antes que él lo hicieron.

El mercado del centro en Nueva España presentaba un espectáculo variopinto a los ojos del rebelde irlandés. Blancos y esclavos, y algunos criados indígenas, le daban vida al intercambio comercial diario en la región. Guillén se distrajo observando las dinámicas entre las distintas razas, la sujeción de los esclavos a sus amos, los relumbres de odio en la mirada de unos y la autoritaria indiferencia en los ademanes de los otros y la curiosa diferenciación arbitraria que situaba a unos hombres privilegiados por encima de otros que eran considerado inferiores a los ojos de la justicia. Algo no estaba bien. Tarde o temprano aquellos desniveles de injusticia resultarían costosos para la raza dominante. A guisa de tales reflexiones se encontraba Guillén mientras apreciaba las verduras y frutos que jamás había probado ni visto en Europa, cuando reconoció a la nodriza que acompañaba a María del Carmen la noche del baile. Una esclava rechoncha y menuda que no presentaba arrugas en su rostro pero con una mirada profunda que delataba su vejez. Guillén escrutó a su alrededor esperanzado, pero enseguida intuyó acertadamente que la esclava iba por su cuenta cumpliendo los recados de la casa familiar. No dejaría escapar la providencial ocasión de conseguir la información que buscaba. Esto era una señal. Dios, o lo que fuera que hacía correr el tiempo, estaba de su parte.

—Deben confiar mucho en usted para dejarla ir por su cuenta a hacer las compras.

La nodriza reconoció inmediatamente al joven que le hablaba y le correspondió con una tímida sonrisa.

—Es fácil regresar a los lugares y personas que se llevan en el corazón.

—No es la respuesta que esperaba de...

La nodriza interrumpió a Guillén antes de que pudiera terminar su frase.

—¿Una esclava? ¿No acostumbra a tratar con esclavos? No es tan inusual como cree. Al menos, no cuando se vive en la casa Moctezuma.

—Debe tener unas amas espléndidas.

La nodriza lo miró fijamente y luego prosiguió comparando el tamaño de los frutos que seleccionaba.

—Oh, jovenzuelo —bromeó—, en un día como este un hombre como usted desperdiciando su tiempo con una vieja negra como yo...

Guillén no se rendiría hasta conseguir aunque fuera un pequeño dato que lo acercara a la dama de sus desvelos.

—¿Y cómo se encuentra la señorita Moctezuma? ¿No acostumbra a visitar la

ciudad?

La nodriza sin detenerse por un momento de su labor discriminativa de alimentos, le respondía sin mirarlo:

—Mi niña María ha de sentirse a gusto a esta hora en sus clases de clavecín, siempre preferibles para ella antes que las de bordado.

Guillén sonrió ante tal ocurrencia. Sospechaba que las simpatías de la nodriza se inclinaban a su favor.

—No me sorprende. Es una joven muy inteligente y sensible.

—Parece conocerla muy bien —dijo la nodriza interrumpiendo su actividad y arrojándole una mirada inquisitiva.

—Oh, no —atajó enseguida Guillén—. Pero me produjo una muy agradable impresión cuando la conocí en el baile. Y lamento no haber tenido la oportunidad de volver a escuchar su grata charla.

—Seguramente coincidirán en algún otro evento.

—O podría ir a visitarla —aventuró Guillén.

La nodriza negó alarmada con la cabeza.

—No sería adecuado. —Luego, conmovida al ver su cara de desconsuelo tras su respuesta agregó—: No todavía. Pero según entiendo usted es un enviado de la Corona, así que su visita será bienvenida en cualquier lugar del Virreinato.

—Solo si supiera qué lugar debo visitar —replicó Guillén algo esperanzado.

—Pues esa información no la obtendrá de esta servidora. Pero puedo llevar a buen puerto cualquier recado que usted tenga en sus manos —le dijo la nodriza guiñándole un ojo.

Guill

én

pasó de la esperanza a la euforia. Quería abrazar a la esclava pero se contuvo.

—Si me espera unos minutos podría escribir un recado y enviárselo a la señora de la casa.

—¿A la madre y no a la hija? —se sorprendió la nodriza.

—Por supuesto, solo ella podría darme el permiso de visitar a su hija.

A la nodriza le agradó tal respuesta.

—Es un hombre responsable. Así es como debe ser. Lo esperaré.

Cualquier otra persona que se lo hubiera topado en su recorrido entre la plaza y la casa de huéspedes del Virrey, habría confundido al enviado de la Corona con una gacela. De tal manera corría hasta sus aposentos como si cada paso que daba lo acercara a la mujer que había dominado su voluntad, y en cierto modo así era. Llevar ese recado adelantaría el curso de los acontecimientos que él proyectaba. Afiló su pluma y la mojó en tinta escribiendo rápidamente un mensaje breve y formal como enviado de la Corona, sin preocuparse por la tosquedad de su trazo o el nerviosismo que denunciaría su caligrafía, al expresar sin tapujos sus intenciones de conocer la hacienda Moctezuma con una visita formal. Dobló el papel y seguidamente corrió en dirección a la salida cuando se topó con la esposa del Virrey en la puerta de la casa de huéspedes acompañada por una esclava:

—Señor Lampard. Lo veo azorado. ¿Está sudando? ¿Iba de salida?

—Aun no me acostumbro al calor de estas tierras. Sudo mucho —le contestó disimulando su respiración acelerada—. Como aun no dispongo de criados, solo quería dejar un recado.

—Descuide, señor Lampard. Romelia puede ayudarlo con eso —dijo la esposa del Virrey señalando a su esclava—. Un hombre de su importancia no tiene por qué cansarse sin necesidad con el trabajo que otros pueden hacer por usted.

Guillén de Lampard dobló la misiva dentro de su camisa.

—Eso puede esperar. No es tan importante. Permítame invitarla a mi morada

prestada —bromeó, dejándola entrar y tragándose la rabia que sentía por el inminente fracaso de su plan, al menos en aquella oportunidad. Seguidamente le indicó que se sentara en la sala de aquella estancia que la Virreina conocía muy bien.

—En unos días llenaremos la casa de criados y esclavos, no se preocupe —aseveró la esposa del Virrey acomodándose en una silla, inaugurando lo que prometía ser una visita no tan corta, para desgracia del irlandés—. En todo caso, espero que no tenga queja alguna respecto a la cocinera que le enviamos.

De pronto a Guillén se le ocurrió una alternativa para llevar a cabo su cometido. El tiempo se le agotaba.

—Ha sido un encanto. Todos los platos en este continente son nuevos para mí y me encantan. Jamás había comido tan bien. Si me permite un segundo, debo indicarle algo a ella, ahora que lo menciona. Vuelvo enseguida.

La esposa del Virrey observaba la habitación con especial atención, como si tras una observación atenta fuera capaz de encontrar una pista sobre algo sin saber que buscaba, cuando Guillén volvió al cabo de unos minutos con un semblante calmado.

—Discúlpeme, Virreina. He vuelto.

—¿Todo bien en la cocina?

—Por supuesto. Como le dije ha sido una espléndida cocinera. Pero había olvidado decirle que me gusta el estofado con romero y le encargué conseguir una ración en el mercado.

—Los hombres no deben permanecer mucho tiempo solteros, señor Lampard. Si tuviera una esposa no tendría que preocuparse por la falta de romero al degustar sus platos predilectos.

Guillén le correspondió con una amable carcajada.

—Los ingleses acostumbramos a disfrutar un poco más nuestra soltería.

—Reprobable costumbre —le refutó la esposa del Virrey.

—No ha aparecido la mujer indicada —apuntó Guillén, aunque de pronto se halló pensando en el beso que le había dado a María.

—Aquí hay muchas damas hermosas en edad de ser cortejadas, mi estimado Lampard —le dijo la esposa del Virrey con tono pícaro guiñándole un ojo—. Estoy seguro de que a más de una le agradaría una vida en España. El Rey nos lo envía soltero y nos complacería devolvérselo como un hombre virtuoso capaz de formar una familia.

Guillén acentuó su sonrisa:

—Tiene muy buenos planes para mí en el continente, señora Virreina.

—Espero que así los tenga usted para nosotros —le respondió incisivamente la esposa del Virrey.

—Tal como sus atenciones merecen. Ahora, dígame Virreina, disfruto mucho su visita pero me tiene intrigado. ¿Qué la trae por acá? ¿Algún recado del Virrey?

—Oh, el Virrey nada tiene que ver con mi visita —le respondió—. Solo quería asegurarme de que su estancia ha sido cómoda y aprovechar para traerle una invitación.

—Mi estancia ha sido un lujo —concedió Guillén—. Ahora, con todo gusto y con los ojos cerrados, acepto cualquier invitación que venga por parte de usted. ¿De qué se trata?

—Sin interferir en sus ocupaciones, me gustaría que me acompañara a tomar el té en una de las haciendas más importantes de Nueva España.

A Guillén se le iluminó el rostro.

—¿De quiénes estamos hablando?

—De la familia Rocalla.

—¿Los judíos? —preguntó Guillén decepcionado.

—Sí, es una familia honorable. Y su hija Raquel es un encanto. Ellos querían

conocerlo personalmente y, tal como dijo el Virrey, darle la bienvenida a la región para que se sienta como en una segunda casa.

—Son muy amables. Pues no se diga más. Mañana encargo un coche conducido por corceles y pasaremos a visitarlos.

—Este será el comienzo de muchas invitaciones que recibiré. Esperemos no quitarle el tiempo para que cumpla cualquier misión que la Corona le haya encomendado —sentenció la esposa del Virrey.

—Estoy acostumbrado a distribuir mi tiempo y no agotarlo —respondió cortésmente Guillén.

—Así sea entonces. Pero no quiero abusar de esa distribución —argumentó la esposa del Virrey. Guillén comprendió las señales y le ofreció su mano para levantarla del asiento—. Creo que ya es tiempo de irme.

Guillén escoltó a la esposa del Virrey y a su esclava hasta la puerta de la casa de huéspedes. Se acercaba la hora del almuerzo. La nodriza llegaría a buen tiempo a la casa Moctezuma, según estimó.

—Lo espero mañana —se despidió la esposa del Virrey tras recibir un beso en su mano por parte de Guillén.

—A buena hora. Cuento con eso.

Guillén las vio alejarse, y cuando ya se encontraban a una distancia prudencial, cerró la puerta y se dirigió rápidamente a la cocina que se encontraba ocupada por el hijo de la cocinera, también esclavo como ella, un niño de ocho años que vigilaba el fuego tal como le ordenara su madre.

—¿No ha regresado tu madre? —le preguntó Guillén. El niño negó con la cabeza sin emitir ningún sonido.

Ansioso, no se movió de la cocina centrando su atención en el fuego, el caldero y la vigilancia atenta del niño que removía su contenido con una cucharilla de madera. Era curiosa la alquimia que hacía posible disfrutar de una buena comida. Hombres y mujeres como los que vivían en aquella región quedaban a merced de las pequeñas decisiones que los esclavos tomaban sobre sus alimentos, dándoles el gobierno sobre sus confiados estómagos. Ellos podrían envenenar la comida de sus amos si se les ocurriera, reflexionó Guillén. Imaginó una masacre de común acuerdo en la que cada uno de ellos, desde las respectivas cocinas de sus casas, disponía de ingredientes mortales para servirles un letal almuerzo a sus amos. Sonrió para sus adentros, y enredado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que por la puerta de atrás, destinada para entrada y salida de los esclavos domésticos, regresaba finalmente la cocinera.

—Conseguí el romero, señor —dijo anunciándose.

Guillén reaccionó de su ensimismamiento y sintió alegría al verla por lo que eso representaba. Sin rodeos le preguntó:

—¿Pudiste entregar el recado?

La cocinera se secaba el sudor de la frente con un pañuelo y le ordenaba al niño que dejara libre el caldero, retomando su lugar. Tras una serie de respiraciones agitadas, y mientras Guillén se consumía de desesperación

ó

n en esos segundos eternos, finalmente le respondió:

—Sí. Lo estaba esperando, impaciente. Dijo que su mensaje estaba en buenas manos.

A Guillén se le escapó un suspiro de dulce alivio. Ni el romero, ni el té con los judíos, ni las imprudentes palabras de la esposa del Virrey cada vez que hablaba, ni las rebeliones imaginarias de los esclavos contra sus amos o los proyectos de una Irlanda libre preocupaban su alma en ese instante tanto como el hecho de no encontrarse junto a María. Pronto la vería de nuevo y eso era lo único en lo que quería pensar.

Rato después, en la casa Moctezuma, la señora de la casa sostenía una hoja arrugada que rezumaba la tinta negra de unos trazos apresurados:

Querida señora Moctezuma,

Me complacería visitarlas a usted y a su hija en calidad de enviado por la Corona. Quiero conocer a los habitantes de esta región y particularmente estoy interesado escuchar las historias antiguas sobre estas tierras y sus reinos dorados. Sospecho que usted podría ilustrarme al respecto como ninguna otra persona dentro del Virreinato.

Mis más sinceros saludos y atento a su respuesta:

G.L.

Capítulo 4

Danzaban las sombras en su habitación con su rutina precisa y sin errores. Como una lumbre sin fuego, miradas agudas la escrutaban sin ahorrarse las interpelaciones. Era la hora favorita de sus ancestros. Ella los veía e intercambiaban palabras de ausencia y silencio, a veces letales, siempre dolorosas. Última heredera de un linaje glorioso, toda su existencia dependía de una oportunidad idónea para reconquistar la victoria de su estirpe. Enloquecida por la furia de su fe, María del Carmen Moctezuma rendía su tributo de noche y sangre a los lares que llevaban su nombre. Las sombras mudaban sus rostros y enrarecían la realidad hasta convertir la más firme certeza en una insoportable duda. Ella no aguantaba los reclamos insuflados de cólera que como latigazos ininterrumpidos pinchaban sus oídos cada vez que enfurecían ante la falta de novedades. Un mundo oculto y cifrado se extendía como un imperio subterráneo bajo la corteza de lo aparente, un reino invisible de fantasmas y espejismos atrapados en la memoria de un pasado que lentamente perecía bajo la huella de los recién llegados, hombres y mujeres de piel pálida que traían consigo un futuro incierto, un porvenir que no los incluía. Se precisaba una profunda conexión con el origen de esa tierra y una voluntad dispuesta a escuchar, para revelar la visión de ese otro mundo arcaico relegado a la noche eterna; facultades en extinción con la proliferación y mestizaje de los recién llegados en la región.

María del Carmen Moctezuma era portadora de lo que su madre denominaba “la Visión”, que se resumía en la capacidad de distinguir la piel que separaba el mundo aparente del reino oculto y poder entablar contacto con las voces que poblaban aquel misterio sin resolución. En el pasado, tal como su madre le contaba del mismo modo que su madre se lo contó a ella, en aquellas tierras de Reyes, serpientes y pirámides gigantescas, los espíritus y los hombres convivían como si se tratara de una misma cosa, como si el límite entre ambos reinos no fuera frontera sino unidad. En aquellos tiempos los hombres llamaban dioses a los habitantes de ese otro mundo frío y espectral, cumpliendo una cuota de exigencias que funcionaban como pacto fiel para concretar la armonía entre ambos reinos. Si los dioses estaban sedientos de guerra, solo la sangre podía calmarlos. Si los dioses asolaban con sequías o inundaciones impidiendo la obtención de alimentos, solo la sangre podía detenerlos. Si los dioses se encaprichaban con un mortal, solo la sangre del cuerpo deseado vertida en una piedra consagrada saciaría su glotonería por la carne. Era sencillo, por un sacrificio humano cada cierto tiempo la paz estaba garantizada. Y a los dioses les gustaba complacer a sus hijos predilectos, muy especialmente a aquellos que podían dialogar abiertamente con ellos. Intermediarios entre un reino y otro, solo quienes poseían la Visión estaban facultados para entender sin confusiones y traducir con claridad los designios que una nube, una ventisca o una llama de fuego encubrían con celo. Cuando llegaron los conquistadores, la armonía se disolvió y el puente entre ambos mundos se derrumbó casi para siempre; incluso para aquellos que portaban la Visión las voces perdieron sentido y aquel mundo fue empañado por una bruma espesa e indescifrable. Con el tiempo, algunos pocos intuían de cuando en cuando el llamado de las sombras en los umbrales de su percepción. La Visión se convirtió en un raro y escaso privilegio. Así era el don con el cual había sido bendecida María desde su nacimiento.

En el transcurso de esa hora oscura, en una esquina de su habitación, María se apretujaba la cabeza atormentada por la queja desordenada de tantas voces sin importancia. El privilegio era también una maldición, porque una vez que se abrían aquellas puertas, cualquier sombra exigía audiencia. Demandaban acciones concretas y radicales, reclamaban sangre y duelo como en otros tiempos y se disputaban su atención sin concederle un segundo de tranquilidad. Trató de calmarse y ordenar sus

pensamientos para darle prioridad a unas voces a pesar de otras; para distinguir las peticiones importantes de las quejas sin propósito, escuchaba sin juzgar pero atendiendo a aquellas que podrían ayudarla. La costumbre ganada con los años, le confería la gracia de saber controlar y escuchar sin derrumbarse. Al menos, la mayoría de las veces. La calma se asentaba en su ánimo y entonces pudo responderles a las sombras sin miedo a las represalias.

—No. Las dificultades siguen siendo las mismas. Nadie está capacitado para acompañar mis planes. Nada ha cambiado y, sin embargo, alguien ha llegado.

—¿De qué puede servirnos eso?

—Ese alguien podría estar dispuesto a ayudarnos —afirmó María.

—¿Uno de esos hombres pálidos, acaso? Todos son iguales. Todos traen muerte allá donde su huella pasa.

—Su piel importa poco. He leído en su mirada un ansia familiar, una búsqueda semejante a la mía. No es como los otros —se defendió María.

—No permitas que él también lea tu corazón. No sin asegurarte de sus intenciones en esta tierra.

—Ese será mi trabajo. Leer su corazón sin revelar el mío. Traducir los secretos de su mirada. Y descubrir hasta qué punto su voluntad comulga con la mía.

—Nuestra voluntad. Nunca lo olvides. Nuestra, siempre nuestra —amenazaron las voces.

—Mi vida es nuestro propósito: nuestra libertad —confirmó María.

—Tu vida es nuestra. Si no te equivocas, harás que su vida lo sea también —sentenciaron las voces dándole permiso para relacionarse con aquel extraño recién llegado.

Las voces se dispersaron y tras su desvanecimiento retornó la claridad. Cada vez que regresaba de tal trance, su despertar prolongaba una sensación de desasosiego que tardaba horas en menguar. En aquella ocasión se sintió mucho peor. El mundo “real” se le antojaba exagerado y estático tras haber conocido tamaño vértigo. El regreso tenía sus consecuencias. Mar

í

a sintió su cuerpo desfallecer y sin darse cuenta acabó desmayada por un dulce sopor y consolada por la losa fría del suelo.

El aroma de las sales se abrió paso por sus fosas nasales hasta sacudir la consciencia con un espasmo cargado de violencia. Su cara se contrajo en una expresión de asco y sus ojos parpadearon a medida que exhalaba tras una inspiración honda. El estómago se le revolvió con la promesa de bilis subiendo hasta su garganta, aunque no tuviera fuerzas para vomitar siquiera. La nodriza animaba dulcemente el cuerpo de su querida niña Moctezuma sosteniéndola en sus brazos, zarandeándola sin torpeza, empujándola hacia su cuerpo, abrazándola como una guarida acorazada que no permitiría que ninguna amenaza externa la dañara. Pero, ¿qui

é

n podría protegerla de las sombras que ya vivían dentro de ella? ¿Contra quién luchaba para salvarla? Con paciencia la nodriza ayudó a enderezarla hasta lograr que se pusiera de pie apoyada en su cuerpo, la condujo en dirección al camastro donde dormía y pudo sentarla sin que ella opusiera resistencia. En aquel instante la compadecía. Volvía a ser aquella niña que caía desmayada en los campos por haber hablado mucho tiempo con sus fantasmas. Así los llamaba ella en su inocencia: suyos, aunque la realidad tras esa singularidad era otra. Nunca la dejarían en paz. El tiempo los había fortalecido y a su vez mermaban cualquier resistencia que ella pudiera

ponerles. María los obedecía con gusto. Cuando aprendió a controlar el uso de la Visión, en algún momento de su temprana adolescencia, aquellos espectros se convirtieron en una necesidad, una condición rutinaria sin la cual su vida no podía conducirse. Vigilaban sus sueños y cronometraban sus despertares, atentos a cualquier mínimo detalle, apropiándose de su vida dando por sentado su permiso. No pocas veces los escuchaba a plena luz del día y en compañía de otros, sin que nadie pudiera notarlo. Ya era experta en disimular su constante asomarse en esa ventana invisible para otros; y en aquellas ocasiones sus amigos invisibles se presentaban débiles y serviciales, susurrándole al oído datos de interés sobre sus interlocutores, revelando pequeños secretos y suscitando en su interior risas cómplices que ningún otro comprendería. Los años habían fortalecido un raro vínculo entre ella y sus fantasmas. En las noches la amabilidad de sus queridos fantasmas revelaba un matiz oscuro y cruel, la doblegaban hasta cansarla exigiendo su atención. Sucumbía a aquella fuerza oscura durante esas sesiones nocturnas. Forjaban laberínticos planes para ella y su estirpe, brindándole un destino que no debía rechazar. Su voluntad ya no dependía de la libre elección, sus decisiones ya estaban de antemano tomadas y sopesadas en la balanza del tiempo. Y a medida que el efecto de ellos se apoderaba de su alma, mayor era su belleza y la pasión que inspiraba en quien se detuviera a contemplarla, mayor era la energía con la que afrontaba su vida en aquella realidad, la verdadera realidad, aunque para ella luciera difusa y deslucida comparada con su mundo encantado. Constituía la mayor ironía de su existencia el hecho de que, al mismo tiempo que irradiaba un aura de muerte, para el resto de las personas que la conocían parecía la mujer más viva con la que se hubieran topado. Pero su poder era mucho más grande de lo que aquel reducido grupo de espíritus controlaba. A veces María avistaba espíritus que acompañaban a otras personas, que pertenecían a otros espacios, espíritus que no interactuaban con los suyos. A veces percibía cosas desconocidas sin su mediación. Su Visión abarcaba otras dimensiones de aquel mundo alterno y desconocía el alcance verdadero de su poder porque sus espíritus predilectos se imponían sobre ella. Sus espíritus, sí, suyos. Los espíritus atados a su apellido que alguna vez libaron las ofrendas que sus antepasados les ofrecieran. Espíritus que se habían prometido devolverle la majestad que su nombre merecía. Espíritus que necesitaban restaurar el tiempo perdido en el que alguna vez fueron llamados dioses. A su lado, siempre, sin apartarse. Aquellos espíritus estaban allí sin importar adonde fuera, dormida o despierta, consumiéndola sin pausa como una llama que agota la cera de su vela con el inminente propósito de extinguirse a sí misma.

La nodriza acariciaba el cabello de su niña y luego rozaba sus hombros. Prefería no sostenerla en sus brazos para evitar que se durmiera por completo y quedara atrapada en ese mundo al cual ella no tenía acceso. Quién sabe si entonces las sombras volverían y ya era suficiente por esa noche. Quizás ella era incapaz de ver aquellos espíritus pero no dudaba de su existencia. Ella también provenía de un continente donde lo humano y lo divino se fusionaban sin intermediarios a la vista de todos. Y también comprendía que no poseía potestad alguna para librarla de su don, pero se limitaba a estar en el momento correcto cuando era necesitada. Y como tantas otras veces lo hizo en trances semejantes, esta vez le cantó una suave nana trayéndola de regreso lentamente, y a buen término, hasta este mundo, su mundo. La presencia de aquella mujer, su querida nodriza de brazos fuertes y voz melodiosa, reconfortaba a María rescatándola de su sopor, despertándola paulatinamente, con el cuerpo cansado y los párpados pesados, a medida que aquella canción le devolvía la vida recordándole las ganas de seguir existiendo para no apartarse del mundo al cual sí pertenecía.

—*Brisa que vuelve, brisa que va* —decía la canción, repetidas veces—, *devuélveme mi mar. Nubecita que llora, pececito que ríe cuéntame sobre el sol. Hay*

sal en la mesa y amor en la olla. Cantan las flores, cantan por ti. Cantan los pobres, cantan por mí. Canto por ti, canta para mí. Tu canto azul, tu canto sin fin.

—No me sueltan —suspiró María ya recuperando la consciencia.

—No los sueltas —replicó

ó

la nodriza.

—No me dejarían.

—No quieres dejarlos.

—No puedo dejarlos. Los necesito.

—Te necesitan.

—Quieren lo que yo quiero. Me quieren, me quieren.

La nodriza ya había repetido un diálogo semejante en otras ocasiones. Se trataba de un juego dialéctico inagotable. Era la mejor manera de sacudir el trance, confrontándola con sus propias palabras y revelándole la naturaleza de sus contradicciones. Poco a poco, recuperaba la razón y a menudo no recordaba las palabras que intercambiaban entre ellas. Finalmente, ya despierta, observó atentamente a su nodriza dándole las gracias con una simple mirada.

—Es hora de que descanses, hija mía. Que descanses de verdad.

A la mañana siguiente María encontró a su madre en su silla favorita para bordar leyendo atentamente una carta y con una expresión indescifrable en su rostro.

—No parecen buenas noticias, ¿o sí? —preguntó María revelando su curiosidad.

—¿Nuestra querida nodriza no ha tenido ocasión de comentarte sobre esta curiosa misiva? No creo que sean malas noticias. Al menos, no para ti.

—¿Me dejarás en ascuas sin revelármelo, madre? ¿Qué dice ese papel?

Su madre la miró atentamente y sonriendo le extendió la carta.

—Será mejor que tú misma lo leas. Quizás tú entenderás mejor que yo de qué se trata esto.

María temía encontrarse con una noticia que la contrariara. Algo nublaba su visión en aquel momento y era incapaz de adivinar algún signo claro a través de su intuición. Desdobló el papel y le echó un rápido vistazo. Su corazón dio un vuelco al mismo tiempo que trataba de controlar el rubor que coloreaba sus mejillas.

—Es una buena noticia para alguien dentro de esta casa —confirmó su madre atenta al rictus rígido de su hija, tratando de ocultar una sonrisa.

—¡Oh madre! No supongas cosas. Apenas lo conozco. Compartimos una pieza en el baile y una breve conversación.

—Aparentemente, fue suficiente para que quiera verte de nuevo —recalcó su madre.

—Es un enviado de la Corona. Parece una visita formal respecto a los intereses que sus ocupaciones demandan —argumentó María.

—Las cuales desconocemos, cabe acotar —puntualizó su madre.

—¿Le mandarás una respuesta? —preguntó la hija con el tono más desenfadado que pudo fingir.

La madre, reflexionó con sensatez.

—Se trataría de una descortesía imperdonable negarle una invitación a un enviado de la Corona, aunque no me agrada la idea de tener a un extranjero de la corte en mi casa. Ambas sabemos muy bien lo que su mundo representa para el nuestro. Y es mucho peor que cualquier otro hombre, terrateniente o hijo de terrateniente, que ha nacido o vivido en esta tierra y la conoce la suficiente para defenderla y quererla, así sea según sus propios intereses.

—El señor de Lampard parece distinto. Puedo sentirlo —se aventuró a confesar María.

—¿Lo siente tu don o te engañan otros sentimientos? —cuestionó su madre.

—Dice cosas distintas. Es capaz de entender —siguió María en su defensa.

—Para tratarse de una pieza de baile y una conversación breve, te ha dejado una excelente impresión.

María bajó la mirada frente a los inquisidores ojos indígenas de su madre. Ella no fue favorecida con el don, a diferencia de su hija, pero poseía la intuición natural de su raza: esa capacidad de permitirse leer en el corazón de otros sin miedo a encontrar respuestas. Podía sentir los latidos acelerados en el corazón de su hija, el deseo en su mirada, su cuerpo vibrando ante una posible situación de encuentro con aquel hombre foráneo y desconocido. También en ese instante supo que su hija comenzaba a experimentar algo que probablemente aun no entendería, y confrontarla con eso sería contraproducente. Era aquel sentimiento familiar, aquel principio fundamental de la maravilla. Lo recordaba perfectamente. Los síntomas innegables de una atracción, la simiente del amor en pleno despunte. Ahora, ¿qué podía hacer al respecto? ¿Debía actuar en contra de esa situación? ¿O, por el contrario, le convenía? Quería lo mejor para su hija. Tampoco sería justo interponerse en esa oportunidad de despertar al mundo que solo el amor permite. Cualquier prevención era inútil porque la experiencia le había enseñado que no se puede combatir a un espíritu enamorado ni quebrantar su voluntad. Lo que le había contado la nodriza sobre su encuentro con él en el mercado y el nervio que animaba la caligrafía de la carta que sostenía en sus manos representaban para ella señales claras de que su hija no era la única encandilada por los resplandores iniciales del deseo. Eso era una ventaja. Al menos su hija no sufriría por un amor no correspondido. Pero se mantendría cautelosa respecto a la disposición de su María respecto a los posibles avances de ese hombre. Pensándolo con mayor detenimiento, lo mejor era conocer a aquel inglés cuanto antes para comprometerlo con la gravedad que implicaba conocer a la familia de una joven casadera y obligarlo, sin que pareciera un deber, a revelar sus intenciones. Por otro lado, era de su conocimiento la curiosidad que suscitaba la presencia de este supuesto enviado de la Corona en el Virreinato y lo poco que se conocía sobre él y los motivos que justificaban su presencia. Aprovecharía el interés que demostraba por su hija para extraer alguna información de futura utilidad. Si era lo suficientemente astuta, y si su hija cultivaba un poco de sensatez en medio de su idilio, probablemente tendrían el privilegio de desentrañar aquel misterio anglosajón hirviéndose a fuego lento bajo los efectos de su tierra caliente y salvaje.

Con un tono confidente, para que su hija no se sintiera juzgada ni mucho menos avergonzada le preguntó:

—¿Quieres que el caballero Lampard venga a nuestra casa en calidad de visitante, hija mía?

María dudó y se tomó unos minutos de silencio. No sabía si una respuesta afirmativa la expondría frente a su madre. Pero, ¿qué se estaría denunciando tras esas locas ganas de responder sin reparos que no solo quería verle, que no solo esperaba su visita, que no solo le hacía falta repetir nuevas conversaciones y hasta un nuevo beso? Ansiaba comprobar la certeza de que estaba predestinada a encontrarse a ese hombre una y otra vez, sin importar el tiempo y el espacio en que sus vidas transcurrieran. Y tenía mucho miedo de admitirlo, de admitírselo a sí misma. No, el problema no era que su madre supiera lo que ya sabía antes que ella. El problema era que cuando dijera que sí, su vida entera tambalearía sus cimientos para entregarse sin reservas a un futuro incierto. Quizás lo mejor sería negarse y asumir nuevamente su cómoda postura de niña caprichosa e insatisfecha que con gusto desanimaba a los hombres que la deseaban. Pero su alma escupió su respuesta como un grito ahogado.

—Sí, así lo quiero.

Su madre dibujó una indescifrable sonrisa que María tardaría tiempo en comprender, y seguidamente demandó:

—Prepara la tinta. Le enviaré mi respuesta.

Capítulo 5

Guillén de Lampard, la Virreina y su esclava predilecta eran invitados por un criado mayordomo a esperar en el vestíbulo de la casa Rocalla, los adinerados judíos del Virreinato. El viaje había transcurrido sin contratiempos y llegaban puntualmente a la cita acordada. Una expresión de fastidio surcaba el rostro de Guillén, que esperaba una respuesta que probablemente llegaría cuando él no estuviera en casa o, peor aun, no llegaría después de todo. Le convenía distraer su mente de aquella espera y disfrutar la ocasión de conocer nuevas personas, futuros amigos o enemigos, para enriquecer su experiencia de paso por el nuevo continente. Paso que debía ser transitorio y no muy largo pero lo suficientemente redituable para el cumplimiento de sus objetivos. Los judíos y su fortuna representaban una oportunidad. Por su religión, probablemente tendrían una perspectiva completamente distinta del continente y de su organización, y le interesaba conocer esa visión.

Madre e hija entraban al vestíbulo minutos después. Sin tantas formalidades se saludaron y enseguida tomaron asiento. Raquel estaba preciosa según Guillén pudo observar cuando intercambiaron una breve mirada durante su entrada. La conversación transcurrió plana y sin datos memorables durante casi una hora. Hablaban del clima y de la mejor temporada para la cosecha, de los meses de leche agria, del pasado baile, de las ocupaciones del señor Rocalla quien se encontraba lejos de la capital debido a un viaje de negocios, volviendo una y otra vez sobre la curiosidad que fundamentaba aquella aburrida velada: el porqué de la presencia de Guillén en el continente. Como un buen atleta frente a los obstáculos que se interponían en su camino, sorteaba aquellas preguntas suspicaces con garbo reforzando su innegable encanto con las mujeres, madres e hijas por igual, respondiendo con sentencias cortas y evasivas insufladas de amabilidad y picardía. Raquel mantenía una posición de anfitriona prudente y silenciosa, sin intervenir mucho en la conversación y evitando participar de la obvia curiosidad de su madre y la Virreina respecto a las ocupaciones del invitado, lo cual Guillén notó agradecido. Por su parte, Raquel disfrutaba al escuchar las ingeniosas respuestas que Guillén les daba a las señoras para satisfacer sus Inquisidoras preguntas, acrecentando el atractivo que este misterioso hombre representaba para ella y aguantando las ganas de reírse en varias oportunidades. De este modo, se tejía una palpable y silente complicidad entre ambos, con miradas y sonrisas furtivas a medida que el fallido interrogatorio se llevaba a cabo sin los resultados esperados para sus propiciadoras. La Virreina conseguía que todos los temas de conversación desembocaran en peticiones para que el enviado de la Corona compartiera las impresiones sobre Nueva España que su primera semana le había dejado, mientras que la señora Rocalla repetidas veces le preguntaba detalles sobre su vida en el viejo continente. Sin ponerse de acuerdo, ambas mujeres a veces se interrumpían mutuamente disputándose el dudoso mérito de quien lograba sacar la mejor y más jugosa información sobre el recién llegado, que compartirían luego en otras reuniones y sobremesas donde Guillén no sería invitado, ansiosas por recibir futuras felicitaciones de sus esposos y amigas a razón de su astucia.

—¿Es tan asfixiante el viejo continente, como dice mi marido? —preguntó la señora Rocalla.

—Es completamente distinto. Hay mucha gente todo el tiempo en todas partes, y uno puede desperdiciar un día entero en muchos lugares junto a igual número de personas y no haber siquiera empezado aquello que pretendía hacer. Supongo que puede resultar asfixiante para quien no está acostumbrado —aseguró Guillén.

—Pero, ¿acaso no prefiere la tranquilidad de estas tierras? ¿No se siente más seguro? —intervino la esposa del Virrey.

—No he tenido la oportunidad de comprobar si esa serenidad es su estado natural. Tendría que pasar mucho más tiempo para ratificarlo. Pero sí parece un entorno controlable en comparación a Europa, y especialmente a España. Aunque no pondría las manos en el fuego al apostar por esa seguridad como una característica permanente —argumentó Guillén.

—¿A qué se refiere? —preguntó la esposa del Virrey con un ligero disgusto en su voz—. ¿Cree que el continente pueda convertirse en un lugar peligroso? ¡Eso no tiene sentido!

—Hoy en día no es evidente, a menos que se observe atentamente. Y para observar atentamente hay que estar dispuesto a ver más allá de lo que queremos ver. Viniendo de afuera y ajeno a las costumbres locales, puedo compartir mi percepción en calidad de visitante y extranjero. El continente es una olla de presión. Hay demasiadas razas, credos e ideas encontradas que no conviven pacíficamente y en cambio permanecen sometidas bajo una supuesta idea unificadora, las ideas que fundamentan nuestra Europa, que son muy distintas a las ideas que fundaron las poblaciones que acá habitaron antes de nuestra llegada, con su propia estructura que nunca nos preocupamos por conocer. Tarde o temprano eso creará una fractura. Y si eso ocurre, y puede ocurrir, esa supuesta tranquilidad se acabará—dijo estableciendo su punto indiscutible ante mentes cortas de entendederas.

—Es una hipótesis sensata —añadió Raquel para disgusto de su madre—. No puedes preparar un caldo con diferentes especias y luego esperar que tenga un sabor uniforme y compacto.

—¡Qué comparación tan precisa! —concedió Guillén—. A eso me refiero.

—¡Tonterías! —contradijo la señora Rocalla—. Esto nunca será Europa y sus guerras. Aquí se nos ha aceptado sin inconvenientes y somos libres de profesar el culto que queramos.

—Sí, madre —la interrumpió Raquel—. Pero lo que el caballero de Lampard observa no se refiere únicamente a nosotros, a los terratenientes. Está hablando sobre nuestros criados, esclavos, indígenas y blancos nativos poseedores de pequeñas tierras. Son demasiadas mentes y corazones creyendo y amando cosas distintas. La paz no durará para siempre, lamentablemente.

Guillén le correspondió con una sonrisa de agradecimiento.

—¿Personas? Los estamos sobrestimando. Mientras tengan el estómago lleno y sean tratados con firmeza sus instintos se mantendrán controlados —le respondió la madre a su hija.

La Virreina pudo notar el punto común entre Guillén y Raquel, y aprovechó la ocasión para desviar la polémica conversación.

—Raquel, querida. Si tu madre lo permite deberías mostrarle la terraza a vuestro invitado. Probablemente tengan muchas cosas sobre las cuales hablar ahora que descubrieron que piensan de forma tan parecida —ironizó la Virreina al tiempo que veía a su amiga con un gesto cifrado que enseguida captó.

—Es verdad, hija. Compórtate como una buena anfitriona y cumplamos la recomendación de la Virreina. Es importante que nuestro invitado se sienta a gusto. Como en su casa.

—¡Estupendo! Jacinta, acompáñalos sin molestarlos—le ordenó la esposa del Virrey a su esclava.

Atento a estas formalidades, Guillén enseguida se puso de pie y ofreció su mano para levantar a Raquel de su asiento.

—Queda de su parte indicarme el camino, señorita Rocalla.

—Sígame —le contestó Raquel.

Ambos jóvenes abandonaban la habitación, mientras la Virreina y la señora Rocalla celebraban en silencio, a pesar de las cosas reprobables que se vieron obligadas a

escuchar, que quizás la velada no había sido tan desafortunada al final de la jornada.

En la terraza, Raquel y Guillén se animaron a conversar mientras observaban un cielo sanguinolento que anunciaba la inminente llegada del ocaso. Cielo que rivalizaba en belleza con los crepúsculos que había atesorado en su querida Irlanda. Desde su infancia no había visto atardeceres igual de hermosos hasta que sus ojos se toparon con los acaecidos en el nuevo continente. Cada vez que se encontraba con semejante cielo entendía por qué aquello era conocido como la Tierra de Gracia o El Dorado. Lamentaba que aquel lugar bendito y brillante cayera en manos de hombres como los de su tiempo, poco susceptibles a rendirse frente a la belleza. Guillén sabía que tarde o temprano destruirían esa belleza y nadie podría evitarlo. Era el curso natural que siguen las cosas arrasadas y conquistadas por aquellos hombres que menosprecian los milagros justo cuando consiguen una oportunidad de alzarse por encima del resto.

—En todo caso, puedo concederle a su madre y a la Virreina que en España nadie puede apreciar un cielo como este. Es un cielo nunca antes visto.

Raquel se reclinaba en una baranda, observándolo.

—No crea que todos en el Virreinato se detienen a contemplar un atardecer.

—Ese es el problema de los hombres. Damos por sentado las cosas. Creemos que algunos acontecimientos son menos maravillosos solo porque ocurren a diario —reflexionó Guillén.

—Lo extraordinario no siempre es lo insólito —recalcó Raquel—. ¿Cómo es que su español es tan impecable? Los ingleses que he conocido suelen tener muchas dificultades para hablar el idioma de Castilla.

—Técnicamente no soy inglés —reveló Guillén, y observando la reacción de sorpresa de Raquel continuó—: Soy un irlandés que es una forma de ser un inglés de segunda categoría. Y allá en Irlanda teníamos una nana española que nos cuidaba a mí y mis hermanos. Ella nos enseñó a hablar el español como una segunda lengua. Luego no me fue difícil desenvolverme en España y perfeccionar mi uso del idioma. Hasta mi acento inglés apenas se nota.

—¿Y por qué abandono a su Irlanda? ¿Qué lo animó a hacerse una vida en España y luego terminar en este continente?

—Pensaba que la curiosidad era solo una característica de su progenitora —bromeó Guillén.

—Pero mi interés al respecto es motivado por razones distintas a las de mi madre y la Virreina — puntualizó Raquel—. Es solo la simple curiosidad de una chica como yo que apenas ha conocido lo que hay un poco más allá de estas paredes. Desconozco el mundo y me agrada conocer personas que lo han visto y explorado, aprender de sus anécdotas, descubrir cosas que jamás hubiera pensado que existían. Pero si se siente incómodo con mis preguntas, ignórelas. Yo entiendo sus reservas.

—Descuide —la tranquilizó Guillén—. No me molestan sus preguntas en lo absoluto. E incluso comprendo los intereses particulares de su madre, la Virreina, y básicamente de cualquier habitante importante del Virreinato respecto a mi presencia. Vine preparado y consciente de que suscitaría ese tipo de interés. No puedo responderle sobre esas cosas para evitar suposiciones malsanas. No, por ahora. Me alegro que comprenda mi postura de mantenerme al margen frente a los cuestionarios y no complacer todas las preguntas. Y créame, con todo gusto me complacería en cualquier otra oportunidad contarle anécdotas sobre mis viajes y las cosas que a mi corta edad he podido ver. Su curiosidad es loable y no responde a otra cosa sino a la noble sed del conocimiento. Cultive esa virtud digna de Reyes y sabios. Yo no soy un hombre particularmente docto pero aprecio también esa búsqueda. No por otra razón

estamos en este mundo. Para absorberlo, comprenderlo y dar cuenta de ello.

—Es usted un hombre muy honesto, a pesar de sus omisiones —agregó Raquel sonriéndole—. Aun no lo conozco, es cierto pero me atrevo a decir que reside en usted esa virtud y la admiro. No es fácil encontrar un hombre así capaz de expresar sus posturas sin miedo a generar reacciones en su contra. Ciertamente podrá usted adivinar que cada cosa que diga será aguardada con mucha atención. Ideas como las que acaba de expresar frente a mi madre y la Virreina no serán bien recibidas. Cuide sus palabras con celo, pero no por ello reprima su ímpetu. Aquí todos nos conocemos muy bien y no estamos acostumbrados a los misterios. Nos asusta cualquier cosa que represente un atentado contra nuestras seguridades. Estamos acostumbrados a lo sencillo. Pero sepa usted que aquí tiene a una amiga. No le pediré detalles sobre su vida, ni que me informe sobre las razones que fundamentan su estadía, pero sí me complacería saber cómo se siente ya que imagino que adaptarse a un nuevo entorno como un extraño no debe ser algo fácil y, seguramente, acentuará la soledad. Y no es justo que las personas se sientan solas.

—Gracias, Raquel. Aprecio sus palabras y acepto su amistad como un honor del cual espero ser digno —le respondió

Guillén

—. Es cierto, aun estoy adaptándome. Y estimo que mi tiempo en el Virreinato apenas está comenzando, así que agradeceré sobremanera contar con alguien que pueda guiarme en estas tierras sin sentir la obligación de explicar todo el tiempo mi lugar en ellas.

—No se diga más, amigo —le dijo Raquel extendiéndole su mano y estrechándosela.

—Amiga, creo que es tiempo de entrar. Debo asegurarme de dejar a la Virreina sana y salva en el palacio de su esposo. De lo contrario, mi cabeza rodará.

Guillén le ofreció su brazo y juntos abandonaron la terraza. Una ola de satisfacción recorrió el cuerpo de Raquel y se sintió embriagada por la firmeza de aquel hombre que a su lado caminaba sosteniéndola. Deseaba que aquella caminata hasta el vestíbulo no acabara nunca.

Guillén de Lampard al fin llegaba a su casa de hospedaje. Ya contaba con suficiente personal, gracias al Virrey y, sobretodo, a la insistencia de su esposa por no dejarlo desamparado del debido servicio y atención que su rango demandaba, y además, según intuyó, para poder tener ojos y oídos que vigilaran sus pasos en nombre del Virrey. La cocinera salió a su encuentro anunciándole que su cena estaba servida. No quiso hacerle ninguna pregunta para no demostrar demasiado interés en la espera que lo inquietaba. Guillén la miró atentamente ansioso por escuchar alguna novedad a través de sus labios, a lo cual ella reaccionó.

—Casi lo olvidaba, señor Lampard. Mandaron un mensaje de la casa Moctezuma para usted.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó Guillén enseguida.

—¡Oh, señor! ¿Cómo se le ocurre que pueda saberlo? Yo no sé leer y no sería apropiado saber lo que no me corresponde.

Guillén se disculpó por su torpeza haciendo un ademán con sus manos.

—¡Qué tonto soy! Tienes razón. ¿Una carta, dices? ¿Dónde está?

La cocinera alzó su mano señalando las escaleras.

—La dejé en su habitación. Podrá encontrarla en su cama.

Guillén corrió hasta su habitación y encontró una misiva lacrada y perfumada. A duras penas buscó un abrecartas y casi la rompe debido a su afán. Leyó rápidamente

su contenido tratando de aprehender cada una de las palabras con una sola lectura. Se sintió eufórico y satisfecho a pesar del tono seco y sin adornos del mensaje. La releyó nuevamente, con calma, saboreando la buena noticia como quien se relame los labios a la hora del postre y recibe ración doble. Era la respuesta que estaba esperando. Era llamado por la señora de la casa Moctezuma a visitarla a ella y a su hija en calidad de invitado.

Capítulo 6

La casa Moctezuma abarcaba el horizonte como una serpiente que se desenroscaba, estirándose desenfadadamente y ocultando su verdadero tamaño según el punto desde el que se le mirara. Un titán en reposo desde cierto ángulo, o una minúscula cola de reptil desde otro. Un temor reverencial se apoderó de Guillén de Lampard camino al umbral de la gran hacienda. Cada paso lo acercaba a la mujer que doblegaba su voluntad y encendía su alma. Hacía más de una semana que se habían visto y desde entonces no había surgido ninguna otra oportunidad de replicar el encuentro. Se enloquecía al paso de los días tratando de encontrarla en las calles o en las casas del Virreinato. Agradeció a la buena fortuna por haberle puesto a la nodriza a su paso por el mercado. ¿Cuántos días habrían pasado antes de que volviera a encontrarla? ¿Era capaz de soportarlo? No siempre debía confiarse en el destino, mucho menos cuando un deseo masticaba la voluntad. Era imperativo perseguir lo que se buscaba e ir a su encuentro. En aquel momento frente a la gran hacienda, algo lejana respecto al resto de la ciudad, comprendió que María y su madre vivían apartadas del bullicio, autoexiliadas del acontecer social del Virreinato, por lo cual hubiera sido casi imposible encontrarlas por mera casualidad. Misteriosos son los caminos de los dioses e indescifrables sus designios para los hombres.

La nodriza apareció en el umbral invitándolo a entrar.

—Nuevamente nos vemos caballero.

Guillén de Lampard quiso abrazarla pero se contuvo:

—No sabe cuán agradecido estoy con usted.

—Sígueme. Lo están esperando —anunció la nodriza, bonachona.

Lo condujo hasta una gran sala de apariencia circular. Se encontraba vacía y, desesperado, miró a su alrededor consciente de que pisaba el mismo suelo y estaba de pie bajo el mismo techo en el que María del Carmen Moctezuma había crecido y vivido. Mientras más cerca se sentía de ella, menos soportaba su ausencia. Esas paredes, aquel suelo, los muebles, todo lo que lo rodeaba en aquel instante la conocía mejor que él y sentía envidia por eso. Ni rastro de la madre o la hija adondequiera que posara su curiosa mirada. No quiso sentarse y en cambio se fijaba en los pequeños detalles del salón intentando leer en ellos la huella de María y su paso por la tierra. Le llamó particularmente la atención el clavel adosado a una esquina. Hermoso instrumento cuya música no escuchaba desde hacía varios años. Otro detalle curioso era el olor a menta y canela que embargaba la estancia, una fragancia deliciosa que su olfato experimentaba por primera vez. Sus fosas nasales se contraían y expandían ansiosas por absorber este aroma desconocido, que en lo sucesivo, más adelante se daría cuenta, compondría el tejido de su memoria amorosa. Su trance sensorial fue interrumpido por una voz potente de mujer madura.

—¡Bienvenido sea a mi morada, señor de Lampard! La gran hacienda Moctezuma, presente para servirle.

Ante sí se le presentaba una señora de gran belleza y temple, con facciones indígenas y exóticas y una voz cavernosa y seductora. Era la señora Moctezuma. La progenitora de su obsesión. Nervioso, se acercó a saludarla y besó su mano mientras lanzaba miradas furtivas a diestra y siniestra sin encontrar a quien tanto buscaba.

¿

Acaso no se presentaría? Lo embargó un temor pleno de frustraciones ante la posibilidad de estrepitoso fracaso. La idea de asistir a su casa y no verla quebrantaba su ánimo.

—No sea impaciente. Lo que sucederá, sucederá. Lo que vendrá, vendrá. Es inevitable —dijo enigmáticamente la señora Moctezuma—. Lo invito a sentarse

mientras esperamos la llegada de mi hija.

Guillén obedeció sin perder de vista el espacio vacío que circunscribía el umbral entre la sala en la que se encontraba y el resto de la casa. Por el vano de aquel sitio aparecería María, si se dignaba a complacerlo con su presencia vital. Tan cerca pero tan lejos, lo atormentaba encarnizadamente la duda de si ella vendría o si, en cambio, lo abandonaría a su suerte.

—Las cosas ocurren de una manera distinta a como las concebimos en nuestra imaginación. Ocurren de un modo y no de otro. A veces nuestras expectativas coinciden con los modos del mundo. A veces se compaginan con nuestras peores pesadillas. Los acontecimientos tienen su propio ritmo y temperatura. No por ello dejan de ocurrir. Las verdades nos salen al encuentro, con su piel llena de erupciones. Apartamos la vista ante tal visión. Pero la verdad no posee un rostro distinto, es así como la vemos: repulsiva e inevitable. Y tarde o temprano nos abrazará, ahogándonos en su brazo a pesar de nuestros peores crímenes —soltó la señora Moctezuma con su verborrea enigmática y monocorde que confundía a Guillén y hasta cierto punto lo asustaba.

—Es un placer conocerla, señora Moctezuma. Agradezco la oportunidad de venir en calidad de visitante y espero que este encuentro sirva como el comienzo de una robusta amistad —le dijo Guillén, sin comprender lo que había escuchado y sin creer que fuera posible tanto galimatías en la boca de aquella mujer. Intentaba matizar la extraña familiaridad con que la señora Moctezuma le hablaba ignorando las fórmulas y filtros sociales que demandaba una conversación con un extraño, sobre todo con un enviado de la Corona. Por primera vez durante su estadía en el Virreinato, alguien se dirigía a su persona de esa manera tan despreocupada y un poco insolente. No le agradó esa actitud.

La señora Moctezuma lanzó una carcajada cuyo eco se amplificó tétricamente dentro del salón, repitiéndose durante varios segundos a medida que declaraba:

—Moctezuma no es solo un apellido, o un nombre perdido y confundido entre tantos nombres que componen los anales de la historia que a ustedes les convenga. No se burle de lo que no comprende. No desestime a quien ha perdido su gloria. Es hora de que se acostumbre a lo imposible, Guillén de Lampard. Irlandés tramposo e ingenuo, aquí nadie se cree su engaño. No tema revelar sus oscuras verdades en este recinto. Un gran ojo pende sobre la planicie arbórea y sin límites. Deje de huir, ha llegado al lugar indicado. Moctezuma te llama, Moctezuma te quiere, Moctezuma te espera. Has sido elegido para servir en su nombre. A cambio recibirás la dorada recompensa de su hija. Desde el principio de los tiempos esto ha ocurrido y seguirá ocurriendo mucho después de que nuestro paso por la tierra haya caducado. No será usted el primero ni el último corazón ofrecido en la mesa de un dios. No reconocería un oráculo ni aunque vomite palabras directamente dentro de su prejuiciosa boca. Le cuesta leer la evidente fortuna que Moctezuma pone ante sus ojos. Para ser totalmente bienvenido dentro de esta morada, usted debe abrir sus ojos. Aprenda a ver sin vendas en la razón y libere su entendimiento de los prejuicios que lo contaminan. O puede comenzar por aprender a escuchar.

Sorprendido y aterrado Guillén intentó articular una objeción ante tamaña falta de respeto, pero el sonido del clavel lo obligó a voltearse. Enseguida pensó que así no sonaban los claveles según recordaba. Seguidamente lo que sus ojos vieron bien podría tratarse de un espejismo o una trampa de su cerebro. No daba crédito a sus ojos. ¿Acaso era posible? ¿Cómo había llegado hasta allí sin cruzar la habitación? Pero si, se trataba de ella, su María, quien apareció venida de la nada, tocando el clavel y entregada apasionadamente a la ejecución de una melodía, ignorándolo. Ella mantenía los ojos cerrados y él permanecía inmóvil rogando porque su mirada fuera correspondida. Las palabras de la señora Moctezuma se diluyeron en su mente como

una marea confusa de conceptos, acusaciones, profecías y maldiciones carentes de lógica. Su atronadora carcajada aun zumbaba en sus oídos. Prefería descartar tanta cacofonía quejumbrosa, optaría por olvidar tamaño escándalo de palabras inconexas. Jamás había escuchado una música como aquella: atronadora, insoportable, oscura. Ante esa visión de María las palabras no salían de su garganta aunque las susurrara como un ruego: “Te necesito. ¿Por qué no me ves?”. Finalmente ella abrió los ojos y con una expresión de tristeza se encontró con los suyos. El coraz

ó

n de Guillén latía aceleradamente conmovido por esa mirada y aturdido por la ininterrumpida música infernal. Un sudor frío corrió desde la cabeza hasta su espalda seguido por una sensación de calor insoportable. La piel le ardía, levemente. Sofocado, comenzó a toser sin apartar su mirada de aquellos ojos. Se daba a sí mismo golpecitos en el pecho para calmar la tos que aumentaba progresivamente. Quería gritar su nombre. Quería decirle a ella que todo estaría bien, porque él estaba allí junto a ella y nadie los separaría. Pero un nudo en su garganta le impedía hablar e incluso respirar. El ardor en la piel también aumentó. Ella no dejaba de verle, pero tampoco detenía su caótica melodía. El calor aumentaba y quemaba. Ella lloraba desconsoladamente. Se observó las manos descubriendo rojas ampollas en su piel ardiendo en carne viva. Junto al insoportable ardor sentía que se desmoronaba entre la tos y el calor. Su vista era opacada por una sombra, que nublaba todo a su alrededor. Ya no la veía, ya no sentía su cuerpo. Todo era sombra y noche. Intentó levantarse, pero enseguida se desplomó en el suelo y su consciencia lo abandonó.

El olor del vinagre lo trajo de vuelta a su realidad. Tosió unas cuantas veces sin poder abrir los ojos. Los párpados le pesaban como plomo, sintiéndolos cosidos a la piel. Empapado de sudor, una mano de mujer acariciaba su rostro y acomodaba su cabello, reconfortándolo. Sentía el cuerpo lastimado y agotado, como si se hubiera enzarzado en una sanguinaria pelea con otro hombre. No quería verse a sí mismo, pero se imaginaba amoratado y enrojecido. El suelo duro laceraba su cuerpo y la visión borrosa tardó en devolverle una imagen nítida de lo que veía. Un dolor de cabeza punzante y cruel lo agujoneaba. Hasta que, finalmente, se encontró con la mirada de María del Carmen Moctezuma arrodillada a su lado. Todo su malestar cesó de inmediato como un mal sueño. Acostado en el suelo veía aquella imagen que representaba el cielo, su cielo, dándole la bienvenida tras haber sobrevivido al infierno.

—¿Por qué el sol brilla tan cerca de mí? No soy digno de su resplandor —le dijo Guillén a la afortunada visión que pendía sobre él.

María del Carmen se sintió halagada y le correspondió con una sonrisa mientras le palpaba la frente para comprobar su temperatura.

—Ya hay color en tu rostro y calor en tu piel, señor de Lampard. Estabas frío y lívido.

—No soporto que me llames así, María. Llámame por mi nombre, te lo pido. Mi nombre saliendo por tus labios, qué feliz me haría. No entiendo lo que ocurrió. Tengo recuerdos vagos y, honestamente, no tienen sentido. De pronto ya no veía más nada, hasta ahora —le respondió Guillén enderezando su cuerpo hasta quedar sentado en el suelo frente a ella arrodillada, y recordando a medias las curiosas admoniciones de la señora Moctezuma resonando en su cabeza.

—Te desmayaste, Guillén. Y al caer al suelo el impacto en tu cabeza te dejó inconsciente —le explicó María.

—Pero, no recuerdo haberte visto. No antes de tu llegada. No sé cómo explicarlo. Fue como si hubieras aparecido de repente tocando el clavel —dijo Guillén señalando el clavel para darse cuenta, ¡sorpresa!, que allí donde señalaba solo había un espacio vacío—. ¡Dios mío! No entiendo nada.

María le indicó que se levantara haciendo otro tanto ella misma, a medida que

explicaba:

—Sobre esta hacienda se alzaba una hoguera rodeada por piedras circulares en tiempos de mi antepasado Moctezuma. Aquí fue enterrado tiempo después. Reposaban sus restos sobre lo que ustedes denominarían un templo. Un lugar destinado para que los dioses hablen con los hombres y para que estos últimos les cumplan sus promesas. Dioses que reclamaban sacrificios. La presencia de quienes allí murieron acostumbra merodear por esta casa, llena de rabia y dolor. Quienes no han venido nunca son blanco fácil para que entren en sus mentes y distorsionen su percepción de las cosas. Ellos se regodean en el hambre y la enfermedad, y tratan de infligir su dolor a los vivos.

En otra ocasión Guillén se burlaría despiadadamente de lo que estaba escuchando. Nunca fue un hombre supersticioso a pesar de ser un católico devoto, y las historias de fantasmas siempre representaron supercherías de poca monta, pero la serenidad con la que María se lo explicaba y la certeza que había en cada una de sus palabras no dejaba lugar a la duda. Además, cada cosa que María decía crecía en importancia solo porque se trataba de ella, de su voz, de sus labios dignándose a hablar para él directamente. Por otro lado, lo que acababa de experimentar escapaba a su entendimiento y la explicación más extraordinaria era al mismo tiempo la más plausible. Ya de pie ambos, María lo invitó a acompa

ñ

arla mientras le extendía su mano para que la sujetara. Guillén complacido así lo hizo y se dejó llevar por ella como guiado por una brújula que solo puede conducir hacia el destino deseado, confiándole cada uno de sus pasos. Caminaban tomados de la mano mientras conversaban.

—¿Y tu madre? Recuerdo haberla visto y hablado con ella. Aunque me hablaba sobre asuntos incomprensibles —preguntó Guillén.

María lo previno:

—No hagas caso a tus recuerdos. Actualmente tu mente ha sido engañada y lo que recuerdas es una trampa. Es un asunto de percepción. No recordarás las cosas tal como ocurrieron, sino como las sombras quieren que las recuerdes. Es su manera de debilitarte y convertirte en un instrumento bajo su influencia.

—Entonces, ¿no conocí a tu madre? —dudó Guillén acrecentando su perplejidad y tratando de evitar las preguntas en torno a las sombras y fantasmas de los cuales ella hablaba.

—Sí, se conocieron. Compartieron saludos y conversaron muy poco antes de que yo llegara. De pronto empezaste a toser y a temblar. Al entrar al salón te encontré convulsionando en el suelo y sujetándote la garganta. Mi madre y yo logramos calmarte como pudimos, y luego caíste en un breve estado de sueño. Mi madre estaba muy preocupada por tu desfallecimiento. Ahora nos está esperando.

—¿Dónde? —preguntó Guillén entre la confusión y la curiosidad, con una expresión de extrañeza inundando su rostro. No lograba habituarse a la seductora sensación de irrealidad que lo embargaba.

—No te preocupes. Solo sígueme. Ya nada malo podrá ocurrirte. Yo estoy aquí, para ti —respondió María con una voz dulce capaz de calmar a la bestia más feroz y sanguinaria. Ella se atrevió a acariciar con sus dedos el rostro de él. Tacto cálido en su roce al que su cuerpo reaccionó de inmediato. Y atrayéndola hacia él seguidamente la besó, sin que ella opusiera resistencia. Tras un beso largo y profundo, María lo apartó dulcemente indicándole que debían continuar el camino al encuentro con su madre. Posteriormente le apretó la mano guiando sus pasos, caminando sin prisa y aprovechando cada segundo de ese instante compartido, atesorándolo hasta el fin de sus días.

Guillén se sentía caminando entre las nubes, dando pasos en falso hacia un

atractivo infinito. Ajeno a las circunstancias ocurridas hacía unas horas, sostener la mano de ella significaba apoyarse en un ancla para permanecer a salvo; era una mano que apartaba las telarañas que mantenían presa su consciencia entre el sueño y la vigilia. Despertar sin apartarse de la ensoñación, soñar sin preocuparse por despertar. Expandirse, ensancharse. Junto a María el mundo era distinto y lleno de raras sorpresas, una bruma que arropaba las seguridades y coqueteaba con la incertidumbre. A su lado el presente acordonaba el tiempo, como una isla por sí sola, erigiéndose como la única alternativa deseada, dejando en tinieblas las promesas del pasado y lejanas las esperanzas por el futuro. El tiempo se movía sin distracciones, cada minuto reclamaba su propio peso. Bastaba estar a su lado sosteniendo su mano, escuchando su voz y siguiéndola hasta el fin del mundo si así ella lo quería. ¡Qué sentimiento era aquel! Un vértigo placentero en su estómago y una indescriptible mezcla de nerviosismo y entusiasmo. Jamás se había sentido así, y jamás hubiera creído que el leve contacto con otra persona pudiera generar tales sensaciones. Ahora comprendía lo que tantos poetas habían cantado, lo que tantas mujeres lloraban en sus almohadas, lo que obligaba a muchos hombres a arriesgar el pellejo motivados por un loco y reprobable impulso. Aquello era el amor, sí. Un golpe seco y profundo, un relámpago que erizaba la piel, un empujón malicioso que hacía caer directamente al abismo y sin posibilidad de retorno.

Para María del Carmen Moctezuma la presencia de Guillén de Lampard en su vida funcionaba como un paliativo, un medio eficaz para mantener a raya las sombras que la habitaban. Acompañada por él se sentía tranquila y segura, como si nadie fuera capaz de herirla porque él, sin dudarlo, se interpondría entre cualquier dardo letal y ella para impedir que cosa alguna, humana o inhumana, la perjudicara. Era un hombre valiente e idealista. Tantas cosas quedaban por hablar que no habían podido decirse, tantos proyectos por compartir. Quería revelarles todos sus deseos, confesarle sus ínfimos secretos, abrirle su alma para que reservara un espacio propio y para que nunca lo abandonase. Y de igual manera anhelaba un conocimiento exhaustivo de él: su pasado, sus frustraciones y sus planes. No quedaba tiempo suficiente para que dos almas como aquellas se vaciaran la una en la otra hasta saciarse de sí mismos.

María le narraba algunas anécdotas sobre la gran hacienda, sin dejar de conducirlo hacia un rumbo específico, aunque desconocido para Guillén, en torno a la laberíntica trama de aquella casa.

—Mi padre, siempre complaciente con mi madre y valorando nuestro linaje, quería aprovechar la trama espiral de las ruinas de aquel santuario familiar y dispuso que la gran hacienda se construyera respetando sus formas y valiéndose de ellas como un plano de construcción. Es un diseño único y personal, donde cada pasillo y cada habitación apuntan hacia una dirección secreta, un norte que solo un miembro de la familia Moctezuma sabría reconocer. Guiado por las indicaciones de mi madre, mi padre y sus trabajadores trazaron las líneas sobre las cuales luego asentarían la casa que ahora conoces. Ninguna hacienda del Virreinato se parece a esta y probablemente no encontrarás nada parecido en el continente o en el mundo.

—Creo que ninguna construcción que haya visto antes se parece a esta. Desde afuera parecía circular y ahora comprendo mejor esa primera impresión. Es como una serpiente que se desenrosca apartándose de su cola. Si estuviera solo seguramente tardaría en hallar a la puerta de salida —puntualizó Guillén y luego agregó—: aunque, claro está, no tengo razones para irme si permanezco a tu lado.

María apretó de nuevo su mano y él quería arrastrarla consigo, ansioso por abrazarla y besarla sin interrupciones, pero ella sin marcar resistencia le daba a entender que no debían interrumpir su recorrido.

—Ya aprenderás a conocer los secretos de este lugar y sus recovecos. Esta puerta que ves conduce al exterior, detrás de la hacienda. Allá nos espera mi madre.

Cruzaron el umbral que María señalaba y se hallaron de pronto en un espacio circular a cielo abierto, bordeado por la parte trasera de la hacienda a modo de semicírculo. En el centro de ese espacio se alzaba una piedra negra y vertical con rostros antropozoomórficos tallados en su superficie. Conforme se acercaban pudo apreciar que sobre la negra y pulimentada piedra brillaban unos visos plateados que trazaban pequeñas curvaturas en forma de olas. Destellos lunares que cobraban vida propia tras una atenta observación. Frente a aquella piedra la señora Moctezuma arrodillada extendía un cuenco dorado, a la vez que entonaba un canto en una lengua desconocida para Guillén, pero que supuso se trataba de aquellos dialectos naturales de quienes habitaban el continente antes de que la funesta llegada de los conquistadores los pusiera en peligro de extinción.

—Es un canto antiguo, tal como fue legado y transmitido por nuestros antepasados de generación en generación desde hace varios siglos, aunque en aquellos tiempos nosotros no medíamos el tiempo por los años transcurridos antes y después de la muerte de su dios crucificado, sino por las temporadas en que cada nuevo dios reclamaba su lugar en el cielo —le susurró María, quien al detenerse, le sugirió sin palabras que permanecieran a cierta distancia mientras su madre proseguía con aquellos ritos.

—¿Qué significa ese canto? ¿Qué dice exactamente? —preguntó Guillén con curiosidad—. Suena como un lamento.

—Y en efecto lo es —confirmó María manteniendo un tono de voz bajo—. Se canta como si se tratara de un llanto. Imagina una madre que llora mientras les pide piedad a los dioses. Una traducción aproximada a nuestro español diría lo siguiente: *Azul enriquecido, azul mortal arrópanos con tu clemencia. Lejos, la misericordia de la esposa del río. Huérfanos de su amor. Líbranos de la lucha sin honores y del gorgojo asesino de cosechas. Ayer partí para la guerra con tu canto y olvidé la música. Perdona mi descuido, perdona a mis hijos. A pasos de caracol la gracia me abandona. Azul de mis lágrimas, azul de mi pesar. La esposa del río a mis hijos reclamará. Azul, triste azul, se los lleva el mar y no los devolverá.*

—Es una letra desesperanzadora. Y ahora que conozco el significado, cantado de esa forma suena como un alarido —concluyó Guillén.

—Sí. Es también una invocación a los dioses para hacer soportable nuestro dolor. Solo ellos pueden ayudarnos a no perecer cuando nuestro corazón decae. Un canto que nos recuerda que estamos condenados a perder lo que amamos, tarde o temprano. Por eso la seguimos cantando. Para no olvidar, para no confiarnos —anunció María con cierta tristeza y compartiendo en silencio una mirada profética en común que ninguno de los dos supo interpretar pero que ensombreció por un momento sus almas.

La voz de la señora Moctezuma los interrumpió.

—Hace mucho tiempo, en tiempos de hambruna, una madre hizo una promesa al mar. Prometió darle su séptimo y último hijo a la gran diosa del mar si cesaba la sequía. La diosa cumplió su promesa y gracias a ello sus otros seis hijos sobrevivieron. Cuando dio a luz el séptimo la madre lloró sabiendo el destino que le deparaba a su pequeña criatura. Lo llevó a la boca de un río y allí lo dejó abandonado a su suerte.

La señora Moctezuma caminaba en dirección a ellos sosteniendo su cuenco dorado y sin interrumpir su historia, mientras Guillén no movía ni un solo músculo. La presencia de la señora Moctezuma causaba un efecto de reverencia y zozobra en su fuero interno.

—Pero tras haber caminado un trecho corto decidió volverse. No era capaz de abandonar a su hijo. Lo encontró intacto y rompió en llanto. Abrazándolo se lo llevó nuevamente consigo. Al cabo de dos lunas una peste invadió su hogar. Y en el transcurso de seis días se fue muriendo cada uno de sus hijos. La madre comprendió

que la diosa la castigaba por su promesa incumplida. Desesperada fue nuevamente al río llevando su séptimo hijo y lo ahogó, reclamándole a la diosa que le devolviera sus otros seis hijos. No hubo respuesta y cayó dormida. Tuvo un sueño en el que la diosa le decía que ya era tarde para cumplir su promesa, pero que, compadecida por su llanto la convertiría en rocío y sería recordada como “la esposa doliente del río”. Desde entonces las tribus conmemoran su llanto como una oportunidad de recordarse que no deben faltar a sus promesas a los dioses.

Guillén no supo qué responder aunque le pareció sumamente atractiva la historia. Sin embargo, le asustaba la seriedad con que la señora Moctezuma hablaba de ella como si se tratara de una verdad irrefutable. Fue María quien lo ayudó interviniendo.

—Madre, aquí estamos. Ya el señor de Lampard se encuentra perfectamente repuesto de su malestar.

—Me agrada saberlo y notarlo. Tiene un semblante distinto al que conocí hace un rato.

—No recuerda mucho sobre lo ocurrido —le recordó María a su madre.

—Lo imagino —respondió la señora Moctezuma—. Permítame, entonces, darle nuevamente la bienvenida a la Hacienda Moctezuma no solo como un invitado sino también como un amigo de nuestra casa y de nuestro apellido.

—Agradezco sus palabras, señora Moctezuma —contestó Guillén sintiendo que estaba reviviendo su saludo con ella pero de una manera distinta. Ahora se le presentaba una mujer amable y respetuosa, aunque segura de sí misma con cada palabra que decía.

—Como recién llegado, debe conocer muy poco nuestras costumbres originales, de dónde venimos.

—Acierta usted —le confirmó Guillén—. Y estoy muy interesado en conocer esas cosas que representan el auténtico legado de estas tierras aunque no las comprenda.

—Eso es un punto de partida —aseveró la señora Moctezuma—. Me complace su respuesta. Incluso en el Virreinato, escasamente alguien se interesa por la historia anterior a nosotros. Nacieron o han vivido la mayor parte de su vida en estas tierras y, no obstante, optan por tomar como suya la historia de una tierra ajena importándoles muy poco sus verdaderos orígenes.

—Quien no se preocupa por el conocimiento de su pasado destroza la gloria de su futuro —sentenció Guillén.

A la señora Moctezuma le complació escucharlo hablar de esa manera tan apasionada, reconociendo en su voz el tipo de valentía que ella solía valorar en pocos hombres acreedores de su admiración. Y extendió el cuenco dorado frente a sus ojos. María guardaba silencio, atenta a cada reacción de Guillén respecto a las palabras de su madre.

—Me gustaría bendecirte con la sangre y la tierra de nuestros ancestros, Guillén de Lampard, y darte una bienvenida a la altura de tus ambiciones ¿Me concedes el honor?

Guillén de Lampard se tomó un segundo para mirar a María, quien le hizo un gesto de asentimiento. La señora Moctezuma le ofreció su mano y lo condujo hasta la gran piedra negra. Frente a ella, Guillén procedió a arrodillarse y extender sus dos brazos declarando:

—Me encomiendo a sus manos, señora Moctezuma.

Guillén agachó la cabeza, pero la señora Moctezuma sujetó su barbilla con una de sus manos instándolo a alzarla. Luego la introdujo en el cuenco embarrándola con un líquido rojo y pastoso, y posteriormente, embadurnó la frente del hombre con el mismo contenido. Guillén sintió un escalofrío en el cuerpo al sentir aquella crema pastosa y helada con olor a óxido goteando a lo largo de su rostro, a la par que la señora Moctezuma recitaba:

—Sean testigos los dioses, cuyos reclamos de sangre nunca queden sin pagar,

que ante ustedes se arrodilla un extranjero dispuesto a escuchar. Que su cara pálida y su cabellera rubia no los confunda, porque no todos los amigos llevan nuestra misma piel, ni todos nuestros enemigos llevan el azul en sus ojos. Guillén de Lampard ha venido a este espacio sagrado en calidad de servidor para el ilustre y dorado nombre de Moctezuma. Recíbelo como uno más de nuestra familia, y bendita sea su estirpe entre la nuestra.

Un relámpago surcó el cielo y la señora Moctezuma derramó el resto del contenido de su cuenco en la cabeza de Guillén para luego alzar sus manos al cielo recitando letanías en su lengua nativa. Toda la ropa de Guillén quedó manchada por aquella extraña combinación de sangre y barro.

—A los ojos de los dioses, eres un Moctezuma. Es una bendición y un compromiso. Hónranos y serás recompensado. Traiciónanos, y tu condena se extenderá hasta el infinito —anunció la señora Moctezuma, y luego dirigiéndose a su hija—: Queda de tu parte hacerlo sentir como uno de nosotros.

La señora Moctezuma se alejó lentamente hacia el interior de la laberíntica hacienda hasta desaparecer. María y Guillén quedaron a solas. No había reparado en la presencia de otro cuenco plateado cerca de la piedra. Contenía agua y María, cortando un pequeño pliegue de su vestido procedió, a remojarlo para limpiar aquel rostro adorado en silencio.

—Agradezco este barro que me ensucia porque gracias a él podré sentir de nuevo el roce de tus manos en mi rostro —declaró Guillén.

—No es cualquier barro, mi adorado Guillén. Es sangre ofrecida y tierra consagrada. Sebo predilecto para los dioses —explicó María.

—Cuánto me complace escucharte decir mi nombre. Sabes bien que en el lugar de donde yo vengo nuestra fe es distinta. Pero si esto me acerca a ti, estoy dispuesto a ensuciarme una y mil veces con lo que cualquier cuenco derrame sobre mi cuerpo.

—Lo sé —concedió María y luego añadió—: Tu ropa está hecha un desastre. Será mejor que encontremos algo para ti. Aun conservamos algunas prendas que pertenecieron a mi padre. Pero voy a necesitar que te quites las que vistes ahora para dejárselas a nuestra nodriza. Ella sabrá cómo lavarlas.

María bajo la mirada y Guillén sonrió con picardía.

—Entiendo. Ya antes has desnudado mi corazón. Ya no hay lugar para el pudor.

Guillén procedió a desvestirse hasta quedar en calzones. Por su piel desnuda corría el barro sanguinolento mientras extendía su ropa envuelta en un bulto para que María se la llevara. Ella trató de disimular, pero arrojó una breve mirada a su cuerpo delgado y atlético que presentaba músculos fuertes.

—Volveré enseguida —le dijo llevándose el bulto de ropa embarrada.

Transcurrieron pocos minutos y, al regresar, ella lo encontró tal como le dejó: semidesnudo y chorreando barro rojo. Le causó gracia la imagen.

—Ahora se ríe de mí, señorita Moctezuma —la sorprendió Guillén.

—Nunca había tenido un hombre semidesnudo en mi hacienda —se defendió María.

—Espero que sea el único y el último —le respondió Guillén enseguida.

No necesitaron decirse más palabras. El momento era perfecto y la pasión incontrolable. Ella se atrevió a bajar su mirada y sin pudor admiró el cuerpo de Guillén. El sujetó su mano con delicadeza y la atrajo hacia su cuerpo para que acariciara su torso desnudo y sucio. Ella sonrió. Él acarició el cabello de ella con sus dedos y atrajo su rostro para besarla. Era como poner la pólvora al encuentro del fuego. La delicadeza derivó en hambre. Él la cargó, y abrazados de esta manera se besaron durante largo rato hasta que terminaron cayendo al suelo. Ella quería ser abrazada por esos brazos fuertes y él recorría con sus labios su cuello desnudándola a medida que sus manos exploraban su voluptuosa figura. Ella apretujó la cabeza de él con violencia y le dijo:

—No me sueltes nunca, Guillén. Soy tuya.

—Para siempre, mi Reina Moctezuma. Para siempre.

El resto de lo que ocurrió entre ellos dos durante aquella mágica noche de enero solo podría ser atestiguado por las tímidas estrellas que arroparon aquellos dos cuerpos desnudos que se fundieron en la tierra como si se tratara de uno solo.

Capítulo 7

El sol se alzaba en su cenit anticipando un viaje largo y agotador. La comitiva que caminaba rumbo al palacio del Virrey vertía gruesas gotas de sudor con cada respiro entrecortado. Dentro de una calesa acondicionada con puertas y cortinas, un hombre dormitaba mientras el resto avanzaba con lentitud. Los caballos aminoraban el trote, sedientos. Junto a criados y esclavos, completaban la caravana guardias armados que custodiaban al hombre dentro la calesa, asegurándose de que arribara sano y salvo a su destino.

Dos de los guardias caminaban al frente, exhaustos, compartiendo sus impresiones respecto al viaje.

—Justo cuando el viaje está por terminar es cuando más difícil se pone, ¿no crees?

—Es la primera vez que salgo de la Intendencia para hacer un viaje tan largo, ¿es cierto eso de que nos falta poco?

—Ciertamente, así es. Pero antes nos tocará cruzar una pendiente y luego bajar hasta un río que debemos bordear. Como te dije, lo más difícil.

—¿Existe la posibilidad de toparse con algún otro peligro? ¿Bandoleros o nativos?

—No lo creo. Los asaltantes de caminos se cuidan de atacar comitivas importantes, y ya han sido depuradas las comunidades de nativos que representaban una amenaza. Quizás el mayor riesgo sean los esclavos fugitivos pero no se arriesgarían a actuar tan cerca de la ciudad.

—Mucho menos si supieran que se trata del traslado de un Inquisidor —añadió riendo.

—¡Shhh! Evita esa clase de comentarios, teniéndolo tan cerca —lo reprendió su compañero—. Nunca se sabe cuáles palabras son apropiadas o cuáles no para decirlas frente a un hombre de su investidura.

—¿Qué hay de malo en llamar a las cosas por su nombre? ¿No se reconocen a sí mismos de esa manera?

—Creo que prefieren ser reconocidos como “magistrados en el nombre del Santo Oficio”. No estoy seguro. La palabra “Inquisidor” causa pánico donde quiera que se menciona, y ellos lo saben.

—Quizás les gusta que otros se sientan así al escuchar sobre ellos. Sea cual sea el nombre que los designe, su función es la misma.

—Una que es mejor no conocer demasiado. Por eso, insisto, sé prudente. Estamos escoltando a un dragón como en los cuentos que nuestros padres nos contaban cuando éramos niños, y este dragón puede quemarnos si lo despertamos.

—Te confieso que me asusta un poco lo que hacen. Es muy cruel —le susurró.

—A mí también. Nunca se sabe quién puede terminar enredado en un tribunal de esos. Muy pocas veces alguien es declarado inocente y libre de pagar condena.

—Los interrogatorios no dejan lugar a dudas, según entiendo.

—O los métodos que usan para interrogar. Los acusados son capaces de decir lo que necesitan que digan luego de eso. No sería un tribunal eficiente si es mayor el número de inocentes al de culpables.

—¡Dios nos libre!

—A Dios responden —le recordó.

—¿Qué crees que viene a hacer al palacio?

—Supongo que a instalar un tribunal del Santo Oficio en el centro mismo del Virreinato.

—Eso le garantizaría poder e influencia a lo largo del continente.

—Supongo que ese es el objetivo.

Ambos guardaron silencio imaginando un panorama en el cual los tribunales del Santo Oficio se extendieran por toda la región amenazando con convertirse en el brazo ejecutor principal de la justicia en el continente, tal como estaba ocurriendo en el reino de España y en parte de Europa. Si bien el continente mayoritariamente católico no contaba con la amenaza del protestantismo extendiéndose en su territorio, sí presentaba un variado grupo cultural susceptible de ser señalado por los Inquisidores como una amenaza, como por ejemplo las comunidades judías. A su vez los esclavos e indígenas seguían profesando sus cultos originales y celebraban en secreto los ritos correspondientes a su fe, y aunque se trataba de un secreto a voces, a nadie le perjudicaba la ejecución de tales prácticas siempre y cuando no blasfemaran públicamente en contra de la fe cristiana. La institución de tribunales del Santo Oficio implicaba que cada persona debía convertirse en soldado y testigo de esa misma fe y por lo tanto no se les permitiría ignorar esas mismas prácticas anticatólicas y era su deber acusarlas, so pena de ser señalada como encubridora o cómplice. Cada persona cargaría con la responsabilidad tácita de defender el culto cristiano por encima de otras formas de culto y condenar como criminales a quienes no abrazaran a Cristo como su salvador. Arma de doble filo, ya que si la más mínima prueba podría desembocar en una cita por parte del tribunal, seguida de un interrogatorio y finalmente un veredicto, esas mismas pruebas podían forjarse para perjuicio de los enemigos, según los intereses personales de algún supuesto acusador. Entre el fanatismo de los Inquisidores y las venganzas personales de los acusadores, la Inquisición representaba un monstruo aterrador a punto de despertar.

El Inquisidor Felipe Méndez observaba desde su calesa el lento traslado hacia México, esperando llegar al palacio del Virrey antes de la puesta del sol. Sostenía un crucifijo de madera en su mano y, complacido, imaginaba el temor reverencial que inspiraría su presencia en el Virreinato. Todos estarían dispuestos a darle una estadía agradable con tal de conquistar sus simpatías, y atrás quedaría ese viaje agotador en el cual se había embarcado. Le interesaba sobremanera una larga audiencia con el Virrey y demás miembros de su gabinete para discutir el futuro espiritual y moral del continente, tema de suma importancia en España tras el auge del protestantismo y la proliferación de judíos conversos. El destino y permanencia del catolicismo dependía de que aquel gran continente fuera libre de protestantes, judíos y blasfemos; y entonces, sin importar lo que ocurriera en Europa, el catolicismo triunfaría por encima de cualquier dogma porque contaba con el mayor número de fieles. Cualquier fruto podrido, cualquier contradicción a la fe, demandaba ser saneada y exterminada sin consideraciones.

—Llegamos, su Eminencia. Ante usted la capital del Virreinato de Nueva España. En unos minutos avistaremos el palacio del Virrey —le anunció desde afuera uno de los guardias.

—Manda un emisario que llegue primero que nosotros —ordenó el Inquisidor Méndez con su voz ronca y autoritaria.

Satisfecho, relamía de antemano su futura victoria. Si cumplía a cabalidad sus objetivos, muy probablemente el Vaticano reservaría una silla con su nombre.

Capítulo 8

Habían transcurrido varios meses desde la llegada de Guillén de Lampard al Virreinato de Nueva España y aun no quedaba claro cuáles eran sus objetivos como enviado de la Corona. Preocupado, el Virrey envió una carta al Rey hablándole de la llegada del inglés y recalcando lo bien que había sido recibido en su nombre. Seguidamente lo exhortaba a confirmarle que efectivamente se trataba del hombre que enviaron. La respuesta a esa misiva, que se trasladaría por tierra hasta las intendencias del Caribe para luego ser enviada por vías marítimas, tardaría muchos meses en llegar, una vez que el Rey la recibiera en sus manos y se dignara a contestarla, aun contando con que lo hiciera de inmediato si lo consideraba importante, y si, una vez enviada la respuesta, esta realmente llegaba y no sufría la mala suerte de extraviarse durante el largo recorrido. Un cúmulo de eternidades que exigían la mayor de las paciencias. Al Virrey no le preocupaba particularmente que Guillén de Lampard interfiriera en su gestión ya que durante su estadía no le costó ganarse las simpatías de quienes lo conocían, incluyéndose. Cada una de sus conversaciones con el inglés resultaron útiles a la hora de crear un plan de contención para los esclavos fugitivos y desarrollar acciones a seguir para combatir forajidos en cruces de caminos y vías de transporte. Sus consejos demostraron una efectividad inmediata desde que se aplicaron. Guillén demostraba que su experiencia no se limitaba únicamente a una correcta oratoria que engatusaba con un semblante agraciado, sino que además poseía conocimientos de estrategia e inteligencia en materia de guerra que no escatimaba en compartir con el Virrey y demás generales de importancia. Al hombre en cuestión se le acreditaba una formación de soldado y al mismo tiempo las maneras de un noble cortesano a razón de sus modales. Asistía todos los domingos a misa y recitaba poemas escritos por él dedicados a las señoras de las casas honrando así a sus anfitriones con cada visita. Todo un ejemplar lleno de virtudes, un manojo de encantos. Y, sin embargo, para el Virrey algo no encajaba. Todo lo que necesitaba era una confirmación del Rey de que Guillén de Lampard era su enviado y con gusto se rendiría a los encantos que todos alababan y que incluso él mismo admiraba.

Quizás sus prejuicios y sospechas contra Guillén de Lampard fueran solo preocupaciones razonables aunque descartables de no ser por la insistencia con la que su esposa le reclamaba conseguir mayor información sobre él. Su ilustre esposa, quien jamás se rendía cuando una idea se le metía en la cabeza, no profesaba la simpatía colectiva que el resto de los habitantes del Virreinato que lo conocieron enseguida declaraban. A ella, según sus propias palabras, le parecía un embustero con lengua de serpiente, un seductor barato viviendo a expensas de las arcas reales. No soportaba su presencia durante mucho tiempo y no intentaba disimular su desprecio cada vez que se lo encontraba. El Virrey discutía con ella debido a su actitud y ella enseguida le reclamaba que aun nadie de la Corona confirmaba su presencia, aunque tampoco era negada. Sus objeciones, completamente lógicas, lo desarmaban a la hora de argumentar una defensa incuestionable a favor de Guillén. Sin embargo, y aunque su esposa expusiera razones de peso, consideraba que su oposición a Guillén se debía principalmente a su fuerte amistad con la hacienda Moctezuma, muy especialmente con su hija. Para nadie era un secreto que Guillén cortejaba a la muchacha Moctezuma y que era correspondido con cierto éxito, hecho destacable sobre todo considerando el historial de ella y las numerosas veces que rechazó pretendientes antes de la llegada de Guillén a Nueva España. Así lo creía porque a su esposa nunca le agradó la señora Moctezuma, y ese mismo desprecio se lo inspiraba su hija. Y aunque al Virrey le causara gracia, su esposa detestaba la arrogancia con que las dos mujeres se hacían llamar inútilmente descendientes de Reyes. Poco importaba el título obsoleto que

reclamaban aquellas mujeres, pero su esposa no soportaba cada vez que hacían mención de ello. Dadas las circunstancias el Virrey creía que la Virreina no le perdonaba a Guillén su evidente interés por aquella familia y repudiaba los vínculos que se estaban gestando a partir de esa notoria interacción entre la señorita María del Carmen Moctezuma y él. Pero por encima de todo, el Virrey sospechaba que el origen del disgusto de su esposa residía en el hecho de que Guillén no hubiera correspondido el interés por la judía Raquel, su protegida favorita, a pesar de sus reiterados intentos por unirlos. El pobre buen hombre de Guillén, pensaba el Virrey, sería odiado para siempre por su rencorosa esposa a causa de esas ridículas rencillas entre mujeres. No obstante, era menester recibir esa respuesta de la Corona, aunque fuera para que su mujer dejara de atormentarlo en sus objeciones contra Guillén y para que él mismo se sintiera mucho más tranquilo frente a un hombre al cual quería considerar como un amigo.

El Virrey se encontraba de pie frente al balcón de su despacho cuando una de sus escoltas irrumpió interrumpiéndolo en sus pensamientos:

—Señor Virrey, un emisario ha llegado anunciando que viene en camino Su Eminencia el obispo Inquisidor Felipe Méndez.

—Preparen todo para que reciba una cómoda y agradable bienvenida —respondió sin voltear su rostro y enseguida arrojó un suspiro pensando en sus adentros que ojalá Guillén de Lampard fuera su único problema. Las cosas estaban a punto de complicarse en el Virreinato y las circunstancias exigían que él estuviera a la altura de su posición.

Capítulo 9

En la casa Moctezuma se respiraba la alegría contagiosa de una mujer enamorada. María del Carmen Moctezuma caminaba por los laberínticos pasillos de su hacienda, a veces cantando y otras danzando. Volaba, brillaba. Su felicidad era palpable en cada sonrisa, en cada gesto amable que le prodigaba a su madre, a su nodriza y a los esclavos de su casa, que nunca eran tratados como esclavos sino como parte de una gran familia a la cual con gusto servían porque no les faltaba una buena ración de pan en sus platos y palabras amables tras cada solicitud. La otrora chica rígida y cruel con los hombres ahora transmitía una risueña delicadeza antes desconocida, e incluso los habitantes del Virreinato comentaban con curiosidad esta insólita mutación. Sus amigas no daban crédito a esta nueva María y a su apasionado modo de conducirse cada vez que se sumergía en la vida de la ciudad. Sin embargo, todos sospechaban la razón de este cambio o mejor dicho el artífice que lo provocó: Guillén de Lampard. El inglés y ella mantenían una relación de cortejo que no intentaban ocultar y que se conducía bajo todas las formalidades pertinentes del decoro y las buenas costumbres, con paseos públicos vigilados por la nodriza y visitas a las respectivas casas de cada uno con la presencia de la madre, a quien no solían ver pero que a partir de tan inesperada relación comenzó a ser una presencia habitual en la ciudad. Nadie podría señalar como irrespetuosa aquella unión en tanto se comportaban correctamente a los ojos del Virreinato del modo en que la moral vigente lo exigía.

Entretanto, a puertas cerradas y durante el transcurso de las horas oscuras los dos amantes escribían una historia furtiva y sin testigos. El romance diurno mudaba sus pieles para dar paso a los desafueros de una pasión nocturna y encubierta, que encontraba desahogo en cualquier esquina del laberinto Moctezuma o, en las ocasiones de mayor osadía, dentro de la casa de huéspedes del Virrey, adonde María acudía cuando toda la ciudad dormía, embozada en una capucha e introduciéndose sin hacer el menor ruido a través de la ventana que quedaba cerca de la habitación de Guillén. Nunca nadie podría dar fe de ello. Era como si María se paseara invisible a su antojo y a sus expensas cada vez que así lo necesitaba. Pero ella sabía que no se trataba de un talento natural para los escapes y ocultamientos, porque toda su experiencia de noche y sombra se la debía a los espíritus que la acompañaban. A esas horas, cuando eran más fuertes, ellos la arropaban con espesas tinieblas y guiaban sus pasos a buen puerto. Lo único que ella hacía era confiar y mientras su fe se mantuviera inquebrantable, ellos se encargarían del resto. Cuando ella les daba el permiso de habitar su alma, ningún obstáculo era lo suficientemente duradero para interponerse en su camino y bloquearlo. Tejida en aquel negro abrazo, ella era invencible. Luego al encontrarse con Guillén durante esas escapadas, corría a su encuentro para fundirse en un abrazo que podría durar eternidades si la noche fuera más larga. El procedía a desnudarla con una delicadeza milimétrica y exacta, para no perjudicar sus vestidos aunque en su interior pugnaba por arrancárselos de una vez por todas. En la casa de huéspedes del Virrey agudizaban la prudencia de sus encuentros secretos para evitar despertar a algún criado chismoso que luego le llevaría el debido reporte a sus verdaderos amos: el Virrey y su esposa. Ella se sometía a su silencioso escrutinio sintiendo los labios recorriendo cada porción de su cuerpo mulato. El conocía cada centímetro de su piel canela y adoraba repasarlo como quien recita con gusto el poema que ha aprendido. Ella saboreaba cada segundo a su lado y se dejaba llevar por el ritmo que sus manos dictaban. Él le daba suaves mordiscos a los hombros de ella. Ella mordía sus orejas con furia y, a veces, sangraban goteando de tal manera que ella lo sorbía como quien saborea los restos del néctar en la copa que abandonaron los dioses. Él ponía un dedo en su boca recordándole que guardaran silencio. Al verse

compartían una misma sonrisa, una sonrisa gemela a modo de pacto. Aquello era el amor, sí, en los brazos de él cuando tensaba sus músculos para contener el furioso temblor de su incontrolable orgasmo. Aquello era el amor, sí, cuando él colocaba el dorso de su mano en la boca de ella para que la mordiera y así impedir su grito convulso de placer. Aquello era el amor, sí, cuando caía en el cuerpo de ella derramándose y goteando en su vientre liso y curvado. Aquello era el amor, sí, cuando dormitaban durante unos pocos minutos antes de que la oscuridad le diera paso a la aurora y compartían unas pocas palabras tontas, las palabras que dos enamorados se dicen para confirmar la belleza de su silencio. Aquello era el amor, sin lugar a dudas, cuando ella besaba la frente de él para despedirse y luego irse por la misma ventana por la cual había entrado, confiando en su manto de invisibilidad tejido por las sombras de su visión para llegar sin contratiempos a su propia habitación para dormir hasta el mediodía reviviendo los sucesos de su noche anterior. Aquello era el amor, desde que se separaban, cuando ya comenzaban a extrañar la ausencia del otro en el espacio vacío de sus respectivas camas. El amor que los dejaba agotados suspirando, rumiando, soñando, creyendo y amando la vida que compartían, justificando la promesa de un futuro en formación. Aquello era el amor, mientras aguardaban con esperanzas el próximo encuentro. Vital e imprescindible, ya sus vidas no eran las mismas. Ya no serían capaces de vivir el uno sin el otro. El cumpliría todos sus caprichos, ella lo arroparía con todas sus sombras. Un mismo corazón latiendo e hirviendo en sus pechos, incendiando sus almas en el desconocimiento de su destino.

Así habían transcurrido los meses de romance entre Guillén y María y, aunado a su pasión, en los instantes de tregua entre sus cuerpos, hilaban imposibles planes de rebelión. Grandes objetivos encumbrados por complejas maquinaciones condimentaban sus encuentros. Se besaban y hablaban sobre estos planes. Hacían el amor y luego enumeraban los pasos a seguir para reconquistar la tierra arrebatada. Abrazados, decidían como dioses sobre su propio destino, creyéndose capaces de imponer su voluntad en aquella tierra. La tierra que a ella, la Reina Moctezuma, por derecho natural le pertenecía.

Aquella noche, la hacienda Moctezuma celebraría una ocasión especial. Se trataba del aniversario, cifrado por el paso de las lunas, del momento cuando el Rey Moctezuma, hacía mucho tiempo, reclamó como suyo el trono azteca e inauguró su reino de oro y desvelo. En la hacienda Moctezuma celebrarían con todos los honores debidos la longevidad de tal acontecimiento y a su vez, aquel día sería recordado como el primer paso a la restauración del nombre Moctezuma en el trono que le correspondía. Ansiosa, María repartía su alegría entre su natural necesidad por ver a Guillén y la prometedora concreción de sus objetivos históricos.

—Nodriza querida, ¿ya mi madre está lista? —le preguntó María al entrar en la cocina, mientras masticaba pedacitos de pan que encontraba desperdigados en la mesa.

—Se encuentra reposando. Dijo que requería todas sus fuerzas para la reunión de esta noche. Ella despertará a la hora indicada —explicó la nodriza mientras troceaba unas ramas para condimentar el caldo que estaba preparando.

—Después de esta noche ya no habrá descanso —profetizó María y una sombra se posó en su corazón.

La nodriza detuvo su actividad y la miró atentamente preguntando:

—¿Te han dicho algo? Me refiero a “ellos”.

—Siempre estarán allí. Siempre tienen algo que decir.

—¿Y qué cosas te dicen? —insistió la nodriza.

—Confunden el pasado con el presente y me hacen advertencias. Ven amenazas en cada rincón. Me previenen contra la traición de los extraños. Es insoportable —confesó María, cuya voz se quebraba levemente.

Su nodriza se acercó a ella y la abrazó con dulzura, calmándola.

—No hagas caso, mi niña. Recuerda lo que siempre te digo: ellos no pueden herirte. Ellos no tienen poder sobre ti. Son solo sombras que la vida abandonó. De ti depende no darles permiso para que jueguen con tu voluntad. Eres tú la que vive, mientras que el tiempo de ellos ya pasó.

Unas pocas lágrimas se asomaban en el rostro de María, quien replicó:

—No es tan sencillo. Ya no podemos separarnos. Solo ellos pueden asegurar que mi tiempo no pase en vano, que nuestro linaje no muera, que recuperemos la gloria que merecemos.

Su nodriza no soportaba esa inútil resignación por parte de ella. Se sentía impotente a la hora de ayudarla, y no le quedaba sino argumentar en su contra.

—Pero, María, escúchate. ¿Necesitas esa gloria? ¿Para qué perseguir lo imposible? Atrás quedaron esos tiempos de gloria, que solo tus antepasados conocieron. Quizás ahora haya otros reyes pero te ha tocado una vida afortunada. ¿De qué te serviría un reino donde no puedas ser feliz? No se puede repetir el pasado. Yo también tenía una vida allá, en África, hasta que el destino me trajo a esta tierra. Me alumbraba un sol distinto y mi juventud fue extirpada sin previo aviso. Llegué a este continente como una pobre y maltratada esclava, vendida como un animal en una plaza cualquiera. Tuve la fortuna de ser comprada por tu padre y servirles a ustedes. Fui bendecida con la fortuna de encontrarte y así poder quererte como la hija que nunca tuve. Debemos construir nuestro mejor futuro con el tiempo que nos dan. Y aceptar la vida que conseguimos. Aprender a amarla. Respetar a los dioses honrando el lugar que nos dieron. Es insensato luchar contra lo que seguirá siendo a pesar de nosotros. Si insistes, rebelarse contra eso solo traerá muerte y desgracia en tu camino.

—Es mi destino. Ya todo está escrito en el firmamento. Jamás lo entenderías. ¡Te conformas con tan poco! Tomamos lo que merecemos y luchamos por ello hasta el final —resopló María.

Su nodriza asintió con un suspiro resignado para luego añadir:

—¡Hija mía! Sin importar lo que decidas, entre la dicha y la infelicidad, yo estaré allí a tu lado, dispuesta a morir por ti si es necesario. Aunque no comprenda tu visión de las cosas, la respeto y a tus órdenes me rindo sin oponerme. Solo te pido que pienses en mis palabras. Hay un hombre que te ama y está dispuesto a poner el mundo a tus pies, si se lo pides. Y se lo estás pidiendo. También ese mismo hombre podría sacarte de aquí, y llevarte a un mundo donde esas sombras ya no puedan alcanzarte. No me importaría perderte para siempre si me das esa certeza de que conseguirás una vida dichosa, la vida que te corresponde, una verdadera vida.

María se apartó del abrazo de su nodriza y se secó las lágrimas con el dorso de su mano. Las palabras de ella resonaban en su cabeza como sentimientos contradictorios peleándose la batalla por su alma. Pero la nodriza pudo ver cómo la tristeza de segundos antes, o incluso la propia alegría anterior a esta conversación, abandonaba a su querida niña para, en cambio, revelar una faz impersonal que la asustó enseguida. Por un momento pudo ver cómo la abandonaba su humanidad. Enseguida regresó la sonrisa y el tono dulce pero ahora parecía una máscara forzada y concienzudamente calculada, interpelando amablemente a su nodriza antes de abandonar la cocina, como quien acaricia a su perro máspreciado para luego conminarlo a portarse bien para evitar cualquier doloroso castigo.

—Asegúrate de que nada falte y de que mi madre despierte a tiempo. Esta noche debe ser perfecta.

Se acercaba la noche y Guillén de Lampard esperaba en el cruce de caminos entre

las vías que llevaban al Virreinato y la colina que conducía a la hacienda Moctezuma. Unos cuantos hombres jóvenes, hijos de terratenientes y soldados, aguardaban junto a él la llegada de los líderes del quilombo de México, la principal y más grande guarida de los esclavos fugitivos del Virreinato y sus alrededores. El grupo era completado por unos cuantos indígenas y unas pocas mujeres embozadas en capuchas, entre las cuales se incluía Raquel Rocalla, la hija de los terratenientes judíos y amiga personal de María y Guillén. Para cualquier transeúnte desprevenido, este grupo variopinto no solo resultaba sospechoso sino inconcebible ¿Qué tenían en común cada uno de ellos mientras esperaba en silencio a medida que el sol caía trayendo consigo a la noche? A todos los unía un mismo objetivo: la liberación del continente contra el dominio de los Reyes de España a través de una revolución capaz de restaurar el trono azteca para, seguidamente, continuar la gloria y herencia de la estirpe Moctezuma, representada por la legítima heredera María del Carmen, quien lo tomaría a él, el valeroso irlandés Guillén de Lampard, como su consorte, y serían el Rey y la Reina de una América libre. Una vez logrado esto se aboliría la esclavitud de negros y la servidumbre de indios, se legalizaría el apellido de los hijos bastardos de los terratenientes y se expulsaría a todos los seguidores de la Corona, ejecutando a aquellos que no aceptaran los términos y condiciones de este nuevo reino, o valdría decir, del antiguo y original imperio. Quienes allí aguardaban junto a Guillén de Lampard, formaban parte del círculo conspiratorio Moctezuma, inaugurado por él para reclutar secretamente a todo aquel que se opusiera a la Corona y para elaborar un plan de rebelión a largo plazo que tomara por la fuerza el Virreinato de Nueva España para luego extenderse en el resto del continente.

La creación y maduración del círculo conspiratorio fue el resultado de meses de paciencia por parte de Guillén desde el momento en que tomó a María del Carmen como su mujer por primera vez, y ella le manifestó su deseo de reclamar el trono Moctezuma que su apellido merecía. Impulsado por su amor a ella, Guillén era capaz de hacer cualquier cosa que le pidiera, pero muy especialmente, las ambiciones de María se compaginaban a la perfección con los planes que su voluntad había trazado antes de desembarcar en el continente. Qué perfecta era la sincronía entre esas dos almas, incluso cuando ninguna sabía de la existencia de la otra. En el medio de su pasión, hallaron un punto común entre los deseos de libertad y la voluntariosa necesidad de propiciar una lucha para obtenerla, y gracias a ese entendimiento entre ambos se consolidó para siempre su amor. En el trono de Moctezuma. Guillén alcanzaba a ver una oportunidad aun más valiosa que la liberación del continente y la derrota de España, ya que gracias al control del territorio más grande jamás descubierto, contaría con todos los recursos indispensables para que pudiera liderar en el futuro una guerra contra Inglaterra por la liberación de su amada Irlanda. El amor que sentía por María no solo se encerraba en la finalidad de amarla, sino que también representaba un medio para que ambos se alzaran en la cima de la historia como los dioses de su tiempo. Se trataba pues de un amor eterno y trascendente que independizaría al mundo de reinos opresores y ambiciones egoístas, conquistando el lugar donde ya ningún hombre viviría esclavizado por otro. Un amor tan grande que era capaz de revertir la maldad que empobrecía al mundo y transformar la humanidad entera guiándola hacia el camino de la paz.

Pero el primer paso era fortalecer aquel círculo conspiratorio con la inclusión de miembros representantes de muchas y distintas clases de oprimidos y dándole la bienvenida a todo aquel que creyera en la noble causa que perseguían sin importar el rango que ostentaran durante los tiempos próximos en que se extinguiría el Virreinato. Durante meses Guillén abordó a los jóvenes y adolescentes hijos de terratenientes que no toleraban la idea de que quienes no habían nacido en el continente tuvieran mayor poder que ellos, a sus bastardos ilegítimos que trabajaban en el campo y les fueron

negados los derechos de una buena vida a pesar de la sangre que corría en ellos, a los criados indígenas y esclavos violentos que mostraban las huellas del maltrato en sus cuerpos, a todos y cada uno de ellos Guillén los sedujo con su inocente y simpática amistad, su empatía dispuesta a escuchar sus problemas y sus palabras elocuentes que transmitían esperanza hasta conquistarlos como fieles seguidores de su causa. Todo esto ocurría ante los ojos del Virrey con quien mantenía una relación cordial y fraterna, y de los generales que componían su ejército, sin que hubiera la más mínima sospecha en su contra. Incluso Raquel, la gran amiga de la esposa del Virrey, gustosamente le declaró a Guillén, en el nombre de su amistad hacia él, que apoyaba su causa y estaba dispuesta a seguirlo manteniendo absoluta discreción al respecto, porque ella al igual que otros hijos de terratenientes consideraba injusta la jerarquía vigente y sentía que como hija natural del continente merecía mejores derechos, asimismo reiteraba su bendición a la relación que mantenía con su también amiga María

a. ¡Cuánto apreciaba a aquella mujer! Desde su llegada al continente entablaron una amistad sólida y muchas veces cómplice cuando se trataba de enviar recados a María o compartir visitas en los alrededores de la ciudad. Cuando hablaba con ella se sentía comprendido y ella demostraba que era capaz de leer en su corazón y descifrar su voluntad como si se tratara de la hermana que su madre no parió tras concebir tantos hijos varones. Le complacía enormemente que estuviera ahí, a su lado, dispuesta a integrarse como parte del nuevo orden que él y María formarían al conquistar el trono de México y América.

Raquel observaba discretamente el rostro impenetrable de Guillén con una mirada de escrutinio puesta en el horizonte aguardando la llegada de los miembros faltantes para completar la comitiva. Comenzaba a oscurecer justo cuando arreciaba el frío. La actividad en el Virreinato estaba a punto de cesar para dar paso a la tranquilidad hogareña que condimentaba las noches de la ciudad. Ni una sola alma transitaba por las calles, a excepción de unos pocos soldados en su hora de guardia. Raquel dudó por un momento en acercársele, pero finalmente se atrevió a entablar una conversación para animar su espera.

—Una noche calmada a diferencia de nuestros corazones.

Guillén le correspondió con una cálida sonrisa, quebrantando la tensión que inundaba su rostro.

—Así es, querida Raquel. Siempre con las palabras precisas, en el momento adecuado.

—Solo soy elocuente cuando tú me escuchas. Las palabras se agolpan en mí, sin que yo intervenga en ellas. Como dictadas por otra voluntad. Tú me inspiras a decir las cosas correctas. A decir lo necesario.

—¡Ah, Raquel! Si los Reyes aprendieran a escuchar a las mujeres, otro mundo giraría ¿Qué haríamos María y yo sin ti? Has sido una bendición para nuestra causa. La mejor de todas las consejeras que un rey podría conseguir. Pero por encima de todas las cosas, la mejor amiga que alguien pudiera tener. Eres como una hermana para mí.

A Raquel le cayeron estas palabras como un dardo envenenado directo a su corazón. Una sombra empañó su mirada, mientras su rostro empalidecía de disimulada ira. Guillén pudo notar su turbación y enseguida preguntó preocupado:

—¿Estás bien, Raquel? Me preocupa tu semblante.

—No, Guillén, me siento bien. Es este frío que hace. No acostumbro a respirar el aire de la noche —lo calmó Raquel.

Guillén se desentendió de la tela que usaba para embozarse a modo de capucha, al igual que todos, y la acomodó en los hombros de Raquel.

—Un extra de calor para ti, Raquelita. No es justo que te congeles por nosotros.

—Gracias —le contestó con cierta sorpresa en su voz.

—Gracias a ti. Por creer en nosotros. Por estar aquí —enfaticó Guillén poniendo una mano en su hombro y brindándole una mirada capaz de derretir cualquier témpano helado.

Raquel se cubrió con la tela para disimular su rubor ante tamaño gesto de ternura. Su corazón se aceleró, sintiendo más calor que ninguna otra persona en aquel frío lugar de espera, ardiente en deseos y anhelos. No, cubrirse en aquel instante era lo menos que necesitaba. El único abrigo con el que quería cubrir sus hombros eran los brazos de él, su pecho arrogante e inflado, su boca de labios finos derramándose sobre su cuello. Contar con toda su existencia abriéndose paso hasta su cuerpo, allí donde ya no llegaría el frío ni la desesperanza. Esa temperatura, la que animaba aquel cuerpo guerrero e hidalgo, era el único calor que necesitaba para descongelar su alma. Pero sus secretas e insensatas expectativas jamás se llevarían a cumplimiento, porque ella no representaba nada para él. O, peor aún, representaba el papel de una figura despojada de atractivo, desterrada para siempre de su deseo por una mujer, se sentía malquerida por su afecto de hermano y amigo. ¿De qué le servía un amor que no la arroparía por las noches? ¿De qué le serviría una admiración que no derretía el hielo? ¿De qué le servía estar colocada en un pedestal ante sus ojos si el hombre que decía adorarla la quería representando ese papel de amiga y consejera? Pero no, jamás la vería con otros ojos. Su mirada de deseo y su corazón amante ya eran esclavizados por una dueña feroz e invencible ¿Cómo competir contra eso? ¿Cómo compararse a la mujer que era una Reina ante los ojos de él, una promesa que resumía todos sus sueños de libertad, todas sus persecuciones doradas? María del Carmen Moctezuma se interponía como una diosa inigualable entre Guillén y ella, su Reina absoluta, incapacitándolo para ver otro mundo, ese en el que ella, una simple y enamorada mujer, existía abnegadamente esperando por un amor imposible. ¿Creía en la causa que ellos defendían? ¿María no era acaso su mejor amiga antes de que irrumpiera Guillén en sus vidas? Ninguna respuesta sería verdaderamente honesta y satisfactoria más que la evidente: ella estaba allí, exponiendo su vida irresponsablemente en pro de una causa fallida, solo para poder estar a su lado.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el galope de unos caballos. Dos corceles cabalgados por unos hombres negros venían a su encuentro. Los líderes fugitivos del quilombo se integraban al grupo que los esperaba. El círculo conspiratorio estaba completo. Guillén se adelantó a su encuentro saludándolos. Los jinetes se bajaron de sus caballos robados y abrazaron al rebelde irlandés de manera fraterna. A Raquel le pareció una imagen inaudita, un hombre blanco y otro negro abrazándose y reconociéndose como iguales. Si ellos defendían un mundo como ese estaban destinados a fracasar, pensó ella razonablemente teniendo como única referencia lo que había visto y vivido. Sin embargo, en aquel instante, mientras esos dos hombres compartían impresiones como si se tratara de grandes amigos de toda la vida, esa irrealidad desestimable y frágil era más fuerte que cualquier otra visión. Era la visión de un futuro. Era la visión de un porvenir que quizás no estuviera tan lejano. Era una visión demasiado buena para ser cierta.

—Tuvimos que hacer un desvío para evitar el cambio de guardia. Había mucha actividad en el Norte —le dijo uno de los líderes negros que respondía al nombre de Olmo.

—Descuida, es mejor extremar las precauciones. No podemos arriesgarnos a perder antes de haber empezado —le respondió Guillén.

—No podemos arriesgarnos a perder de ninguna manera —subrayó el otro líder que respondía al apodo del “manco”, ya que cargaba con una mano muerta a causa de las torturas de su anterior dueño del cual se escapó.

—Después de esta noche ya no habrá retorno. Las estrellas brillan por nosotros

—anunció Guillén con un tono profético y luego ordenó—: Es tiempo de continuar la marcha hacia la hacienda Moctezuma. Estamos completos. Hoy somos pocos, mañana seremos legión.

Camino a la hacienda de Moctezuma, en una lenta y silenciosa marcha, dos hijos de terratenientes que respondían al nombre de Vicente y Marcos compartían sus impresiones sobre los acontecimientos en los que estaban participando. Algo rezagados cerraban la marcha que encabezaba Guillén y los dos líderes fugitivos.

—Ellos parecen venidos de otros tiempos. Él y ella no son de este mundo. Hablan como si supieran de antemano la historia que los aguarda —se aventuró a declarar Marcos.

—A mí no me convence del todo ese linaje que ella reclama. Pero estoy dispuesto a luchar por el derecho que tenemos de gobernar nuestro propio destino por haber nacido en estas tierras. Ningún rey español debería decidir lo que es mejor por nosotros cuando ni siquiera nos conoce —le contestó Vicente con determinación.

—Si ellos dos instauran ese nuevo trono —susurró Marcos—, quienes hayamos nacido en estas tierras tendremos legítimos derechos. Prefiero formar parte de un reino en el cual vivo junto a mis Reyes que uno en el que jamás su sombra aparece.

—Ya veremos —dijo Vicente dubitativo—. Me preocupa la inclusión de los negros en todo esto.

—Los necesitamos, Vicente —replicó Marcos—. No se hace una rebelión con pocos hombres. Los fugitivos son una fuerza que con el debido liderazgo puede ser útil. Luego, cuando sea nuestro turno de legislar, ya nos encargaremos de ellos.

De pronto se interrumpieron. La hacienda Moctezuma les salió al encuentro, imponente y misteriosa. Verla era siempre un placer inagotable, pero la primera impresión causaba una reverencia indescifrable. Aquellos dos hombres no habían tenido oportunidad de visitar la hacienda Moctezuma, como casi nadie en el Virreinato a excepción de los más viejos que solían ser amigos del ya fallecido terrateniente que la construyó o los usuales pretendientes que revoloteaban por allí, antes de la llegada de Guillén de Lampard, con la esperanza de antemano fallida de conquistar el corazón de María del Carmen Moctezuma. Aunque admiraban la belleza de María, ellos nunca se habían atrevido a cortejarla por ser más jóvenes. Ahora frente a aquella hacienda insólita cuyo diseño no se parecía a nada que hubieran visto en el Virreinato, no supieron qué decir.

Compartieron una mirada de asombro, ansiosos por descubrir lo que les deparaba la noche.

Las expectativas crecían en el patio exterior de la hacienda Moctezuma, el punto final del laberinto que a muchos confundió al ser introducidos en la casa guiados por la vieja nodriza negra que se valía de una antorcha. Los más jóvenes, los esclavos fugitivos y los criados indígenas miraban a su alrededor confundidos. Algunos sentían que descendían hacia un infierno repentino, o hacia una sorpresa desagradable. Pero los temores cesaron al encontrarse en el patio frente al gran tótem negro que se alzaba en el centro. La luz de luna llena resaltaba los visos plateados de la gran piedra sagrada, que brillaba con luz propia. Raquel y Guillén, que conocían muy bien la hacienda Moctezuma, simplemente esperaban la llegada de María y su madre, de las cuales no habían visto rastro desde que la nodriza los recibió en la entrada y los condujo al patio consagrado. Transcurrieron algunos minutos sin que nada ocurriera ni

nadie se atreviera a hablar, cuando de pronto el gran tótem emitió un breve destello cegador. Sin saber cómo explicarlo, de una manera casi incomprensible, frente a la gran piedra aparecieron María del Carmen Moctezuma y su madre como salidas de la nada al apagarse el destello. Ambas vestían unas túnicas de color blanco, immaculado y resplandeciente. Guillén sonrió pero no anticipó ningún movimiento, confiando en que todo saliera como estaba planeado. Raquel compartía la misma confusión que el resto de los presentes, ya que nunca le dio crédito a ese lado oscuro de María que tenía que ver con el mundo sobrenatural con el cual ella decía tener contacto directo.

La señora Moctezuma se puso un paso por delante de su hija, quien se mantenía con la cabeza gacha y los ojos cerrados, con las palmas de sus manos extendidas al nivel de su vientre, y rompió el silencio con su estentórea voz:

—Hoy, en esta gloriosa hacienda bajo la cual descansan los restos del gran Moctezuma, se inaugura una nueva etapa de nuestro reino. Un día como este, hace mucho, mucho tiempo, el primer Moctezuma fue coronado por los dioses y aclamado por los hombres, todos dispuestos a ofrecer su corazón a la gloria de su nombre. Hoy celebramos el Reino que se inauguró aquel día. El Reino que unos extraños nos arrebataron. Hoy también celebraremos otra coronación. Una nueva Reina ha sido bendecida por los dioses para recuperar el Reino por el cual esta tierra sangra y llora pidiéndolo a gritos. Probablemente algunos de ustedes no conozcan la gran historia anterior al Virreinato, pero son hijos naturales de esta Tierra de Gracia y como sus dignos herederos no quieren verla en manos de unos extranjeros. Ese es también el deseo de la casa Moctezuma y por eso hoy cada uno de nosotros, los que apostamos por la libertad, debemos unirnos contra un mismo enemigo. Para ello consolidaremos un adversario que sea equiparable a aquello que combatimos. Un reino por otro reino, una Reina por un Rey, una estirpe gloriosa a la cabeza de nuestra rebelión. Nuestros dioses por su dios. Nuestros altares de piedra por encima de sus cruces, reclamando los corazones de nuestros enemigos. Unidos por la bendición de la casa Moctezuma y los dioses que la asisten, saludemos a nuestra Reina, mi queridísima hija María del Carmen. Ella será nuestro estandarte y el fuego que anime el corazón de esta revolución.

María del Carmen Moctezuma se adelantó frente a todos los presentes. Las palabras de la gran señora Moctezuma habían animado hasta al más escéptico. Incluso Raquel sentía el recorrido de un escalofrío por su espalda tras escucharla. Quería abandonar aquel acto que se ejecutaba ante sus ojos. No soportaba tanta parafernalia autoindulgente. Creía en la idea de libertad que Guillén defendía. La verdadera libertad, superior a todos los reinos. La del hombre capaz de gobernarse a sí mismo y abrazar al prójimo como una extensión de sí. Pero cegado por su amor, según creía Raquel, Guillén no era capaz de ver las contradicciones tras aquel bullicio escudado en el nombre Moctezuma y sus mezquinos deseos de poder. Lo que proponían los Moctezumas no era muy distinto de aquello que combatían. Hasta podría ser peor restaurar un tiempo en el que se sacrificaba carne humana y se le ofrecía al apetito bárbaro y voraz de unos dioses inclementes. De nada serviría expresarle sus dudas a aquel grupo. Si tan solo Guillén pudiera escucharla, si tan solo fuera capaz de comprender cuán apartados estaban sus verdaderos ideales de los que en el transcurso de esa noche se hablaban. Para María y su madre, el reino Moctezuma era su único objetivo y finalidad, dijeran lo que dijeran. Y dirían cualquier cosa, bien lo sabía Raquel, con tal de conseguir ese trono. Miró a su alrededor. Nadie era capaz de apartar su mirada de ella. Grandes cosas estaban por ocurrir, o al menos así todos los presentes lo creían. María alzó su mano indicándole a Guillén que viniera a su encuentro. Guillén obedeció y se puso a su lado sujetando su mano. Compartieron un breve beso a la vista de todos. María se zafó de su abrazo y dio otro paso por delante de Guillén dispuesta a hablar.

—Muchos de ustedes me conocen y apenas han escuchado las leyendas que se cuentan sobre esta casa y el apellido que la fundó, gracias al respeto que mi padre sentía por nosotras y nuestros orígenes. No son leyendas, ni cuentos de caminos. Es la otra historia que vuestros padres no os cuentan. La historia de los vencidos, la historia de quienes esperan su glorioso regreso, la historia de un ajuste de cuentas. Al igual que algunos de ustedes, yo también soy el resultado de la mezcla entre la tierra que nos vio nacer y los reinos que quedan al otro lado del océano. Yo comprendo que no solo somos este barro que pisamos, pero tampoco seremos la lengua y la cruz que nuestros padres nos trajeron como única respuesta a nuestra identidad. Nos anima un calor distinto al de ellos. Su presente es negro pasado que ensucia y mancha todo lo que toca. Nuestro presente es futuro que limpia y prospera allá donde su discreta sombra se asome. No más discreción, no más contención. Somos hijos de un nuevo orden, herederos legítimos de esta tierra. Tenemos un compromiso ineludible para asegurar el porvenir de nuestros hijos, el regalo de su libertad. Pertenezco a un linaje que reinaba anteriormente sobre esta tierra y quiero recuperarla no solo para la honra de mi casa y mis antepasados sino en el nombre de la libertad de cada uno de ustedes: blancos hijos de hacendados, bastardos sin apellido, criados indígenas y negros esclavos. A estos últimos les digo: en mi reino seréis libres como cualquier otro hombre o mujer que camina sobre esta tierra. En mi reino nadie será ilegítimo. En nuestro reino sobrará la dignidad sin precedentes. Seremos el ejemplo que inspirará al resto de la Tierra a cambiar su modo de conducirse. Seremos los emisarios de la vida por encima de la muerte. Porque sin importar el tono que colorea nuestras pieles, ni la fe que doble nuestras rodillas, una misma sangre brota de nuestros cuerpos y esa sangre es también la sangre de mi tierra. ¡Nuestra tierra!

Las palabras de María del Carmen Moctezuma transformaron las dudas y confusiones de los presentes en entusiasmo, animándolos a vibrar al unísono con su voz y sus promesas. Era la voz del porvenir, la voz que decía exactamente lo que cada uno de ellos quería escuchar. La trampa y el señuelo que persiguen las bocas hambrientas de inclusión. Era tan fácil rendirse a las promesas vacías, a las palabras bonitas y colocarlas en un pedestal. Quien nada tiene, aguanta su naufragio con lo poco que encuentra, y si encuentra una promesa insuflada de heroísmo y dignidad, se aferrará a ella con ahínco. Hará del naufragio su pasión predilecta aunque en el fondo sepa que la marea lo hundirá sin remisión. Los allí presentes, expectantes aguardaban con un sepulcral silencio sostenido por sus gargantas el momento en que su discurso cesara para brindarle una merecida aclamación a medida que cada palabra caía en ellos como pólvora encendiendo sus almas. Y entonces, finalmente gritó ese “¡nuestra tierra!” y como si se tratara de una señal convenida, procedieron a alzar su voz, la voz que nunca antes había sido escuchada, la voz que nunca antes importó. En el transcurso de esa noche frente a aquella mujer inaudita que se hacía llamar a sí misma “Reina coronada”, sus voces sonaban como nunca antes, sonaban con alegría y pasión, sonaban porque por primera vez, ahora sí importaban. Y gritaron. Como un estruendo en dirección al cielo, querían transformarse en el relámpago que destruyera todo aquello que los había convertido en personas de segunda categoría. Todos ocuparon el silencio con sus voces entonando una misma consigna con el pecho inflado de apasionada convicción:

—¡Nuestra tierra! ¡Nuestra tierra! ¡Nuestra Reina Moctezuma!

Guillén y María se miraron complacidos. Los negros fugitivos daban palmadas y golpeaban sus pies descalzos contra el suelo como si de antemano marcharan en la guerra que aun no había iniciado. Ya ellos se disponían a derramarse sobre las tierras conquistadas y a reclamar con violencia su lugar. A diferencia del resto de los presentes, Raquel no gritaba. Observaba todo cuanto ocurría deseando ser invisible a los ojos de todos. Muy especialmente a los ojos de su amiga María. Le asustaba que

leyera en su corazón, algo que María sabía hacer muy bien a expensas de su don, los juicios que elucubraba al escucharla. Si se asomaban a su consciencia solo encontraría crítica y reprobación, justo aquello que no echaban de menos mientras vomitaban falacia tras falacia. Raquel deseaba desvanecerse maldiciendo la hora en que se dispuso a aceptar la invitación que Guillén y María le hicieron. Por su parte la señora Moctezuma se retiraba discretamente al lado del tótem. María alzaba su mano indicándole a su escandalosa audiencia que aun quedaban cosas por decir antes de seguir aplaudiendo como posesos. Cuando nuevamente se aplacaron los gritos y vítores, María le hizo una seña a Guillén para que ofreciera también unas palabras a la congregación. Este se adelantó, seguro de sus palabras, sin una sola inflexión de duda en su carismática voz.

—Agradecemos la presencia de todos, de cada uno de ustedes. Porque todos y cada uno de ustedes representan un rostro y un nombre. No son solo carne para engordar filas de ejércitos. Son nuestros amigos y serán nuestros hermanos de lucha, nuestros consejeros de batalla. Nos une un mismo destino, un gran y brillante hado. Si trabajamos juntos sin desviarnos del objetivo, podríamos alcanzar la libertad que tanto buscamos y merecemos. Que la fatalidad encumbre a otros, porque la fortuna nos favorece. Mi experiencia ha sido distinta y yo apenas soy un advenedizo. Pero hoy les pido que desechen cualquier prejuicio o recelo y me ofrezcan un voto de confianza. Yo no nací en estas tierras, eso es cierto. Y vengo de España al igual que el resto de los conquistadores contra los cuales hoy combatimos. No malentiendan mi presencia aquí esta noche. No me juzguen por lo que creen saber de mí, que probablemente esté lejos de la verdad. Porque yo, amigos míos, no respondo a ningún Rey de Europa. Yo no soy español. Yo no soy inglés. Yo nací en una tierra conquistada por usurpadores y sé lo que es sentirse desterrado de tu propio hogar a causa de extraños. Irlanda, mi verdadera patria, se encuentra lejos. Como ningún otro, yo entiendo del amor hacia una tierra que consideramos nuestra e innegociable: Irlanda corre por mis venas. Irlanda ocupa mis sueños. Las circunstancias me hicieron poner mar y tierra entre ella y yo, soñando por su libertad. Aquí encontré las mismas inquietudes que me obligaron a abandonar mi hogar, las mismas frustraciones que nos impiden prosperar en un lugar que amamos. Nadie se siente pleno cuando sabe que no es libre. Pero comprender la falta de libertad es el primer paso para conquistarla. Esta tierra bendita me ha seducido como ningún otro lugar de Europa ha podido hacerlo, además de mi querida Irlanda. Me siento parte de este continente, y comparto la misma esperanza que los ha hecho venir esta noche, la misma búsqueda que los animó a seguirme hasta acá y espero continúe incentivándolos a seguirme, a seguirla a ella, hacia el cumplimiento de una noble misión. Hoy mi corazón ha encontrado un nuevo hogar en este continente, en esta hacienda, al lado de esta mujer: ¡mi Reina Moctezuma!

Guillén motivado por la propia pasión de sus palabras se arrodilló ante ella abrazándose a su cuerpo. Ella posó sus manos sobre la cabeza de él. El resto de los presentes aplaudía y retomaba su consigna en honor de la Reina Moctezuma, como si se tratara de un himno de guerra que vencería a cualquier potencial enemigo que se le pusiera al frente. Los líderes de los esclavos fugitivos avanzaron hasta María y a cierta distancia de ella y Guillén, alzaron sus manos a modo de saludo, recitando un canto africano en una lengua que ninguno reconocía, para después arrodillarse. Así sucesivamente cada uno de los presentes se arrodilló ante María. Raquel temerosa de hacer notar su presencia de manera indebida optó por arrodillarse también aunque no compartía la percepción general de quienes allí estaban, y en cambio la acuciaba una insoportable sensación de perplejidad. Arrodillada y con la cabeza gacha se preguntaba a sí misma el por qué ella estaba allí, si no valía la pena, si a nadie le importaba particularmente su presencia, si nada de lo que ella pudiera hacer o decir representaría diferencia alguna para esa o cualquier otra causa en el nombre de la

libertad, ni mucho menos para la única pasión que habitaba el corazón de su adorado Guillén.

María del Carmen Moctezuma alzó sus ojos al cielo extendiendo sus manos como si pudiera abrazar a todos los allí presentes. En aquel momento las voces y sombras que la habitaban le susurraban proyectos de gloria y aplausos, inundando su corazón de fe. Por primera vez no la atormentaban con acusaciones y gritos desesperados. Ese otro mundo también celebraba la concreción de sus planes gestados durante siglos. Al fin veían una posibilidad de llevarlos a cumplimiento. La señora Moctezuma pudo notar cómo el cabello de su hija se levantaba, impulsado por una energía invisible. Guillén sentía su cuerpo trémulo intentando zafarse de él y la soltó para ver qué ocurría, levantando su rostro en dirección a ella. No era posible lo que sus ojos contemplaron. Lentamente María se alzaba como si una fuerza externa la halara en dirección al cielo. María, en pleno éxtasis de su visión, no distinguía su realidad del mundo subterráneo que clamaba por su nombre. Sus pies se despegaron de la tierra y ella abrió las palmas de sus manos justo cuando una sonrisa de goce embargaba su rostro. El resto de los miembros de aquella singular e improvisada congregación fueron notando lo que ocurría, y animaban a otros que aun permanecían con la cabeza baja y los ojos cerrados a interrumpir su reverencia.

—Está volando —alcanzaron a soltar unos cuantos sorprendidos. Y seguidamente convirtieron su clamor en un grito de triunfo.

—¡Reina Moctezuma! ¡Una diosa camina entre los hombres!

Los clamores fueron interrumpidos por un grito desgarrador. Una visión turbó su éxtasis y María cayó intempestivamente al suelo. Guillén corrió hasta ella y la rodeó con sus brazos. Un hilillo de sangre corría por su nariz. Abrió los ojos y miró a Guillén con una expresión de horror que nunca antes se había visto en ser humano alguno, ni siquiera en los moribundos en un campo de batalla, la mirada de quien ha visto demasiado tiempo el rostro de una verdad, hasta que finalmente se desmayó en sus brazos y todos lanzaron un grito temiendo lo peor.

Capítulo 10

Guillén se resistía a abandonar la gran casa Moctezuma después de aquel desmayo, pero no pudo oponerse a la orden firme que la señora Moctezuma dictó: “Esta noche solo la familia debe permanecer en esta casa”. Habían logrado trasladar a María a su habitación y dormía profundamente, con respiraciones lentas, al cuidado de su nana quien no se apartaba ni un segundo de su lado. Guillén pensó que la prohibición no lo incluía a él, pero una vez que todos los presentes desalojaron la gran hacienda y solo restaban él y Raquel, la señora Moctezuma les agradeció su presencia pero insistiendo en que María debía descansar y mantenerse alejada de cualquiera que no fuera ella y su nana, hasta que su salud se reestableciera. También aclararon que no era la primera vez que María caía en un largo sueño a causa de su contacto con “el otro mundo”, y ya ellas sabían lo que debían hacer. En otras palabras, sus presencias estorbaban.

A Guillén le costó aceptar las palabras de la señora Moctezuma, pero finalmente Raquel le insistió en que no había nada que hacer para revertir las circunstancias y lo mejor sería obedecerla. A duras penas, Guillén fue prácticamente arrastrado hasta las puertas de la hacienda por una diligente Raquel que guiaba sus pasos escoltados por la mirada severa de la señora Moctezuma, que se aseguraba de que su palabra no se contradijeran. Una vez que ellos estuvieron afuera, la señora Moctezuma se introdujo a su casa, perdiéndose entre las sombras, dejándolos librados a su suerte bajo aquella noche cerrada y sin estrellas. La luna ensombrecida por una nube, apenas irradiaba un débil fulgor como si representara el espíritu agotado de María tras su trance. Caminaban movidos por sentimientos encontrados, sin saber muy bien su meta y hacia dónde se dirigían. Raquel sentía mucho miedo, mientras que Guillén apenas alcanzaba a coordinar sus movimientos en razón de la cólera que lo embargaba. Avanzaban en silencio sin estar muy conscientes de la presencia del otro, o demasiado ensimismados para preocuparse. En aquella situación, se sentían humillados. Raquel no podía llegar a su casa a tan altas hora de la noche, ya que supuestamente había sido invitada a pasar la velada con su amiga María en la casa Moctezuma, eso creían sus padres. Por su parte, Guillén no soportaba la impotencia que atormentaba su consciencia. Quería permanecer al lado de su amada, velar por su sueño y estar allí junto a ella cuando finalmente despertara. En una situación como aquella, desesperaba pensando en su bienestar y en la posibilidad fatal de que su situación empeorara y él no pudiera hacer nada para salvarla, ni siquiera acompañarla.

Finalmente, Raquel rompió el silencio entre ambos:

—¿Hacia dónde vamos? Yo no puedo regresar a mi casa. Mis padres confían en que estoy durmiendo en la hacienda Moctezuma.

—No lo sé, Raquel —replicó Guillén—. Esta no es la manera en que las cosas debían ocurrir. Estoy tan confundido como tú. Debimos quedarnos a su lado.

—La señora Moctezuma fue muy clara en su voluntad —le recordó Raquel—. Contradecirla hubiera acarreado una riña innecesaria. Ya la situación era delicada. Piensa en lo que hubiera querido María.

Guillén se detuvo y Raquel hizo otro tanto. Él se mesaba los cabellos tratando de calmarse.

—No lo comprendo —se desahogó—. Ella me hubiera querido a su lado hasta el final. Se supone que soy parte de su familia. ¿Acaso no eres su mejor amiga? ¡También somos su familia!

—Tranquilízate, Guillén —contestó Raquel, tratando de calmarlo—. No podemos hacer nada por María. Ella estará bien, en manos de su madre y de su nodriza. En cambio, nosotros estamos aquí, de noche, en medio de la nada y si nos llega a

encontrar algún soldado de la guardia nocturna del Rey ¿cómo podremos explicar nuestra situación? ¿Qué podría decir yo? Una señorita respetable y de buena reputación, junto a un hombre extraño, en las afueras de la ciudad ¡Estaría perdida para siempre!

Raquel rompió a llorar sin poder agregar nada más. Guillén se sintió conmovido y la abrazó.

—Tienes razón, Raquel —dijo Guillén consolándola—. Nada de esto es tu culpa y no mereces estar en una situación como esta. Debemos actuar pronto y movernos rápido para evitar un mal encuentro. Si llegara a ocurrir algo, yo lucharía contra quien fuera antes de dejar que te vieran aquí. No podemos llevarte a tu casa, así que oficialmente aun sigues en la casa Moctezuma junto a María y su madre, pero no debemos pasar la noche en este monte. La ciudad no está muy lejos y yo conozco un atajo, que descubrí hace un tiempo cuando hacía mis rondas nocturnas para encontrarme con esclavos fugitivos, que podríamos usar para entrar a la ciudad sin ser vistos por la guardia nocturna y así llegar hasta mi casa.

—La casa de huéspedes del Virrey —replicó Raquel apartándose de su abrazo, alterada—. Si paso la noche contigo... eso solo empeoraría las cosas.

—Nadie se daría cuenta a esta hora —aseguró Guillén—. Los siervos duermen. Y yo me aseguraré de no dormir. Tú debes estar cansada. Necesitas dormir.

—¿En tu cuarto? —preguntó Raquel, ruborizándose en la noche sin que nadie pudiera notarlo.

—Sabes que jamás haría nada en tu contra, Raquel —replicó Guillén adivinando sus temores—. ¿Por quién me tomas?

—Lo sé, Guillén —dijo Raquel que de pronto olvidó su cansancio, invadida por un nerviosismo distinto.

—Yo estaré atento y antes de que amanezca te despertaré. Saldremos nuevamente de la ciudad. Nos ocultaremos en la quebrada unas horas y luego entraremos como si viniéramos de la casa Moctezuma. Yo diré que justo llevaba unos obsequios temprano y me ofrecí a traerte. Andamos con caballos de la hacienda Moctezuma. Nadie tendría que dudar de nuestra palabra.

—¡Oh, Guillén! —Raquel lo abrazó—. Gracias por pensar en todo.

—El tiempo apremia —anunció Guillén—. Aun es temprano para la noche, aprovechemos mientras no sea tarde para nosotros. ¡Sigamos!

María del Carmen Moctezuma deambulaba por el reino de los espíritus como nunca antes lo había hecho. Su más reciente contacto la había transportado a un éxtasis hasta entonces desconocido, rompiendo las barreras entre el tiempo y el espacio, la vida y la muerte, su materia y su espíritu. Se sentía dividida. Consciente de que su cuerpo dormía en algún lugar del mundo real, su alma se trasladaba a su antojo sin que nada se lo impidiera. Podría alejarse cuanto quisiera sin perder la conexión con ese cuerpo al cual pertenecía. Aquello no era un sueño profundo, como creían su madre y su nodriza cuyas voces y discusiones llegaban hasta ella con suficiente claridad. Aquello era un despertar. Otras voces intervenían, voces que ya había escuchado antes. Pero ahora estas voces estaban acompañadas de cuerpos, o de la idea corpórea y humana que algún día los animó. Ellos la tomaban de la mano y la guiaban sin decir grandes cosas. Cuando ella preguntaba se limitaban a responder:

—Moctezuma decidirá. Moctezuma responderá.

Se sintió embargada por un temor cercano al pánico. De poseer un cuerpo útil en aquel trance, estaría paralizado por el miedo. Se le presentaba una perspectiva jamás contemplada: dialogar con el ancestro que fundamentaba todas sus batallas, el

propietario de su nombre, su único Rey, su verdadero padre espiritual. De todos sus ancestros, esos que a diario fraguaban planes y discutían las intenciones del linaje recordándoles las promesas que debía cumplir, nunca había llegado a ella el Rey Moctezuma. Eran otros quienes hablaban por él. Otros quienes llevaban sus recados. Incluso en aquel mundo transfísico, existían jerarquías inviolables y silencios suspicaces que transportaban los deseos de una voluntad que jamás se dignaba a presentarse. Pero ahora sería llevada ante aquella imagen difusa que fundamentaba la razón de ser de su nombre y su casa. Conocería al verdadero forjador de su destino, comparecería a su juicio y ya no podría contradecir cualquier cosa que ordenara, así como a veces se rebelaba contra los espíritus menores que la asediaban. Quería retroceder y regresar a su cuerpo, que tan calmadamente reposaba indiferente a su desesperación. Quería estar al lado de su Guillén, cuyo recuerdo habitaba en ella sin importar adonde quiera que su alma se encontrara. Aquella conexión era más fuerte y poderosa que la acción de cualquier habitante del otro mundo. Por eso tenía tanto miedo de lo que ocurriría en aquel mundo de bruma y tiniebla, porque Moctezuma descubriría que toda su voluntad y obediencia eran frágiles si se comparaban con su fidelidad y compromiso hacia el amor que sentía por Guillén de Lampard.

Una voz interrumpió su mezcla inconexa de pensamientos.

—No temas ocultarme nada. Porque yo lo veo todo, lo escucho todo. Un Moctezuma no obra sin que yo lo sepa, aunque no te des cuenta. Tu amor hacia aquel hombre no es un problema, porque te ha servido de incentivo para cumplir mi voluntad. Pero aun debes descubrir mejores necesidades que aquellas que el amor sugiere. Hasta que tu corazón no conozca la rabia, hasta que no sientas el hambre por una venganza, no te sentirás como una verdadera Moctezuma.

—¿Eres tú, grande Moctezuma? ¿Por qué me ocultas tu rostro? ¿Por qué insistes en esas ideas oscuras? ¿Acaso no has visto lo que hoy ocurrió? No fue el rencor el que unió a personas tan distintas congregadas gracias a mis palabras, nuestras palabras. Los impulsaba algo mucho más fuerte y grande. Una verdadera sensación de fraternidad. Se sentían parte de algo al entender que todos padecíamos un mismo dolor. Y están dispuestos a aceptarme como su Reina no por odio, sino por amor.

La voz contradijo sus ideas.

—Niña Moctezuma. Bellas son las palabras que dices, pero desconocen el futuro. En un lugar sin tiempo, yo conozco mejor el corazón humano, porque en este otro mundo lo que queda de nosotros es ese corazón. Conozco sus necesidades y su hambre, las pasiones que incitan sus intenciones y los intereses ocultos en su alma, incluso aquellos que aun no han descubierto en sí mismos. No intentes contradecirme. Respeto tus sentimientos por aquel hombre, pero debes aprender a valerte de esos sentimientos como una fuente de poder y evitar que sean un punto débil. Descubre en ellos el rumor de nuevas revelaciones. Déjate llevar por el ritmo de ese corazón que late por amor, y comprende que existen otros sonidos que te llevarán a la grandeza, que conducirán nuestro nombre al lugar que nos fue arrebatado. Si dejas que esos sentimientos te controlen a ti, nuestra causa estará perdida. Hay fuerza en tu amor, pero aun desconoces cuán inmenso puede llegar a ser el poder de la rabia. Cuando comprendas eso, serás una verdadera Reina. ¡Escucha atentamente!

De pronto la voz calló, y, en cambio, su hondo rumor fue sustituido por unos gemidos de placer, los de un hombre y una mujer en pleno éxtasis de un goce compartido. A María le resultaron familiares esos sonidos. Era él. Su Guillén. Su familiar respiración, sus entrecortados resoplidos. Pero esta vez no era ella quien correspondía con sus propios sonidos los avances de él sobre su cuerpo. Era otra mujer. ¡No! ¡Aquello no podía ser verdad! Todas las demás voces se apagaron y el otro mundo se sumió en la oscuridad absoluta. Solo quedaba ella y aquellos repugnantes sonidos. Quería correr, regresar a su cuerpo. Y eso hizo. Corría en la oscuridad

perseguida por la sospecha de ese encuentro que sucedía sin su conocimiento. A veces las voces distorsionaban la realidad, engañándola con visiones convenientes. Pero algo en su interior le dictaba que esa traición estaba ocurriendo.

Y despertó. Su nodriza dormía a su lado. Se desembarazó de su abrazo y salió rumbo a la entrada de la hacienda, sin importar la hora, dispuesta a comprobar lo que ya sabía.

Dos cuerpos desnudos dormían en la menuda cama dentro la habitación principal de la casa de huéspedes del Virreinato. Dos cuerpos en descanso tras un inesperado arrebató de lujuria y desespero. Dos cuerpos ajenos a la muerte de la noche tras haber perdido la batalla contra el cansancio. A aquella cama, uno de esos cuerpos le era familiar: el joven trotamundos que desde hacía varios meses habitaba aquel recinto como si le perteneciera. En cambio el otro cuerpo, el de mujer, era distinto al que siempre visitaba aquella morada y arrugaba sus sábanas. Era este el cuerpo de un nuevo delito. Separados el uno del otro con ese sue

ñ

o profundo y sin ensoñaciones producto de la fatiga, sueño poco reparador y pesado, ambos parecían destinados a enlazarse por la culpa, en lugar de reencontrarse a través de la ternura. No era el amor lo que habitaba el espacio vacío entre ambos, sino un vacío infinito de capricho y traición. Raquel y Guillén habían consumado una pasión silente tras un fugaz pero ardiente encuentro. Sin saber cómo, sin habérselo planteado antes, simplemente se dejaron llevar por las circunstancias y ocurrió, como ocurren las cosas definitivas y los peores crímenes, sin un freno entre la consciencia y su voluntad.

María los observaba impávida frente a la cama, silenciosa y sin ánimos de despertarlos, como si disfrutara la visión de aquel acontecimiento, o más bien los vestigios de lo sucedido, saboreando lentamente la pena que la embargaba mientras un escalofrío recorría su espalda junto a una cólera fría e indetenible. Una estaca clavada en su confiado corazón, aquella visión funesta bastaba para desarmarla. No habría necesitado estar allí para saberlo, como nunca necesitó leer los pensamientos de su amiga para inferir los sentimientos que secretamente alimentaba por Guillén. Pero necesitaba inundar sus ojos con la verdad, abarcarla en toda su extensión, tener la posibilidad de palparla aunque no lo hiciera. Que no la tomara por sorpresa no lo hacía menos doloroso. Que las circunstancias los hubieran empujado el uno al otro para ponerlos en aquella situación, tampoco los excusaba. Lo que veía era innegable e imperdonable. El resultado de una decisión que ameritaba un castigo. Comenzaba a odiar y a experimentar un indescriptible placer en ese sentimiento, tal como la voz de Moctezuma se lo refirió. Una forma evolucionada de su amor hacia Guillén, a quien no podía dejar de amar viéndolo allí tan indefenso y culpable, ajeno a la presencia de ella en aquel momento. Expuesto a su mirada acusadora, para siempre por debajo de ella a partir de entonces. Ya no habría justicia en el amor que sentían ambos. Ya él había perdido el privilegio de estar a la altura de los sentimientos que ella profesaba y declaraba en su nombre. Y en cambio ella seguiría permaneciendo en su corazón como una visión inmaculada de un amor elevado. Ella conservaría el pedestal y la razón de sus anhelos, a pesar de la traición, y quizás ahora aun más gracias a ella. Le satisfacía aquel raro triunfo, el de conservar su status divino en aquel pobre y malagradecido corazón. Lo seguiría amando, aunque lo odiara. Pero ya no podría respetarlo, ya no soportaría permanecer a su lado. Más valdría verlo muerto en aquel instante porque a efectos de lo que significaba para ella, ya no habría lugar para Guillén en su futuro. Se convertiría en la triste huella viviente de un pasado adorado, un

pasado destinado a perecer bajo el peso de su ruina actual tras ese acto irreversible. No, no quería despertarlos y escuchar ruegos acompañados de peticiones inútiles a favor de su perdón. No lo soportaría. Y ella merecía permanecer por encima de eso, y no rebajarse a la concesión de una mísera y deshonesto misericordia. Ahora lo comprendía, tal como Moctezuma lo predijo: hay cosas superiores al amor.

Tan débiles e inconscientes de su transgresión mientras dormían, María se sentía tentada de estrangularlos o rebanar sus gargantas con algún cuchillo que fácilmente podría extraer de la cocina. Pero no. Era imperativo que ellos vivieran para acusarse y culparse por su desgracia. La ofensa demandaba una pronta y exitosa venganza. Y de pronto María recordó algo. Una advertencia que Guillén le había hecho hace unos días sobre la llegada del nuevo Inquisidor y su anuncio de que se aseguraría de vigilar por el correcto cumplimiento de la fe en cada hogar. Recordó las historias que se contaban sobre aquellos hombres y su Santo Oficio. Lentamente urdía un plan en el cual entretejía la desgracia de aquellos dos y se felicitaba por su ingenio.

¿Cómo habían osado atreverse? ¡A ella! ¡La Reina Moctezuma! ¡Herederas de un linaje de dioses! Un mezquino hombre común y corriente tenía entre sus manos una oportunidad dorada, tuvo en sus brazos el cuerpo de una diosa y se hizo dueño de su alma. Y en cambio prefirió arrojar el diamante que se le ofrecía para revolcarse en aquel lodo, como solo pueden hacerlo las bestias ignorantes de la divinidad que los contempla. ¡Inadmisible! Sabía que la amaba pero también comprendió que su amor no era superior a sus instintos. Era un hombre como cualquier otro que había conocido como tantos otros que antes había rechazado, un sujeto de poca monta que no estaba a la altura de una Reina como ella. Un hombre que no merecía el reino que iba a gobernar junto a ella. Daba gracias a los dioses por descubrir aquella verdad antes de que fuera demasiado tarde. Le dolía profundamente lo sucedido, pero sentía un alivio perverso, algo parecido a una sensación liberadora a partir de su naciente amargura. Gracias a Moctezuma superó la prueba que constituía el engaño al cual estaba sujeta.

Y ella. Raquel era su amiga. Y sin importar los sentimientos que ocultaba no la había creído capaz de traicionarla de aquella manera, concediéndose una inmerecida oportunidad de cumplir sus falsas y estúpidas esperanzas. Le costaría caro su placer y se arrepentiría de su necesidad. ¿Acaso creía que podría igualársele? Guillén jamás le pertenecería del modo en que ella lo poseía. Guillén jam

á

s la vería con aquellos ojos inmensos repletos de adoración y obediencia. Y en cambio, ahora, a sus ojos quedaría como una triste y atrevida mujerzuela, a la cual culparía por la pérdida de la única diosa a la cual estaba consagrado su ardoroso corazón. Pero saber lo que sucedería no era suficiente.

Ya lo veía con mayor claridad. Sí, el amor era fácilmente superable por tantas cosas. Pasamos buena parte de nuestra vida ansiosos e incompletos. Un buen día conocemos a alguien que transforma nuestra vida para siempre, haciéndonos sentir una plenitud que considerábamos imposible. Y aquello era el amor. Una sacudida violenta y llena de gracia, un despertar a la vida que nos resistimos a descreer. Lo imaginamos duradero e irrompible. Pero finalmente nuestro vano convencimiento se revela como un fugaz e inútil espejismo. El amor no era justo ni grande. El amor descubre su verdadero rostro, el de un cruel farsante que se burla a nuestras espaldas. Un bufón al cual muy tarde se le ríe sus malos chistes. Y solo entonces comienza una nueva y necesaria toma de consciencia. Ahí se inicia el verdadero despertar a un mundo áspero y sin encantamientos. Se nos revela más temprano que tarde la crueldad fundamental que ordena y rige todo lo que ha existido y dejará de existir alguna vez. Porque todo perecía, y tras eso se ocultaba una risa superior a nuestros mezquinos intentos por callarla. La carcajada del loco tras haber comprendido su lucidez. Se daba cuenta de que todos albergamos dentro de nosotros un estómago

invisible que se alimenta de rabia e insatisfacciones, pero que solo se sacia a través del cumplimiento de la desgracia ajena, de la desventura de quienes nos ofenden. Un estómago que revela la extensión de su hambre cuando el amor perece. Un estómago gracias al cual sobrevivimos la desdicha de tan desafortunada decadencia. Un amante defraudado sobrevive gracias a la promesa de un ajuste de cuentas, rogando por el momento en que vuelvan a igualarse los desniveles de correspondencia con una cuota similar de sangre, lágrimas y desdicha para cada una de las partes. Para calmar la ira de un corazón pisoteado no había mejor recompensa que un deudor servido en bandeja de plata masticando su merecida vergüenza y a merced de su conseqüente y debida fatalidad. Porque nada queda sin ser saldado, nada hay en este mundo que no reciba pago y condena, ningún olvido era lo suficientemente grande para traer clemencia y a cada desagravio le llegaba su hora bajo el filo de la justicia. Ni siquiera el amor estaba a salvo, ni siquiera amar nos hace menos culpables. Al contrario, el amor haría más pesada e insoportable nuestra maldición de sabernos vivos y llenos de culpas.

Preciso era actuar cuanto antes. Abandonaría la estancia no sin antes dejarles una prueba de su presencia. Quizás sí necesitaría el cuchillo de la cocina, después de todo.

Raquel despertó del largo letargo cuando sintió el canto de los pájaros matutinos anunciando que un nuevo día había comenzado. Al principio se sobresaltó con la mirada fija en el techo y con el impulso inmediato de desembarazarse de aquellas sábanas y de despertar a Guillén, cuya respiración resonaba con fuerza en toda la habitación. Ya era tarde de todas maneras. Ya se les ocurriría algo para salir de tan comprometedor situación. Pero mientras tanto quería disfrutar aquellos pocos minutos de dicha acompañada por el cuerpo desnudo de su durmiente amante a medida que rememoraba los sucesos acaecidos durante la noche anterior. Alcanzaron a llegar silenciosamente a la casa de huéspedes del Virrey sin despertar a ninguno de los criados, y se escabulleron enseguida dentro de la habitación de él. Luego de tantos cuidados y precauciones, una vez a salvo, le dieron ganas de reírse, a lo que Guillén correspondió intentando callarla pero contagiándose de su carcajada contenida. La situación de ambos, después de todo lo vivido en el transcurso de tan agitada noche, era tan ridícula que no quedaba sino reírse. Se sentían cómplices y aliados, como si hubieran de un asesinato, como si hubieran dejado tras de sí un crimen atroz y les correspondía ocultarse. ¡Qué absurdo!

Fue justo entonces cuando Guillén la vio con una mirada distinta, una mirada insuflada de deseo que ella correspondió de inmediato. Callaron sus risas y se contemplaron fijamente, leyendo sus respectivas voluntades. Ella hizo un ademán con su cuerpo, casi imperceptible, pero que se sentía como una invitación a ser abrazada. Y entonces ocurrió. En unos minutos ambos se habían desnudado y forcejeaban en silencio a efectos de una pasión desbordada e incontrolable que acabó por dejarlos exhaustos. Era incapaz de precisar el momento exacto en que la pasión terminó derrotándolos y, en cambio, se instauró aquel largo y profundo sueño.

Raquel no se sentía culpable en aquel instante, luego de haber despertado. Antes tenía funestas esperanzas, pero ahora albergaba poderosas certezas. Lo que creía imposible se cumplió finalmente. Estaba en la cama del hombre al que amaba y este la había hecho suya. Ya no importaba María, o el amor que él decía profesarle. Esa obsesión, esa idolatría, no había sido lo suficientemente grande para impedirle recorrer un cuerpo ajeno al que con tanta pompa declaraba adorar. Sabía que incluso María estaría de acuerdo con ella: el amor de Guillén falló a la menor oportunidad, al medirse con una nueva pasión. Complacida de sí misma y con una sonrisa maliciosa en el

rostro, Raquel se dispuso a salir de la cama y despertar a su amante culpable, cuando reparó en algo extraño a los pies de ambos. Tardó en precisar qué era y cuando lo tocó con sus dedos supo que aquello era una declaración de guerra. Embargada por un temor hondo, enseguida gritó.

Guillén despertó inmediatamente y vio el rostro de Raquel escandalizado y su cuerpo tembloroso. No le dio tiempo de reflexionar sobre todo lo que había ocurrido entre ambos y en lo culpable que se sentía, cuando reparó en la causa de aquel grito. La larga y tupida cabellera negra de María, desperdigada a los pies de la cama, daba cuenta del testigo silencioso que estuvo en la habitación unos minutos antes. Supo enseguida qué significaba aquella respuesta y que ya no habría vuelta atrás. Raquel rompió en llanto y quiso abrazar a Guillén, pero este la empujó apartándola de su cuerpo sintiéndose sucio y asqueado de sí mismo y de ella, replicándole con una voz ruda y sin concesiones:

—No quiero verte nunca más. He perdido para siempre lo único que me importaba. Desearía haber muerto antes de haberte tocado ¡Lárgate!

Raquel no supo cómo ni de qué manera logró salir de aquella casa. Corrió por las calles de la ciudad sin importarle las consecuencias que acarrearía si, por casualidad, había sido vista saliendo de la casa de su amante. Pero animada por la fuerza del dolor y la rabia, al cabo de unos minutos se encontraba en la entrada de su casa, sin que nadie lo hubiera notado, llamando a la puerta y sin dejar de llorar.

Capítulo 11

La mañana se sentía lúgubre y sin promesa de novedades. Un clima neblinoso y frío empañaba las ventanas del despacho improvisado que el Virrey había dispuesto para aquel vicario de Cristo. Se había negado a ocupar un lugar en la pequeña catedral, en el centro de la ciudad, junto al viejo e insoportable párroco. Era inútil instaurarse en una iglesia y quedar reducido en importancia. Un Inquisidor no era un sacerdote de misa y confesionario, sino un legislador con conocimiento tanto de las leyes de Dios como de las que rigen a los hombres. Un Inquisidor debía permanecer allí donde imperaba la ley humana, como un recordatorio de que ninguna normativa era suficientemente poderosa si no la aprobaba el Dios que nos juzgaba desde las alturas. Era menester reclamar el lugar que su investidura demandaba y situarse en igual rango de importancia que los jueces de la ciudad, o incluso más arriba, tan influyente como podía serlo el Virrey. Bendecido por el Papa y consagrado por la Corona, Felipe Méndez representaba al Santo Oficio y su palabra debía acatarse sin contradicción ni oposición. El Virrey se había comportado con la amabilidad y cortesía propias de un anfitrión que recibía a un visitante importante. Pero esa actitud cordial no le bastaba. Esos provincianos no entendían la magnitud de su importancia y el alcance de su voluntad. En sus manos estaba la responsabilidad moral del continente, la preservación de sus valores espirituales, el vigilante que velaría por el cumplimiento cabal de la virtud y finalmente el verdugo para todo aquel que torciera el camino recto que Dios les pedía a sus fieles. Los habitantes del Virreinato debían ser responsables con la fe que ostentaban y someterse al atento escrutinio de sus investigaciones. Tarde o temprano asimilarían su lección de obediencia y sumisión, comprendiendo que Felipe Méndez no era un invitado de paso viviendo a expensas de la cortesía del Virreinato de Nueva España. Cuanto antes aprenderían a temerle como lo que era: el brazo implacable que haría respetar la palabra de Dios en aquella tierra de reputación blasfema y dudosa devoción.

Felipe Méndez repasaba el itinerario que esperaba llevar a cumplimiento durante el resto de la semana, y redactaba una carta formal para el Virrey notificándole sus exigencias además de agradecer su necesaria colaboración para el perfecto cumplimiento de sus objetivos. Ya había anunciado que sus puertas estaban abiertas para los habitantes de la ciudad que quisieran hacer denuncias directas y anónimas en casos de brujería, blasfemia o cualquier tipo de transgresión moral. El Virrey había cedido a regañadientes a concederle el permiso de las mazmorras y a habilitar en una de las celdas un cuarto de torturas idóneo ante cualquier eventualidad. Era menester, sin embargo, proceder a visitar casa por casa y comprobar el estado de la fe de cada uno de los habitantes de la capital, así como corroborar que sus respectivos criados y esclavos no siguieran las costumbres paganas de sus antepasados. Entre otras cosas, le llamaban curiosamente la atención dos casas: la hacienda Rocalla, morada de judíos adinerados y aparentemente con gran influencia política y social dentro del Virreinato, y la gran Hacienda Moctezuma, donde vivían la hija y la esposa de un terrateniente español que sin embargo habían optado por mantener el apellido de sus ancestros indígenas. Ambos casos representaban jugosas promesas para ejercer sus funciones como Inquisidor, y muy probablemente, si buscaba lo suficientemente bien, algo encontraría tras una exhaustiva pesquisa en los rincones más oscuros de su intimidad.

Bien sabido era que en la Europa católica los judíos no eran bien vistos y se estaban tomando medidas para evitar su propagación. En aquel nuevo continente, aun eran considerados personas respetables y poderosas, y muchos de ellos eran grandes terratenientes y parte integral de la vida social de las regiones. La familia Rocalla era un ejemplo de tal aberración y Felipe Méndez había llegado para acabar con ese

problema de raíz, pero debía conducirse con cautela ya que aun no comprenderían el porqué de su rechazo hacia aquella comunidad. Los muy ingenuos habitantes del Virreinato no se daban cuenta de que los judíos se instalaban en un sitio para contagiar sus dogmas como un virus caprichoso que ponía en duda la fe en Cristo, el único y verdadero Mesías, emparentándose con cualquier cristiano, no sin antes obligarlo a abrazar la fe hebrea y a circuncidarse. Aquellas conductas merecían un repudio absoluto, así como la concesión de riquezas y poderes a una comunidad que no le correspondiera tales méritos bajo la sombra misericordiosa de un reino católico. En cambio, el caso de los Moctezuma era mucho más misterioso. Apartados de la ciudad y aunque no había quejas en su contra (asistían regularmente a misa, daban limosnas, se confesaban con el párroco y se inclinaban a rezar frente a los santos), la vida misteriosa que llevaban aquellas dos mujeres escondía algún secreto. Antes de embarcarse rumbo al nuevo continente le habían advertido del carácter supersticioso y dado al paganismo de los descendientes de indígenas que se mezclaron con los colonos. Desconocía en qué consistían aquellas antiguas prácticas, pero era suficiente con saber que se trataba de cultos con tendencias politeístas y, por lo tanto, expresamente prohibidos. Era necesario que las dos mujeres confirmaran que su uso del apellido Moctezuma se debía de un apego nostálgico y no de un culto sacrílego.

Concentrado en sus reflexiones, el Inquisidor Felipe Méndez fue interrumpido por la llegada de un soldado del Virrey.

—Su Excelencia, una mujer solicita audiencia urgente con usted.

—¿Una mujer?

¿

De qué se trata? —respondió exaltado.

—Dice tener unas acusaciones graves de hechicería. Está fuera de sus cabales. Mejor que lo vea con sus propios ojos. Se trata de la niña Moctezuma.

El rostro se le ilumino pidiendo enseguida:

—¡Déjenla pasar cuanto antes!

Dicho y hecho. Al cabo de unos minutos entraba una mujer joven y hermosa, pero con un aspecto terrible. Su cabellera había sido cortada y algunos pocos jirones de cabellos largos pendían de su cabeza que mostraba otras partes completamente calvas. Temblorosa y con voz quebrada declaró:

—He sido víctima de una bruja y su amante poseído por sus embrujos.

Seguidamente cayó de rodillas frente a un imperturbable Inquisidor. Una sonrisa cruel se dibujó en su rostro.

—Ha venido al lugar indicado. Pero sepa que tomaré sus acusaciones como una denuncia.

Y entonces, sin más preámbulos, María procedió a narrar la historia que había ensayado para sí misma durante horas.

Capítulo 12

Raquel lloraba en los brazos de su madre, quien, sin mover un músculo, permanecía estática y sin manifestar gestos cariñosos. Se limitaba a estar allí para ella, elucubrando innumerables visiones de desgracia y

deshonra. No se atrevía a preguntarle lo que sentía. No quería escucharlo. Un presentimiento feroz la embargaba, una sensación de fatalidad cerniéndose sobre su casa y su apellido. Hubiera deseado ser una persona de carácter firme y autoritario, que no se derrumbara ante la primera mala noticia que entrara por sus oídos, una de esas madres firmes y terribles preparadas para la desgracia porque la han imaginado muchas veces tocando su puerta y han tenido tiempo de elaborar planes para cada supuesta ocasión. Pero no, era una mujer sensible que se desmayaba ante cualquier mala impresión o repugnante acontecimiento. Su corazón no soportaba la desventura, ni aceptaba la existencia de nada que interrumpiera el curso normal de su vida. Y ahora su hija estaba allí, agotando todas sus lágrimas sobre su falda, esperando un gesto suyo de ternura que le era imposible ejecutar. Temblando de tristeza y desesperación, se asía a su cuerpo como un náufrago se aferra a una tabla de salvación en marea alta. Su miedo al infortunio era mayor que su compasión. Era incapaz de hacer algo por ella. Hasta el más mínimo gesto o palabra de empatía le resultaba una proeza inalcanzable. Su garganta se le atoraba, sus manos se entumecían. Para quien vive huyendo del escándalo la misericordia es una virtud desconocida.

Raquel apenas alcanzó a resoplar:

—¡Estoy perdida! ¡Para siempre perdida!

Y entonces Raquel vio a su madre, quien la miraba con un gesto caricaturesco de mudo terror, incapaz de responderle. Supo enseguida, porque la conocía, que no podía esperar de ella el consuelo que necesitaba. Estaba sola y por su cuenta rumbo a una espiral vertiginosa de incesante dolor y punzante vergüenza. Raquel se desembarazó del abrazo que no hubo, de esos brazos abiertos y sin respuesta a los cuales intentaba sentirse sujeta y la vio con una mirada acusadora, que la hizo bajar la mirada. Pudo observar cómo su madre arrugaba sus puños presa de una impotencia que no admitiría, falta de la energía que invertía en inmiscuirse en las vidas ajenas, silenciosa como nunca por tratarse de una mujer acostumbrada a no callarse y cuyo principal defecto era la ligereza de su lengua que no guardaba secretos. Raquel hubiera querido darle una bofetada para que reaccionara, para que dijera algo, aunque fuera un reproche o un grito, aunque le ordenara salir de la casa para siempre tal y como su falta lo merecía. Pero nada, un mutismo sin fin atenazaba sus impulsos haciéndola incapaz de reacción humana alguna. Raquel no soportaba verla y corrió apresurada a su habitación para encerrarse.

Humillada por Guillén y despreciada por su madre, sus manos temblaban mientras intentaba secar sus lágrimas y sacudir sus ojos hasta dejarlos irritados. Quiso acurrucarse en el piso, no sin antes lanzar un grito desesperado, un aullido desgarrador que resonó en toda la casa como el lamento de una bestia amordazada y herida antes de que le asestaran el golpe mortal y definitivo que sentenciaría su suerte. Acostada allí, sintiendo la frialdad del piso y su olor húmedo, Raquel fue calmándose lenta y progresivamente, como si allá abajo nada importara, como si pudiera cavar un hoyo gracias al cual pudiera perderse sin dejar rastro, una madriguera para hibernar durante siglos y luego despertar a un nuevo mundo donde fuera una desconocida sin pasado. ¡Cuánto anhelaba empezar de nuevo! No tener una vida anterior, ni siquiera un nombre. Habitar una tierra distinta que permitiera una vida de aislamiento y libre de culpas. Pero las circunstancias demandaban responsabilidades, que tarde o temprano tocarían a su puerta para encadenarla a las ataduras del compromiso y el

arrepentimiento. Desconocía el futuro que le esperaba, pero estaba consciente de que nada afortunado o feliz ocurriría próximamente. Era odiada por el único hombre al que amaba, sería despreciada por sus padres y se convertiría en el objeto de la venganza para una mujer acostumbrada a nunca perder, la caprichosa e implacable María Moctezuma. No existía modo alguno de reparar el daño que había cometido contra sí misma, al entregarse descaradamente y sin reparos, de la manera en que lo hizo con Guillén. Y bien hubiera podido negarse y salir corriendo, o convertirse en la voz de la razón para ambos y evitarlo mientras aun era posible, pero aunque pensó estas cosas a medida que él la besaba y la desnudaba, no quiso hacerlo. No fue la pasión cegándola, ni el amor hablando por ella. No, fue una decisión fría y consciente. Quería hacerlo, quería triunfar por primera vez en su vida obteniendo algo que deseaba y arriesgándose a tomarlo con sus propias manos. No renunciaría a ese momentáneo poder, a esa breve pero irrefutable victoria de su voluntad. Hizo suyo al hombre que amaba y se burló de la mujer que tanto temía y odiaba. Por eso María no cesaría hasta verla caer en la peor de las desgracias, por eso Guillén nunca la perdonaría, por eso su familia la negaría, porque tanta desventura era su deseo, porque cada uno de ellos adivinaría su falta de arrepentimiento, porque para ella valió la pena hacer lo que su corazón exigía por primera vez en su vida. Nadie podría quitarle eso. Una gozosa euforia recorría su cuerpo, electrizándolo. Allí, acostada en el suelo de su habitación, Raquel ahora reía sonora y desvergonzadamente.

Al cabo de unas horas su dulce descanso fue interrumpido por una intempestiva y violenta irrupción de soldados dentro de su cuarto. Dos hombres la recogían del suelo, arrastrándola con ellos sin ningún tipo de consideración. Apenas alcanzó a escuchar:

—¡De pie, bruja! El Inquisidor espera por usted.

Un torbellino de pensamientos contradictorios revoloteaban en la cabeza de Guillén de Lampard. En apenas unas horas su vida entera había cambiado. Su primer impulso era salir corriendo a la hacienda Moctezuma y arrodillarse ante María pidiéndole perdón, humillarse frente a sus dioses, arrastrarse en el nombre de su amor, quedar reducido a piltrafa bajo su juicio y apelar a sus sentimientos para conseguir una indulgencia. No quería perderla y no estaba dispuesto a separarse de ella. Compartían un presente que solo les pertenecía y habían concebido un futuro juntos. Estaban unidos para siempre gracias a las esperanzas comunes, a razón de las promesas de amor y concilio eterno. Desde que se habían conocido, sus respectivas almas se fragmentaron para diluirse en la vida del otro, y sus cuerpos eran recorridos por un estremecimiento común a ambos. Ese lamentable suceso, ese desliz de la carne, ese descuido reprochable pero evidentemente transitorio, no podía destruir las bases sólidas del amor que le profesaba a su Reina Moctezuma. Porque cuando uno ama de esa manera, ama para siempre. Cuando uno ama de esa manera tan ansiosa y abismal, participando de un hambre insaciable, enseguida presente y resiente las perturbaciones que hay en el amor del otro. Por eso intuía y comprendía lo que María con toda probabilidad estaba sintiendo en aquel momento. Sospechaba que enfrentarse a ella en aquel instante sería contraproducente, solo empeoraría la situación entre ambos, y correría el riesgo de apartarla más de él. Guillén también imaginaba que en una situación semejante no soportaría tamaña traición, y querría arrasarlo con todo a su paso. Supo por lo tanto que el amor que ella sentía por él se veía comprometido por la soberbia y asediado por la rabia, incapaz de asimilar la medida de su traición. Como en suspenso, pendiente de un fino hilo, cualquier acción incorrecta por parte de ambos acabaría por destruirlos. En ese instante, Guillén sospechaba que María era capaz de cualquier cosa. Y por lo tanto le correspondía a él, en frío, controlar

la situación, no desbordarse a causa de la desesperanza que lo embargaba, así como de la honda y furibunda desilusión en la que ella seguramente se encontraba. Porque así de inmenso y violento era el amor que se prodigaban, capaz de adivinar las perturbaciones que los transformaban sin importar cuán apartados estuviera el uno del otro.

¡Qué fácil era destruir lo más amado a pesar de las mejores intenciones! Un solo hecho bastaba para desmoronar los cimientos de un vínculo que se presumía duradero. Porque confiadamente se vive con la certeza de que el amor es suficiente, el amor todo lo corrige y si no puede hacerlo, al menos lo perdona. Guillén jamás había amado de esa manera a otra mujer; o, mejor dicho, nunca antes había amado de forma alguna hasta que María interrumpió el fluir de su vida preconcebida. No comprendía cómo pudo permitir aquel accidente pasajero de la carne, ese leve y repentino despertar de una lujuria hasta entonces desconocida. ¿Por qué no pudo anticiparlo? Nunca fue un hombre gobernado por los estremecimientos de la carne y domado por los instintos más bajos. Solo María inspiraba en él un efecto oscuro e incontrolable, convirtiéndolo en presa obediente de sus caprichos. Y no le importaba, porque la amaba y porque ella poseía el control de una fuerza superior a cualquier voluntad. Pero era incapaz de explicarse cómo su voluntad cedió a los evidentes avances de Raquel esa noche. Simplemente ella estaba allí como una boca sedienta, esperando por sus besos. Y él no pudo resistir la visión de una ansiedad ajena, despertando un apetito fugaz pero intenso, pronto a devorar el hueso que se le ofrecía. Su cuerpo reaccionó inmediatamente al primer abrazo prohibido, a la primera mordida de esos labios dispuestos a hacer cualquier cosa que se les pidiera. Esa imagen de fogosa sumisión acabó por perderlo. Y cedió, hundiéndose en aquel fango de ansia animal. Pero había algo por encima de aquel crimen, una fuerza desconocida que comenzaba a revelársele mientras más reflexionaba en torno a su imperdonable transgresión. Una rara certeza: aquello estaba destinado a ocurrir. Como si unos dioses caprichosos, probablemente esos que María adoraba y convocaba como parte de su familia, confabularan en contra del amor que se tenían. Dioses celosos del amor que ambos declaraban y manifestaban. Un amor superior a cualquier causa o encomienda divina.

Sí, esa era la respuesta. No entendía cómo pudo ser posible ni de qué manera, pero eso lo explicaba todo. Las sombras de ese otro mundo que consumía la vida de su María decidieron que el amor de Guillén era perjudicial para sus intereses y actuaron conforme a sus miedos. Porque solo Guillén, a causa de ese mismo amor, tenía el poder de apartarla de ellos y llevársela a otro lugar donde su tenebroso tacto ya no pudiera alcanzarla: la fortaleza de su corazón adonde la había dejado entrar para siempre desde la primera vez que la vio. Era la única explicación posible. Si tan solo María le permitiera escucharlo hablar sobre estas cosas. No negaría sus culpas con palabras honestas y nobles intenciones, como siempre había sido cuando se conducía frente a ella. Solo debía escucharlo y ella lo comprendería. Sabría que no le faltaba razón a sus argumentos y lo perdonaría. Presuroso salió de su habitación en dirección a la puerta de la casa de huéspedes del Virrey mientras repetía para sí mismo lleno de esperanzas:

—Solo tiene que escucharme. Aun no es demasiado tarde. Ella me entenderá.

Se disponía a salir por la puerta cuando fue interrumpido en su prisa por cuatro guardias del Virrey quienes interpretaron su intempestiva salida como una intentona de huida. Se abalanzaron sobre él, sujetándolo con fuerza y atenazando su garganta. Incapaz de hablar, Guillén no se explicaba lo que estaba ocurriendo hasta que uno de sus captores ordenó:

—¡Sujétalo con fuerza! Este hombre se encuentra poseído bajo los hechizos de una bruja y puede llegar a ser muy peligroso. ¡Debemos darnos prisa! El Inquisidor lo quiere en las mazmorras cuanto antes.

En la casa del Virrey ya se había dispuesto la mesa para un almuerzo tranquilo y sin contratiempos, condimentado con la rutinaria cháchara en torno a frívolas eventualidades acontecidas en el transcurso de la semana, según como se las comunicaba la esposa del Virrey a su marido. Su esposo la escuchaba silencioso asintiendo con la cabeza para corroborar alguna información poco importante o hacía sonar su pecho a modo de tos cuando escuchaba algo reprobable, como advirtiéndole cariñosamente que moderara su lenguaje cizañero malintencionado porque no estaba hablando con una de sus parlanchinas amigas. Tras varias décadas juntos y sin pasiones demasiado ardientes entre ambos, lograron desarrollar un lenguaje secreto y sereno propio de aquellos matrimonios sin hijos, una complicidad solitaria y hasta cierto punto infeliz que se conformaba con confirmar la compañía diaria del otro aunque no necesariamente reclamara su aprobación. A veces hablaban sobre cosas distintas, como un diálogo entre sordomudos y no importaba, porque lo fundamental era la confianza de que siempre habría alguien escuchándolos, independientemente de que lo hiciera realmente o no. Masticaban lentamente con las miradas fijas en un punto medio entre el plato y sus pensamientos. Como un acuerdo tácito, algunas veces ninguno de los dos rompía el silencio, disfrutando aquel ceremonioso encuentro entre el paladar y los bocados que durante toda la mañana se prepararon en la cocina. Extraño ritual para el culto de dos entendidos, era en esos silencios cuando el Virrey y su esposa se sentían mejor conectados e inseparables, como si se tratara de una renovación necesaria de votos, y cualquier palabra resultaría demasiado impropia e irrespetuosa para la paz que compartían. Cuando se instauraba tal pacto como una calma que los arropaba, procedían a comer sin interrupciones y solo iniciarían una conversación cuando ambos hubieran acabado de comer hasta la última porción de sus platos. Así transcurrieron los minutos en el palacio del Virrey hasta que los platos vacíos y el tintineo de los cubiertos puestos sobre ellos a modo de clausura para el ritual, marcó la alarma consabida. Entonces, la esposa del Virrey procedió a hablar con su marido, atreviéndose a interpelarlo.

—¿Estás seguro de haber mandado esa carta?

Su marido carraspeó enseguida, y respondió:

—Por supuesto, cariño. Por las vías acostumbradas. Llegará tan pronto como sea posible, si es que no ha llegado ya.

—Tal parece que no llegará nunca. O cuando sea demasiado tarde.

—Demasiado tarde... ¿para qué? —le preguntó el Virrey con curiosidad—. No es como si se fuera a derrumbar la Corona a causa de eso.

—No lo entiendes, ¿verdad? —atacó la esposa del Virrey sin ceder en sus inquietudes—. El hombre está a punto de casarse con una de las jóvenes que viven en tu Virreinato. Es cosa segura, más temprano que tarde antes de que acabe el año. Sería un gran escándalo si se descubre su estafa cuando ya se hayan celebrado los esponsales.

—Parecen muy enamorados los dos jóvenes —dijo el Virrey intentando desviar las intenciones de la conversación hacia otro territorio—. A mí me contenta mucho esa relación. Parece honesta y beneficiosa para ambos. Quizás es lo mejor que podría ocurrirle a la hacienda Moctezuma. Un hombre dispuesto a ocuparse de aquellas dos mujeres indomables. Desde que llegó a sus vidas han mejorado su actitud. Siempre sospeché que a la niña María, a pesar de su belleza, se le haría muy difícil conseguir un esposo que soportara su carácter. Específicamente, aceptarlo.

La esposa del Virrey exhaló un resoplido de disimulado disgusto, y sin mirar a su esposo procedió a doblar la servilleta de tela que descansaba en su regazo y luego la

arrojó sobre el plato con un ligero arranque de malcriadez, tal como acostumbraba a comportarse cuando era una niña pequeña y sus padres la contradecían en sus caprichos. Alzó una mirada feroz y replicó:

—Eres muy ingenuo, para tu propio perjuicio, esposo mío. Nada de eso importará mucho si Guillén de Lampard es descubierto como un impostor. Estaríamos empujándolas a una desgracia segura sin que nadie pueda impedirlo a tiempo. Y tú serías el único culpable.

Sus miradas se encontraron. Con el entrecejo fruncido, el Virrey contraatacó con algo de aspereza en su voz:

—Y tú eres muy arrogante en tus presunciones. Hay un mundo, un verdadero mundo, más allá de tus conversaciones de sobremesa, que recopila rumores y conspiraciones. Probablemente el mensaje ya ha llegado a manos del Rey y no se ha apurado en mandar una respuesta porque no hay nada que denunciar. Existen otras cosas más importantes que discutir en la corte que corroborar la presencia de un enviado de segunda categoría para su reino de segunda mano.

La Virreina estuvo a punto de replicarle, cuando alguien comenzó a tocar la puerta de un modo desesperado. Una de las esclavas corrió apresurada para atender dicho llamado, mientras el Virrey permanecía expectante, temiendo lo peor. La esclava, al cabo de un minuto, se presentaba ante ellos anunciando:

—La señora Rocalla solicita con urgencia hablar con los señores.

—¡Qué pase de inmediato! —ordenó el Virrey.

Sus palabras se cumplieron a cabalidad. No pasó mucho tiempo antes de que la señora Rocalla irrumpiera en el comedor del palacio del Virrey, temblorosa y lloriqueando. La esposa del Virrey corrió a abrazarla enseguida y trató de que se sentara. La señora Rocalla quiso desembarazarse para hablar sin demoras.

—¡Una desgracia ha caído sobre mi casa! ¡Se la han llevado!

—¿A Raquel? —preguntó enseguida la esposa del Virrey sin ocultar su preocupación—. ¿Quién se la ha llevado? ¿De qué hablas?

—¡Tus guardias! —gritó la señora Rocalla señalando en dirección al Virrey—. En nombre del Inquisidor. La llaman bruja.

Confundido el Virrey no daba crédito a lo que escuchaba y compartió una mirada de pánico con su esposa. Presuroso se dispuso a salir de su palacio, con la intención de averiguar lo que había ocurrido a sus espaldas, a medida que pensaba para sus adentros:

—¡Su cacería ha comenzado!

Ante la mirada atónita de su nodriza, María terminaba de cortar los restos largos de su cabello, dispersos, emparejándolo en un mismo nivel, corto y casi a ras del cráneo. Luego envolvió su cabeza en una tela contemplando su rostro demacrado en el espejo. Se sorprendió con la visión de su reflejo: aun era joven, bella y seductora a pesar de la desgracia. Aun poseía el perfil de una futura Reina, pero ahora acompañado por un aura de experiencia y crueldad. No se sentía ni completamente desdichada ni vengativamente satisfecha. De pronto, la asaltó una revelación: estaba ocurriendo. Los culpables comenzaban a pagar por sus crímenes. Lo veía con toda claridad imaginando el desconcierto de ella y la resistencia de él. Ahora la fatalidad seguiría el inevitable curso que había trazado para ellos. Pero no era capaz de precisar su reacción ante eso. Se encontraba en un limbo emotivo en el cual no cabía ningún sentimiento. Se sentía como una sombra flotante de aquel otro reino que se comunicaba con ella, pero a diferencia de sus habitantes, era un fantasma con futuro. No dejaba de pensar en Guillén, pero en aquel momento no la embargaban ni la rabia

ni la tristeza que la dominaban hacía unas horas. Lo amaba, sí, pero ya no importaba tanto. Era algo que debía tolerar, como soportar a las sombras durante las horas del día para evitar sucumbir a sus eternas demandas. Así, a partir de entonces suponía que se mantendría apartada de aquel sentimiento. Una batalla diaria y constante, un enfriamiento forzoso de su corazón. Una muralla que se alzaba hacia el infinito, una fortaleza que acorazaba su virtud. Se sabía rota y deshecha pero aun la conmoción era demasiado grande para sentirse afectada. ¿Era plenamente consciente de lo que había hecho? ¿No se lamentaría luego por las vidas que perjudicaría? Quizás. Le había sido mutilado el tesoro del amor y quiso que eso se llevara consigo también el infausto don de su belleza. Pero su reluciente rostro le probaba que no lo había logrado. Seguía estando viva entre los muertos. Su derrota envolvía un secreto sabor a victoria. Ahora necesitaba respuestas. Enfrentar a las sombras, una vez más. Su nodriza, a una distancia prudencial, vigilaba cualquier cambio de ánimo que representara una alerta.

—Mi niña, ¿te encuentras bien? —se atrevió a preguntarle tímidamente.

—Necesito estar a solas —terció María—. Necesito convocarlos cuanto antes. Dile a mi madre que iré al encuentro del tótem y que no quiero que nadie me interrumpa.

Su nodriza, precavida, quiso hacerla entrar en razón.

—María, hija mía, aun estás muy débil desde la conexión que hiciste anoche. Fue muy poderosa y casi te cuesta la vida. Es muy pronto para volver a contactarlos, ¿no crees? Lo mejor sería que te recuperaras.

—Ya no tengo nada que perder. Y necesito respuestas. En este momento soy más fuerte que nunca.

Su nodriza se abstuvo de seguirla tras haber escuchado el tono desafiante y fiero de su voz, con una inflexión firme que nunca antes le había escuchado. Prefirió buscar a la señora Moctezuma para anunciarle el recado de su hija. María abandonó su habitación caminando por la laberíntica trama de pasillos de la gran hacienda camino al patio abierto, al encuentro del tótem. Allí la esperaba como siempre, el gran monolito Moctezuma, la piedra de noche y luna que brillaba al ocultarse el sol. Aun era muy temprano para hacer lucir sus galas plateadas sobre su superficie negra, pero para María no había tiempo que perder. Se sentía poderosa y fortalecida gracias al dolor, como si su espíritu se alimentara del infortunio para elevarse hacia un estado sobrehumano al que pocos mortales logran acceder. Una energía familiar pero que fluía con mayor potencia de la acostumbrada se trasladaba desde su cerebro hasta sus extremidades, acelerando su corazón tal como lo corroboraba al sentir sus sucesivos y dispares latidos. Extendió sus manos al cielo y alzó una mirada suplicante, abriendo las palmas como si fuera una diosa madre encargada de sostener la bóveda celeste para así evitar su colisión contra la tierra. Procedió a cerrar sus ojos e inspiró profundamente concentrándose con todas sus fuerzas en la activación del tótem. Y para su sorpresa estaba lográndolo sin sentirse menguada durante el proceso. Las nubes oscurecían el sol, el cielo se nublaba y finalmente la luna cambiaba su curso. El cielo se oscureció. Nunca antes hubiera imaginado que su poder tuviera tales alcances. Abrió los ojos y casi incrédula esbozó una sonrisa. Un eclipse provocado por ella tenía el cielo en sombras. Una noche adelantada. Situó su mirada frente al tótem y este le correspondió con sus plateados relumbres a modo de guiño. Lo había despertado y la esperaba.

María caminó a su encuentro extendiendo sus manos ahora hacia al frente, como quien se dispone a dar un abrazo. Cerca, cada vez más cerca. El destello en su superficie iba y venía sin interrumpirse, cegándola. La llamaba por su nombre. Esta vez era María, solo María, y no Moctezuma. Le inquietaba aquella familiaridad poco usual por parte de los residentes del otro mundo. Como si fuera al encuentro de un amante, hacia la confirmación de un destino. Cerca, un solo paso. Sintió la piedra fría y lisa al contacto con sus manos. La rozaba levemente con sus dedos hasta que llevada por sus instintos la abrazó dándole la bienvenida a un dulce y nuevo trance.

Su espíritu se elevaba en el centro de un torbellino difuso de imágenes, palabras, rumores, acontecimientos y voces hasta que se encontró en la cúspide de una de aquellas pirámides sobre las cuales se habían impuesto sus antepasados que reinaban sobre el mundo. Una voz a sus espaldas la llamó.

—María, hija.

Al principio creyó que se trataba del gran Moctezuma pero al voltearse se topó con una sorpresa: era su padre, su verdadero padre, el colono terrateniente, el hombre corriente que nada tenía que ver con dioses y reyes pero que por amor a una mujer construyó un mundo posible para que no muriera su fe. Ella no supo qué decirle, mientras él se le acercaba lentamente. Y entonces la abrazó con un fuerte apretón mientras le susurraba al oído:

—Despierta a la luz y desecha toda sombra.

Abrió los ojos y se encontró arrodillada frente al tótem que había dejado de brillar. Ni rastro quedaba del eclipse. Tenía las respuestas que necesitaba, aunque no fueran las esperadas. La invadió una inmensa tristeza y se levantó enseguida, dispuesta a correr al encuentro de Guillén. Ahora lo comprendía así como él lo supo primero que ella minutos antes de que fuera apresado. Las únicas culpables fueron las sombras. Pero cometió un tremendo error y probablemente ya era muy tarde para repararlo.

El Virrey irrumpió como una furibunda tempestad al entrar al despacho improvisado del Inquisidor, quien se encontraba aclarando sus pensamientos antes de dirigirse a las mazmorras al encuentro de los prisioneros que esperaban por él. Lo tomó por sorpresa aquella interrupción violenta e irrespetuosa por parte de ese hombre que enseguida dijo a modo de anuncio:

—¿Qué está haciendo? Las cosas no se manejan así en el Virreinato.

El Inquisidor Felipe Méndez atajó enseguida sus ínfulas de superioridad:

—Le recuerdo que este Virreinato forma parte de un reino más grande, la Corona de España. Así como ese extenso reino es también menor al Reino de los Cielos que se erige por encima de todos nosotros. Usted comprenderá que hay jerarquías. Aunque su opinión es valiosa y bienvenida, mis asuntos poseen una autonomía propia y superior a la suya. No hay tal cosa como "una manera distinta" de manejar los asuntos. A usted le corresponden los asuntos de estado, pero a mí me ha sido encomendada la misión superior de velar por el estado moral del Virreinato y garantizar su integridad espiritual.

El Virrey trató de calmarse a medida que escuchaba aquellas palabras implacables sustentadas por un verbo confiado. No quería parecer un loco arrebatado por las pasiones, sobre todo al medirse con este hombre cuya serenidad era capaz de paralizar a cualquiera. Era tal su seguridad en sí mismo y en sus acciones, que ante su presencia cualquier otro hombre se sentía un súbdito a su servicio. No obstante quiso subrayar su autoridad.

—No es mi intención desconocer su elevada investidura y negar su poderío. A efectos de su competencia, evidentemente usted se encuentra por encima de mí. Pero el proceso a seguir para ajusticiar a culpables no debe diferenciarse mucho del de nuestras imperfectas y humanas leyes. ¿No deberíamos comprobar primero si los acusados son culpables después de que haya una acusación formal? ¿No merecen un juicio justo y transparente? Y posteriormente, si se ha comprobado la culpabilidad de los implicados, se aplicará todo el peso de la ley, en este caso la ley de Dios.

—Ah, señor Virrey. Pero así se está haciendo y así se hará. Ya hay una acusación formal. Ahora vienen los interrogatorios.

El Virrey tragó saliva sin saber qué decir a favor de Raquel y Guillén,

comprendiendo que estaba más desorientado que nadie sobre lo que estaba ocurriendo en su propio palacio de gobierno.

—¿Una acusación formal, dices? —preguntó el Virrey incapaz de ocultar su sorpresa—. ¿De brujería? ¿Puede ser posible?

El Virrey era un católico devoto poco dado a las supersticiones, que no le daba crédito a poderes infrahumanos interviniendo sobre la hechura del mundo. Un solo Dios bastaba para sostener cuanto hubiera de divino por encima de sus cabezas.

—Casi puedo leer sus pensamientos, Virrey —se aventuró a decir el Inquisidor— El problema con estos asuntos no es el poder que realmente ejerzan, que probablemente sea muy poco o nulo si lo enfrentamos a la grandeza de nuestro Dios, sino el efecto dañino que creerlo posible tiene sobre estas almas. Se convencen de que son asistidos por fuerzas oscuras que los pervierten. Y sea o no sea real la existencia de estos espectros malignos, de estos demonios moldeados por la noche (si bien hay que recordar que Dios expulsó alguna vez a los ángeles rebeldes del Paraíso, y por lo tanto pululan por la Tierra disputándose el alma de los hombres), su sola presencia en la consciencia de un hombre es suficiente para corromper un alma y perderla. La única purificación posible, en esos casos, es un bautizo de fuego que sacrifique el cuerpo pero que, en cambio, recupere el alma extraviada y la devuelva a la gracia perdida de nuestro Señor Creador.

—¿Es eso lo que ocurrirá con Raquel y Guillén? —preguntó el Virrey, palideciendo—. ¿Una hoguera?

—Oh, Virrey. No se preocupe tanto —susurró el Inquisidor, intentando calmarlo—. Así será solo si se comprueba su culpabilidad y confiesan que han cometido esos crímenes. Si son inocentes nada tienen que temer.

Ya más aliviado el Virrey respondió:

—Estoy seguro de que todo esto se trata de una confusión.

—Quizás, Virrey, quizás —terció el Inquisidor— Ya lo veremos. Iremos desentrañando este asunto con la exhaustividad que el caso amerita para que no quede lugar a dudas a la hora de dar un veredicto final. Nada como un buen interrogatorio a los ojos de Dios para verificar esa inocencia por la cual usted metería sus manos al fuego. Pero tenga cuidado de que no arda demasiado cerca la llama que no es capaz de ver.

Una mirada sanguinaria delató el rostro sombrío y cruel del Inquisidor. Para el Virrey su alivio duró muy poco al escuchar esas últimas palabras porque enseguida supo que Raquel y Guillén ya estaban condenados a la hoguera, sin importar cuán inocentes o culpables fueran realmente. A ese hombre no lo impulsaba el deber o la justicia, sino una sed de dolor humano enmascarada de propósitos divinos.

—No hay tiempo que perder— anunció el Inquisidor— Me espera no uno, sino dos interrogatorios. Puede acompañarme si así lo quiere. Pero debo advertirle: mejor absténgase si no posee un estómago lo suficientemente fuerte para soportarlo. A veces hay que tomar medidas drásticas para extraer la verdad. No exagero si le digo que será una tarde muy larga.

Capítulo 13

Su cuerpo amoratado y adolorido agradecía la calma absoluta. Recostada en el rincón de una celda, dentro de aquella pestilente mazmorra ubicada en los sótanos bajo el despacho del Virrey, Raquel se abrazaba a sus piernas, agotadas ya todas sus lágrimas. En ese mismo instante podrían estar torturando a su amado Guillén, del cual supo que se encontraba allí gracias a que el Inquisidor dejó escapar convenientemente esa información mientras la torturaba. No había transcurrido una hora desde aquel acontecimiento y, sin embargo, ya se sentía un suceso lejano en el tiempo. No olvidaba cada punzada, ni cada gota de sangre expulsada por su cuerpo, ya que el dolor no dejaría de recordárselo; pero en aquel instante un aura de extrañamiento la apartaba de su realidad. El dolor había inutilizado su cuerpo. La carne herida le dolía, pero el dolor ya no era insoportable debido al aturdimiento. Simplemente se desconectó, observando como un testigo lejano a aquella mujer maltratada que podría ser ella misma o cualquier otra. Algunas de las preguntas que hizo el Inquisidor resonaban como un eco repetido en su cabeza, al igual que las respuestas extraídas a la fuerza y tergiversadas de mil maneras distintas hasta que sonaran exactamente como él quería que sonaran, como palabras propias de un culpable.

—¿Adoras a Satán como tu señor? ¿Has renegado de la fe a Cristo? ¡Confiesa, bruja!

—No sé de lo que hablas. Soy inocente.

Una pinza apretaba sus dedos y luego el Inquisidor con su pulso firme y sin concesiones daba un corte certero que arrancaba la uña sin cortar la carne. Una escisión dolorosa que le hacía soltar inmediatamente un grito capaz de compadecer hasta la misericordia de un dios, excepto apelar a la compasión de aquel hombre tan acostumbrado a la sangre y la violencia. Felipe Méndez era menos que un hombre y más que un monstruo. A sus ojos la carne humana no era otra cosa sino alimento para las hogueras que amaba encender. En sus manos nadie quedaba sin un castigo. Aunque presumiera la solidez de su fe convenientemente olvidaba el concepto cristiano del perdón. Que los perdone Dios en su grandeza, se decía a sí mismo y luego a sus prisioneros indicándoles con estas palabras que no había forma alguna de pacto.

—¿Has hechizado a ese hombre?

—¿Cuál hombre?

—Guillén de Lampard. Él también espera por mí.

—No le hagas nada. ¡Él no tiene la culpa!

—¿Confiesas entonces que tú la tienes? Que lo has hecho víctima de tus embrujos...

—¡No! ¡Es ella! ¡María Moctezuma es la única bruja! Ella nos ha acusado.

Entonces él le daba una bofetada. No le interesaba que tuviera razón. Ya habría tiempo para ocuparse de aquella otra mujer. En aquel instante quería la confesión exacta, la que dejara constancia de que tanta violencia se hacía en el nombre de algo bueno y luminoso. Entonces acercaba la pinza al lóbulo de su oreja y de un tajo lo extirpaba. Crecían los gritos y las lágrimas se vertían sobre la sangre derramada.

—¡Te espera la hoguera! ¡Y a tu amante!

—¡No! ¡No lo hagas! Yo lo amo.

—Confiesa y quizás Dios los perdone. Confiesa y arrepíentete. Ese es el único camino hacia la salvación. Solo la verdad te hará libre. No condenes tu espíritu del mismo modo en que has dañado tu cuerpo. ¡Mira lo que has hecho de ti! Peores cosas le ocurrirán a tu alma si Dios no es testigo de tu arrepentimiento.

De nada servía contradecirle. Aun recordando aquel diálogo sabía que no importaba lo que dijera, hasta no haber dicho lo que él esperaba escuchar. Había

trazado su desgracia desde que pisara aquella mazmorra. No, su mala fortuna era anterior a su detención, e incluso antes de aquel roce pasional con el hombre al que amaba. La fatalidad entró a su vida el día que Guillén de Lampard llegó a su casa acompañada por la esposa del Virrey y comenzó aquella amistad. Nada podía hacer para revertirlo. Eso era el destino, una inevitabilidad de la cual apenas somos conscientes. No le quedaba sino representar su tragedia hasta el final. De cualquier manera ocurriría lo que tendría que ocurrir. Era mejor saberlo. Fue entonces cuando su voluntad rendida dijo como si fuera una exhalación:

—Sí, ha sido mi culpa. Y me arrepiento.

El Inquisidor alzaba sus ojos al cielo por este nuevo triunfo en nombre de su Dios.

—Que comience el camino hacia tu salvación. Que el fuego tenga la última palabra.

Capítulo 14

Desde que fue consciente de su existencia y de sus búsquedas, Guillén de Lampard siempre tuvo la sensación de que un destino glorioso se le servía en bandeja de plata. Aun siendo el quinto hijo de siete hermanos todos en su familia lo respetaban y lo alababan como el niño más brillante y valiente de la familia. En la escuela se destacó como pocos con un gran talento para la oratoria, de la cual se valía para ser el líder de todos los niños de su edad con los que convivía. Aunque su familia no tenía una gran fortuna, vieron en el joven Lampard una oportunidad de oro y lograron matricularlo en una universidad de Inglaterra. Guillén creció con la idea de que Irlanda debía ser un país libre y para él la oportunidad de ser un estudiante irlandés recibiendo educación inglesa representaba la oportunidad de conocer a su enemigo en su propio terreno. En ese sentido, sus modales, su acento y hasta su forma de cortejar se transformaron. Se volvió más inglés que los ingleses y fue considerado inglés en lo sucesivo adonde quiera que llegara posteriormente. Parte de su venganza, la que fraguaba durante años, era moldearse a imagen y semejanza de su enemigo para luego derrotarlo con sus mismas armas. Como lector de la tradición literaria, pensaba en sí mismo como el caballo de madera lleno de griegos que entró en una Troya ya segura de su victoria. Soñaba en convertirse un día en el libertador de su tierra y reclamar su importancia en el universo. Pero a pesar de sus delirios de radiante grandeza el destino o cualquier causa ordenadora superior a nosotros, tenía otros planes haciéndole seguir caminos completamente inesperados y nunca antes soñados para él.

Las circunstancias le obligaron a huir de Inglaterra cuando su nombre estuvo implicado en algunas reuniones conspiratorias en contra de la Corona inglesa y huyendo como pasajero encubierto rumbo a España, una nueva vida lo esperaba. Una vida frívola que desarrolló su actitud picaresca y seductora. A diario cortejaba mujeres quienes rápidamente quedaban encantadas por sus elogios cargados de poesía y su ardiente mirada capaz de desnudar sin valerse de sus manos. Sin embargo, a pesar de todas sus conquistas su corazón nunca se comprometió demasiado. Creía que el amor era una enfermedad pasajera de poetas y pensadores, un malestar que no aquejaba a los hombres de acción como él. Porque los hombres como Guillén piensan en el mundo como un campo de batalla soñando la corona que lucirán luego de que lideren los ejércitos que los lleven a la victoria. En el fondo, su ambición no era la libertad de su tierra, sino la obtención de un poder capaz de ubicarlo en una cima lejana por encima del resto de los mortales. Cima oscura y solitaria, pero completamente suya.

No obstante, a pesar de las ligerezas, seguía rumiando ideas poderosas y justas al margen de sus propias contradicciones. Siguió involucrándose en tertulias rebeldes donde buscaba la mejor oportunidad para soltar discursos incendiarios que encendían corazones y arrancaban aplausos. Siempre supo qué decir y cómo decirlo. Su verbo, seguro de su audiencia, escondía el secreto de la sujeción. Fue en aquel tiempo que un duque de Castilla se encandiló por sus palabras y le habló de sus planes: arribar al Nuevo Mundo y crear allí un ejército que pusiera de rodillas a la Corona. Era una tierra grande y llena de oprimidos a los que les faltaba un líder que les abriera los ojos. El duque vio en Guillén ese líder y conseguida la gracia de la Corona ignorante de sus verdaderos planes, le pidió que lo acompañara para que juntos emprendieran una nueva conquista. El excéntrico duque vivía solo y sin sirvientes para evitar habladurías. Ya todo estaba previsto y unos días antes de que zarpara el barco, Guillén encontró al duque muerto y desnudo en su casa con una copa de cristal en su mano. Alguno de sus amantes traicioneros lo había envenenado. Guillén procedió a ocultar el cuerpo enterrándolo en su jardín, sin saber muy bien por qué lo hacía pero temiendo ser

señalado como presunto culpable. Y abandonó el palacete del duque con la carta de recomendación del rey bajo el brazo. Pasaron los días y nada se dijo del duque. El barco zarpó sin que nadie preguntara por el duque, con un Guillén seguro de su nuevo personaje amparado por aquel real salvoconducto. Comenzaba así una nueva fase de su vida como impostor.

¿Quién hubiera podido imaginar que tras varios y diferentes caminos acabaría cautivo en una repugnante mazmorra y torturado por aquel fanático Inquisidor? ¿Quién podría haber asegurado que el mujeriego indiferente acabaría con un cuerpo herido y sangrante a causa del amor? El Inquisidor Felipe Méndez invertía todos sus mecanismos de coerción contra Guillén, ya no tanto con el interés de buscar una respuesta sino por la satisfacción de hacer algo solo porque podía, solo porque quería. Guillén soportaba cada golpe sin emitir un grito, lo cual encendía la furia del Inquisidor, quien no toleraba una víctima que no se pusiera de rodillas rogando por la clemencia de un Dios. Y ante cada pregunta, Guillén daba la misma respuesta:

—Yo soy el Diablo que buscas.

Pero el Inquisidor Felipe Méndez no cejaría en su empeño de escuchar la confesión que buscaba. Unas palabras claras y definitivas que pudiera usar en contra de quien quisiera, unas palabras que no dejaran dudas sobre sus métodos ni sobre los objetivos llenos de gracia que fundamentaban su oficio. Después de Dios, el Inquisidor tenía la última palabra. Así que procedió a atacarlo con unas pocas palabras que le cayeron a Guillén como una saeta envenenada.

—Señor Lampard. No me obligue a interrogar a la señorita Moctezuma para encontrar una verdad.

Guillén con el rostro compungido y cubierto de sangre lucía irreconocible. Temblaba de ira callando maledicciones contra aquella voluntad que lo vencía con la parsimonia de sus palabras. No le quedaba sino hablar. Lo que sea para salvarla. Aunque ella no lo mereciera. Tras una severa tos alcanzó a contestar:

—Descuide, Inquisidor. Le daré la verdad que quiere escuchar.

El Inquisidor Felipe Méndez suspiró satisfecho. Otra batalla ganada, otra alma salvada.

—Obras bien. Dios te escucha.

Antes de declarar su confesión, Guillén se retractó en su interior pensando: “sí, lo merece; por ella todo vale la pena”.

Capítulo 15

El cielo amaneció nublado y ocultando la majestad del sol. Dos hombres, soldados retirados que desempeñaban pequeñas labores en el palacio de Gobierno para no caer en la trampa de la inutilidad, llevaban y traían paja, organizándola con cuidado en torno a dos grandes postes de madera. Hacía unos días habían cortado los árboles que hoy veían transformados en una barra vertical para rostizar carne humana. ¡Vaya ironía!, pensaban, matar a un árbol para quemar a un hombre. ¿Acaso no había mecanismos más rápidos para eliminar a un hombre? Dos soldados como aquellos no entendían lo que ese tipo de ajusticiamientos representaban. ¿Dios no debería estar por encima de los asuntos de los hombres? ¿No es soberbio pensar que somos tan importantes como para merecer su castigo? Quizás Dios tenga cosas más importantes que atender. Para ellos valdría un tiro de gracia o una soga al cuello, sin tantos preparativos. Porque cuando se trata de matar a alguien no se deberían hacer muchos preparativos. Era una cosa cruel convertir un acto de justicia fatal en una ceremonia que exija preparativos. Pero así se comportaban esos hombres que se convertían en autoridades capaces de interpretar los designios de Dios en la tierra, como jueces y verdugos que veían redención en la carne purificada a través del fuego y transformaban la fuerza interior del Mal en una causa que favorecía el Bien.

Los dos hombres habían terminado su labor y contemplaban las dos hogueras apagadas con oscuras reflexiones surcando sus pensamientos, no demasiado acostumbrados a razonamientos profundos o tristes. Sin embargo, en aquel instante, la imagen de un futuro ya decidido se instaló en ellos como una amarga visión que difícilmente podrían desechar. Ante una visión de muerte los vivos se sienten más vivos, pero también sienten la incomodidad de que esas vidas parecen distorsionadas y excesivas confrontando una fragilidad que pronto los alcanzará. Quizás no con esa misma violencia, quizás sin tanta pompa, pero eventualmente llega la hora definitiva y solitaria. A la muerte vamos despojados de toda esperanza, pero acostumbramos a olvidarlo hasta que suceda. Dos hogueras representaban el monumento para dos vivos que ya se contaban entre los muertos. Ni un milagro podría salvarlos. ¿Y acaso era posible que el mismo Dios por el cual se dictaba la culpa que los sentenciaba a muertes interviniera a favor de ellos? Y, sin embargo, el cielo oscuro y abundante de nubes en plena mañana le llevaba la contraria a quienes veían en aquellos veredictos un aval divino.

Uno de los hombres, el más joven, prefirió romper el silencio como quien interrumpe un llanto soltando una carcajada.

—No parece el mejor día para encender un fuego.

El otro soldado retirado, más viejo y reflexivo, agregó:

—Pero quizás Dios espera por ellos y este cielo es su respuesta. Ha ensombrecido su sol en honor a esos dos desdichados.

El soldado joven guardó silencio por un momento, sin saber muy bien cómo reaccionar ante ese comentario. Carecía del ánimo poético necesario para comprender temas trascendentales. No obstante la idea de la muerte le angustiaba mucho, aunque fuera la de dos personas ajenas. Debido a esto prefería acomodar su percepción a razonamientos simples y directos, que no profundizaran mucho en la comprensión del horror que lo embargaba ante una visión como esa. Finalmente se decidió a responder:

—Menos mal que no estaremos presentes. Debe ser doloroso.

El soldado viejo lanzó un suspiro.

—Es extraño pensar en eso. Debe ser demasiado largo y doloroso. ¿Con qué propósito?

—Dicen que es la única manera de salvar sus almas.

—Si la salvación es tan costosa, ¿quién la querría?

El soldado joven se asustó al escuchar tales declaraciones por parte de su compañero.

—Mejor no hables muy alto. Podría sonar a...

—¿Blasfemia? —atajó el otro enseguida—. ¿No te das cuenta de que hace unos meses esas cosas no importaban?

—¿A qué te refieres? —preguntó el soldado joven y asustadizo.

—Antes vivíamos en paz sin pensar en brujas y hogueras para salvarnos del pecado. ¿Acaso no vamos a la Iglesia todos los domingos? ¿No conoce el viejo párroco nuestros pecados bajo secreto de confesión? Y hemos pagado con oraciones y rosarios cada una de nuestras penitencias. Y cuando se trata de un crimen para eso están los jueces y la ley para acusarnos o defendernos según nuestra culpa o inocencia. Quizás no sea el sistema más perfecto, y a menudo se cometan injusticias, pero no veo el rostro de la justicia en tanta crueldad. En mi casa tenemos una criada indígena y a veces nos cuenta las leyendas y costumbres propias de su pueblo para entretenernos, la vida que esa gente tenía antes de que nosotros llegáramos. Hubo un tiempo en que estas tierras salvajes adoraban dioses hechos de sombra y noche sedientos de sangre. Dioses que reclamaban sacrificios en sus altares. A los enemigos de guerra se les conducía hacia mesones de piedra y se les rebanaba el cuello a pedradas. Era un acto brutal, largo y con el único propósito de que un dios que no veían se sintiera satisfecho. Nosotros traemos la luz a estas tierras para acabar con tamaña barbarie. Tenemos nuestro Dios crucificado en un madero. No soy un hombre profundamente devoto y conozco mis muchos pecados, pero creo en lo que ese sacrificio representa. Ese solo sacrificio bastó para que todos estemos a salvo. Pero en este momento, cuando veo esas dos hogueras no parecemos muy distintos de esos reinos violentos ya desaparecidos.

El soldado joven se sentía confundido tratando de asimilar tantas ideas que jamás hubiera imaginado. Sentía sus pensamientos como cerraduras oxidadas tratando de abrirse sin éxito. Respondió casi como un balbuceo:

—Que Dios los perdone y los tenga en su gloria.

El Virrey esperaba en su despacho la llegada del Inquisidor Felipe Méndez anunciándole que ya todo estaba dispuesto para llevar a cumplimiento la condena establecida según las ordenanzas del Santo Oficio. Con una mirada fija en el techo trataba de mantener su mente en blanco para no atormentarse con todos los pensamientos que lo asediaban sin cesar desde que Guillén y Raquel fueron apresados. Había esperado fuera de las celdas mientras transcurrían los interrogatorios, consciente de que no podría soportar la visión de aquellos dos conocidos a los cuales estimaba siendo maltratados hasta volverse un costal de carne y sangre. Así eran los métodos del Santo Oficio cuando ya había una acusación directa y oponerse a ello implicaría en el peor de los casos ser considerado cómplice de los culpables si el Inquisidor así lo infería. Irremediablemente estaba atado de manos y cuando escuchaba los gritos, alaridos y súplicas de Raquel, o los jadeos, gemidos ahogados y maldiciones de Guillén no cabía en sí de tanto malestar. Le afectaba profundamente aquel atisbo de horror que su oído alcanzó a escuchar. Pero sobre todo le carcomía la impotencia ante el destino fatal que les esperaba, no solo a aquellos dos jóvenes sino a todo el Virreinato bajo la sombra de la Inquisición.

Su esposa había cesado de hablarle cuando ya era definitiva la sentencia en contra de Raquel acusada de brujería y blasfemia, acusándolo de cobarde por no hacer nada para detener tan terrible circunstancia. La madre de Raquel se arrodilló ante él

rogando que salvara a su hija del fuego, pero ¿qué podía hacer? Su esposa no comprendía lo que representaría rebelarse en contra de un hombre investido por el Papa y avalado por la Corona. Intentó explicárselo pero ella evitaba su mirada reafirmando su postura en contra de su debilidad. Pero, no se trataba de debilidad sino de inteligencia. El Santo Oficio tenía plena autonomía por encima de cualquiera y solo el Rey o el Papa tenían el poder para interceder en casos como estos y revertir un veredicto. Quizás si la joven Moctezuma confesara haber mentido, todo se solucionaría, pero se encontraba desaparecida. Tanto su madre como su nodriza la habían declarado desaparecida, en incluso al Inquisidor le preocupó esta ausencia ordenando que fuera encontrada y llevada a su presencia apenas reapareciera tras haber revisado toda la hacienda Moctezuma acompañado por el propio Virrey y una cuadrilla de soldados. Pero ni siquiera esta sospechosa desaparición podía ser considerada como prueba suficiente para invalidar las acusaciones en contra de Raquel y Guillén. Las cartas ya estaban barajadas y el juego había comenzado. No quedaba sino sentarse y ser testigo de la voluntad del Inquisidor Felipe Méndez alzándose como una autoridad a temer en los meses sucesivos. Aquel primer “acto de justicia” en el corazón del Virreinato inauguraba un nuevo Reinado de horror y oscuridad en el nombre de un propósito peligroso de purificación. La fe se convertiría en escudo y espada de la integridad espiritual del continente para gloria y gracia de los Reyes Católicos de España. El Inquisidor Felipe Méndez no solo se aseguraría de asegurar la solidez del catolicismo en el nuevo continente sino también de dar debida cuenta de sus reportes sobre la gestión del Virrey y otros funcionarios de poder. Un mal reporte destacando falta de colaboración o desacato a la autoridad de un Inquisidor acarrearía consecuencias inmediatas y con toda probabilidad una inmediata destitución.

El cúmulo de sus reflexiones fue interrumpido por la intempestiva entrada del Inquisidor Felipe Méndez anunciando la consabida hora.

—Ya todo está listo.

Al Virrey, quien había reflexionado largo tiempo, se le ocurrió algo que quizás podría representar una vía de escape para retrasar aquel trance.

—Llevo largo rato pensando y creo que deberíamos posponerlo.

El Inquisidor alzó una ceja dubitativa.

—Después de un proceso transparente y cuando ya los acusados han confesado sus pecados, corresponde lo que demanda la ley de quienes comparecen bajo el tribunal del Santo Oficio. Sus almas esperan por ser salvadas. ¿Qué podría ser tan importante o definitivo para atrasar el curso natural del deber, señor Virrey?

El Virrey inspiró profundamente armándose de valor, confiando en su defensa.

—El señor Guillén de Lampard es un enviado de la Corona. Deberíamos esperar un reporte del Rey. Temo que como Virrey luego se me acuse de no haber procedido con cautela tratándose de alguien tan importante.

—No se preocupe, Virrey —respondió el Inquisidor enseguida—. Entiendo sus dudas y son perfectamente comprensibles.

—Entonces, procedamos de esa manera —respondió el Virrey esperanzado—: Yo mandaré una misiva urgente explicando la situación. Entretanto podemos esperar. Y es mejor que se ejecute la sentencia para ambos acusados al mismo tiempo por si acaso la Corona quiera hacer sus propios interrogatorios. Luego, si la muchacha Raquel está muerta para entonces, se podría complicar la transparencia del juicio contra Guillén y encontrar en ese cabo suelto una vía de escape.

El Inquisidor mostró una sonrisa confidente que combinaba con un brillo entusiasta en sus ojos. Era el rostro de un demente iluminado por sus propias convicciones, seguro de sus verdades y un verbo condescendiente dispuesto a explicarse con aquellos que no lo comprendían. Puso sus manos sobre los hombros del Virrey, con un

tono animado.

—¡Ah, Virrey! ¡Es usted un hombre tan precavido! Nada se le escapa. —El Virrey disimuló su suspiro de alivio, luego el Inquisidor le dio unas palmaditas con su mano en el rostro aconsejándole—: Pero no deje que su compasión le obnubile la razón. Lo justo es lo justo, por mucho que duela. Como siempre, yo estoy un paso por delante de usted.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Hay algo que yo no sepa?

El Virrey supo que su esperanza estaba a punto de ser destrozada cuando el Inquisidor le dio la espalda, mientras le anunciaba con un tono severo:

—No hay que preocuparse por las represalias de la Corona. De cualquier manera sería apresado y condenado a muerte, por otras razones. Olvidé decírselo, porque no era una cuestión relevante para este caso. Pero sepa usted que ese hombre lo confesó todo. Quizás usted comenzaba a estimarlo como un amigo pero nunca fue lo que decía ser. Todo este proceso me ha tenido muy ocupado y lamento mucho no haber aclarado antes su confusión, señor Virrey. Pero le informo que todo este tiempo ha convivido con un impostor.

Guillén de Lampard y Raquel Rocalla eran conducidos a sus respectivas hogueras frente a una multitud confundida y expectante. Era la primera vez que cada uno de los presentes asistía a un proceso como ese, donde la curiosidad se mezclaba con el pavor y una sensación de irrealidad recubría el ambiente como si se tratara de un aura espectral. El cielo no había mejorado y dibujaba la estampa futura de una tempestad. Guillén evitó cruzar su mirada con la de Raquel mientras ella lo miraba de soslayo esperando un gesto de compasivo reconocimiento por la desgracia compartida. Solo vieron la cara conocida del Virrey precedido por el Inquisidor quienes lo esperaban en la tarima improvisada sobre la cual habían puesto las hogueras. Ni la esposa del Virrey, ni la madre de Raquel ni un miembro de la familia Moctezuma se encontraban presentes. Guillén buscaba desesperado y sin éxito el rostro de María en el medio de la multitud, carcomiéndole el alma saber que moriría sin haberla visto por una última vez ni haber rogado por su perdón.

A medida que era conducido hacia su hoguera, la única emoción que lo embargaba era la impotencia de no poder cumplir su última voluntad de verla, besarla y amarla una vez más. Ya no le importaba morir porque sabía que ese era el único modo de salvarla a ella de sufrir un destino semejante. Merecía aquel castigo por haber traicionado el único y más grande amor de su vida. Pensó que quizás nunca nos condenan por nuestros verdaderos crímenes, pero al final el destino se asegura de hacernos pagar nuestras deudas y recibir los castigos que merecemos por las vías más inesperadas. En ese instante Guillén comprendía que toda su arrogancia y todos sus sueños de grandeza se desvanecían como humo y cenizas aun antes de que la hoguera se encendiera a sus pies. Nunca se había sentido tan vivo y determinado como en aquel momento, seguro ya de ir al encuentro con la muerte. Porque le bastaba haber amado y haberlo sabido. Gracias al amor que sentía por María su consciencia despertó al mundo. Porque eso es lo que hace el amor en el corazón humano, lo transforma para siempre hasta trastocar sus más mínimas seguridades. Y ahora que se encontraba en el umbral que antepone la vida frente a la muerte, ese mismo amor lo acompañaría en el amargo trance. Porque el amor trasciende a los vivos y redime a los muertos. Solo deseaba poder verla una última vez. Atado a la hoguera observaba las caras enmudecidas por la sorpresa. Aquello parecía un teatro y él era el protagonista, el acto principal, encarnando su personaje de la mejor manera posible para darles a todos esos ojos curiosos la anécdota de un espectáculo nunca antes visto y escuchado.

¡Cuán raro debía ser aquello! Al igual que él, probablemente nadie en aquel lugar, a excepción del Inquisidor, habrá visto alguna vez a un hombre ardiendo hasta que sus huesos se chamusquen hasta el polvo.

¿Dolerá horriblemente hasta el final o en cambio, llegado un momento, perdería la capacidad de sentir? ¿Gritaría hasta quedarse sin voz o moriría antes asfixiado por el humo? ¿Cómo será el aspecto de un cadáver chamuscado, o solo barrerían las miserables cenizas que nadie creerá que alguna vez formaron parte de un cuerpo? ¿Despertaría a otra vida esperando que María lo reencuentre gracias a su don? Le reconfortaba enormemente pensar en que inevitablemente María hallaría su espíritu gracias al poder de su Visión, y entonces su ser fantasmal tendría la oportunidad que en los últimos segundos de su vida le fue negada: escuchar de nuevo su voz y decirle que siempre la amó, y que ni siquiera la falta de un cuerpo le impedirá seguir amándola, porque su amor será eterno, ya sea que se encuentre en este mundo o en el otro. Pudo observar que el Inquisidor se acercaba hasta él alzando una antorcha sin encender. El déspota siempre seguro de sí mismo se desenvolvía con una sobriedad envidiable, apoyado en gestos voluntariosos y verborrea elocuente. Incluso siendo emisario de muerte y horrores, irradiaba un carisma al que no ensombrecía su oscuro proceder. Lanzó una mirada indescifrable a los dos acusados ya atados en sus respectivas hogueras para luego situarse frente a la audiencia dispuesto a entretenerla como un maestro de ceremonias que se dispone a presentar el gran acto de su aparatoso espectáculo. Había llegado la hora de sorprenderlos y atemorizarlos, indicarles el camino recto mostrándoles un ejemplo de justicia divina en sus manos.

—Probablemente esto sea nuevo para los aquí presentes. Siempre hay una primera vez para todo. Pero solo hay una única y decisiva oportunidad para el arrepentimiento antes de que Dios, a pesar de toda su misericordia, sea testigo de la perdición de aquellos que obran motivados por el pecado, creyéndose libres de todo castigo. Algunas faltas son demasiado graves, incluso si el pecador doblegado por la gracia del Altísimo implora perdón con verdadero arrepentimiento. No es suficiente. Es entonces cuando se le exige al alma una prueba irrefutable de ese arrepentimiento: su paso por el fuego. Los acusados aquí presentes se han rebelado contra la creación invocando fuerzas oscuras y antiguas ajenas al Dios que nos observa. Fuerzas demoníacas prohibidas en su Reino de los Cielos. Tanto la perpetradora de estas magias inadmisibles en tierras consagradas en el nombre de Cristo como su hechizado amante poseso, se han embriagado durante demasiado tiempo por el efecto de estas sombras aborrecibles expulsadas del Paraíso. Atados por la lujuria esto los ha llevado a cruzar límites que traspasan cada uno de los pecados considerados mortales por la ley de nuestro Señor. Se han sobrepasado y han desobedecido las palabras del Gran Libro. No obstante, no todo está perdido porque en la viña del Señor siempre hay lugar para el perdón. Dejaremos que el fuego sane sus faltas y sirva como un vehículo que transporte sus almas al seno clemente de nuestro Dios. Y que al resto de los aquí presentes les sirva de ejemplo. Porque a partir de ahora yo no descansaré hasta que estas tierras se conviertan en un ejemplo de virtud que rivalice incluso con España a razón de su integridad espiritual. Porque todos somos esencialmente buenos, pero necesitamos que nos lo recuerden.

Finalizado su discurso el Inquisidor acercó la antorcha al fuego de una lámpara que avivaban a cierta distancia de los acusados y enseguida su fuego cubrió toda la extensión de la madera. El Inquisidor se acercó primeramente a la hoguera de Guillén y la encendió, y la víctima pudo notar cómo aquel hombre disfrutaba ese momento como un niño en sus horas de juego. El fuego se extendía con rapidez y Guillén tosió enseguida. Cuando el Inquisidor procedió a acercarse a la hoguera de Raquel, retumbó un trueno. Algunos de los presentes gritaron creyendo que era la bruja atada al poste quien hacía uso de sus fuerzas para detener el cumplimiento de su condena. Mientras

el fuego ya comenzaba a cernirse sobre él, Guillén tuvo un presentimiento al escuchar ese trueno. Ansioso rebuscó entre la multitud congregada esperando que su mirada se topara con el rostro anhelado. Y finalmente la vio. Su María estaba allí embozada y semiocultas extendiendo sus manos al cielo.

Y entonces llovió. Como antesala para un diluvio gruesas gotas caían sobre la multitud y las hogueras apagando todo fuego. El Inquisidor retrocedió viendo cómo su antorcha era mermada por la presencia indetenible de la naturaleza. Animado por una fuerza extraña, Guillén sintió cómo las cuerdas que lo ataban cedían solas. La oportunidad se le presentó servida a su disposición para ser tomada de inmediato y sin consideraciones extra. Era ahora o nunca y junto a ella, el tiempo perfecto para huir.

Raquel Rocalla estaba descansando en el piso de su mazmorra como si se tratara del de su habitación, inmersa en un plácido y cómodo sueño. Fue despertada sin miramientos por unos soldados que le proporcionaron ligeros puntapiés. El atronador "despierta bruja" con el que irrumpían en su celda la extrajo de su descanso profundo trayéndola de vuelta a su oscura y mohosa realidad. Se daba cuenta de la corporeidad de su desgracia a medida que iba menguando la confusión propia de quienes despiertan de golpe. En aquel violento despertar se le presentaba palpable y evidente lo exagerado de su miserable situación ¿Cómo era posible haber llegado hasta los límites de una circunstancia tan funesta? ¿Por qué, de repente, su propia vida se rebelaba en su contra y se le hacía tan adversa? En menos de una hora su vida quedaría reducida a las llamas de un fuego arbitrario, a merced de un castigo excesivo en su ejecución. Pues tal le parecía que la vida era así de cambiante y contradictoria, un mal chiste contado casi por descuido a unos espectadores olvidadizos.

Camino a la hoguera Raquel no se detuvo a observar a quienes esperaban el espectáculo de su cuerpo ardiendo en llamas. Quizás sus padres estarían en algún rincón llorando la mala suerte de su hija, o en cambio, tal vez permanecieron en casa planeando una huida inmediata hacia una tierra lejana donde dejara de perseguirlos el escandaloso rumor de su hija pecadora. Poco le importaba presenciar aquellos rostros en el transcurso de su amarga hora. Solo esperaba que el asunto se llevara a cabo cuanto antes y sin inesperados retrasos, como si se tratara de un compromiso obligado que hay que cumplir antes de reanudar otras tareas pendientes y mucho más importantes. A lo largo de su corta y joven vida se había concedido muy pocos instantes para reflexionar sobre la muerte. Los cristianos acostumbraban a creer que según sus acciones de vida y su nivel de arrepentimiento por las faltas cometidas sus almas descansarían en un Paraíso custodiado por ángeles y sufrirían una eternidad en el Infierno habitado por horripilantes demonios. Pero para los judíos, la visión de la muerte era mucho menos grandilocuente a favor de una visión austera en su desesperanza: una gran tiniebla llamada Sheol era el hogar donde se albergarían todas las almas mientras sus huesos permanecieran en la Tierra. Almas que vagarían como sombras en un mundo que nunca coincidiría con el de los vivos. Luego esa sombra se desvanecería para siempre, cuando el último residuo de hueso fuera tragado por el tiempo y el olvido, sin importar cuán grande o pequeña hubiera sido su huella en el mundo del cual alguna vez formó parte. Aquella visión de una gran tierra poblada por sombras se le antojaba mucho más coherente e incluso le recordaba a ese reino de las sombras que María contactaba. Porque Raquel presentía que ninguna vida era lo suficientemente importante como para justificar una oportunidad de hacerse eterna a los ojos de Dios.

Mientras la ataban a la hoguera, escrutaba al rostro de Guillén que no apartaba su mirada ansiosa de las multitudes que los veían. No se había dignado a verla desde que

sus caminos se cruzaron en la caminata fatal hacia las hogueras en las cuales ya podía olerse el residuo chamuscado de sus nombres pereciendo en los registros de la historia. No era que esperara una mirada de complicidad o disculpa, ni mucho menos de correspondencia a sus sentimientos. Solo quería ser vista por última vez por los ojos que tanto amaba. El Inquisidor caminó al frente exhibiendo una antorcha apagada como si se tratara de un estandarte con el cual comandaba los ejércitos invisibles de unos heraldos tan negros como la muerte y la noche, con la única misión de arrasarse el mundo como una peste silenciosa sin un atisbo de misericordia. Y por primera vez durante esas horas de espera por el inevitable destino que ya conocía sintió un pánico profundo calándole los huesos como un escalofrío. Moriría y nadie podría impedirlo. Moriría y nadie la lloraría. Moriría vista como una culpable merecedora de tan horrible condena. Moriría sin que el amor le devolviera su mirada. Ardería lenta y dolorosamente hasta su desvanecimiento. El fuego también consumiría sus huesos barriendo con su llama cada pequeña porción de su actual existencia. Unas últimas cenizas quedarían disueltas en el viento, esparciendo la prueba de su inútil tránsito por este mundo maldito. Significaba entonces que pasaría de largo por el Sheol para extinguirse definitivamente. Pensar en esto se le antojó como un final dichoso. Llegaría a la paz como quien toma el atajo hacia un reino dorado nunca antes buscado.

El Inquisidor había acabado de emitir su apasionado discurso que ella no se interesó en escuchar, y ordenó que su antorcha se encendiera de inmediato. Sí, había llegado su hora y tomaría el primer turno. Como un alivio ya sentía la inminente llegada de la paz. El reconfortante pensamiento invadía su cuerpo hasta haber expulsado todo rastro de miedo de su alma por completo. El Inquisidor se plantó frente a ella con su mezquina sonrisa, y con una leve inclinación de cabeza hizo un movimiento descendente con la mano que sostenía su antorcha para prender la hoguera a la que atenazaba en su centro. Y comenzó a arder enseguida la llama de un fuego inclemente, lamiendo el rastro de paja y madera que lo conducía hasta sus pies. La muerte, sí, finalmente la muerte extendiéndose sin prisa como un lento abrazo de despedida. En algún punto de su consciencia sentía dolor y gritaba, pero su alma ya descansaba a destiempo en el pensamiento de paz que la había ocupado minutos antes. Pero entonces algo extraño ocurrió. Se sintió tentada, por primera vez desde que fuera conducida a la hoguera, a observar los indolentes testigos que aplaudían su muerte. Su mirada se encontró con la presencia innegable de María del Carmen Moctezuma, quien alzando sus brazos en dirección al cielo, reunía las fuerzas necesarias para la ejecución de un prodigio. Raquel alzó su mirada al cielo preparada para el cumplimiento de la maravilla. Retumbó un trueno tras el cual se precipitó una lluvia abundante y ruidosa. El fuego se apagó inmediatamente y la gente corrió desesperada gritando:

—¡Han enojado a la Bruja! ¡Corran por sus vidas!

Raquel situó de nuevo su mirada en dirección a María y se topó con sus ojos fijos en ella. Pudo sentir que una fuerza superior a ella desataba sus cuerdas y la separaba del poste férreo de la hoguera, que se desplomó inmediatamente a sus espaldas. El Inquisidor y sus soldados habían tropezado en el medio de la confusión y trataban de levantarse lanzando gritos inarticulados que demandaban no permitir que los prisioneros se escapasen. María le correspondió con una sonrisa de despedida y supo que todo estaba perdonado entre ellas. Luego pudo ver cómo Guillén corría en dirección a su Reina Moctezuma, cómo la abrazó y la besó antes de proceder a una pronta huida corriendo como dos locos enamorados juntos e inseparables hasta el fin del mundo.

Los padres de Raquel no habían dormido en el transcurso de una semana atormentados por la idea de que su hija única moriría quemada en una hoguera dejando un registro permanente de terribles acusaciones que caerían como una mancha desgraciada e imborrable sobre el apellido familiar. El Virrey les había advertido que el Inquisidor iniciaría una investigación contra ellos y que seguramente acabarían desterrándolos del Virreinato a causa de la religión que profesaban. Decidieron que lo más conveniente era no presenciar aquel horrendo acto, y aunque se tratara de una elección cobarde, ya nada podrían hacer para salvar a su hija. Además, ¿con qué cara enfrentarían la mirada acusadora y suplicante de su hija reclamándoles su inacción? ¿Cuál sería el propósito de hacer más amargo el calvario que pesaba sobre todos? El padre de Raquel lamentaba, por encima de cualquier otra cosa, no haber tenido ocasión de despedirse de su hija, mientras que su esposa repetía una y otra vez que el infortunio los perseguiría para siempre hasta que el terrateniente judío le diera una fuerte bofetada a ella indicándole que reaccionara, que se preocupaba por menudencias, que su hija estaba a punto de morir y que jamás volverían a verla. Ambos lloraron desconsoladamente y abrazándose acabaron rendidos por el cansancio durmiendo en el salón de visitas de su casa, esperando la funesta noticia de que lo peor ya había ocurrido.

Al cabo de unas horas eran despertados por el ruido de unos portazos frenéticos y unos gritos ininteligibles. Padre y madre se despertaron de inmediato y se abrazaron sabiendo lo que aquellos gritos y llamados significaban. Su hija ya no se contaba entre los vivos y ni siquiera quedaría un cadáver al cual honrar. La madre de Raquel no dejaba de llorar mordiéndose las manos, escuchando los pasos de su esposo alejándose en dirección a la puerta. La noticia, la inevitable noticia, demandaría su atención y ella no soportaría su mención. Porque una vez que fuera dicha sería real y ninguna esperanza tendría poder suficiente para contradecirla. Así de definitiva era la muerte, ningún necio era capaz de contradecirla. Era lo que era, sin alternativas ni confusiones. Lo muerto permanecía definitivamente muerto mientras la Tierra seguía su curso. Esa Tierra cuya redondez había sido comprobada hacía menos de un siglo y que no dejaba de girar indiferente a las muertes o vidas que dentro de ella acontecían. Pasos de vuelta, los de su esposo acompañados por otra persona. Pasos que traerían consigo la infame noticia para la cual era mejor no tener la capacidad de entender el lenguaje humano ¡Ojalá se quedara sorda antes de tener que escuchar esas palabras! ¡No, no quería escucharlo! Se acercaban ya con sus lenguas dispuestas a soltarle el chaparrón de la verdad, a empaparla con la innegable realidad. Y entonces su esposo la llamó por su nombre con un tono de voz quebrado que denunciaba otro tipo de emociones, otra clase de desesperación. Una voz llena de esperanza. ¿Acaso era posible?

Frente a ella, su esposo, el Virrey y la Virreina la veían con expresiones indescifrables. Era mejor que hablaran de una vez por todas, que cumplieran el deber prometido de informar lo que no pudo ser evitado y se largaran enseguida. ¿Para qué tanto protocolo? ¿No era un poco cruel traer amargas noticias a la puerta de su casa y luego querer plantarlas directamente en su cara? ¿Querían comprobar la hondura de su pena mientras anunciaban la muerte de su hija? ¡Qué inapropiado! Con un tono de rabiosa angustia los enfrentó.

—¿Qué esperan para decirlo? ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué no nos dejan en paz con nuestra pena? ¡Díganlo de una vez!

La madre de Raquel rompió en renovado llanto y su esposo corrió a abrazarla. Justo en ese instante, el Virrey le dijo unas palabras que la asaetaron como si se tratara de un rayo de esperanza iluminando la oscuridad que abarcaba la extensión de su avergonzado y adolorido corazón que solo hasta entonces se había permitido declarar su secreto sufrimiento. Las palabras del Virrey resonaron claras y

contundentes en la espaciosa estancia:

—Raquel escapó.

Capítulo 16

Silenciosa en su altanería, la fachada de la gran hacienda Moctezuma se alzaba mortuoria como un inquietante monumento abandonado en honor a sus caídos. ¿Y quiénes eran esos caídos? El grandilocuente apellido, el honroso linaje que no volvería a alzarse con el trono prometido. La última esperanza de su retorno, la niña Moctezuma, se había rebelado contra la voluntad que la mantenía sujeta a una destructiva promesa. Atrás quedaban los sueños de grandeza y sería insensato insistir en ellos. Conscientes del peligro que se cernía sobre ellas, la señora Moctezuma y la nodriza abandonaron enseguida la propiedad sin llevar ningún objeto de valor bajo el brazo y sin devolverle una mirada a la majestuosa casa que había sido su único y verdadero hogar durante tantos años; emprendieron un rumbo desconocido y desaparecieron para siempre de la historia confiando en que la querida hija de ambas, porque las dos se consideraban sus madres, hubiera conseguido su salvación absoluta junto a su único y verdadero amor.

Así de arrogante en su soledad pero sin perder su imponente y enigmática impresión, la hacienda Moctezuma recibió al Inquisidor Felipe Méndez y sus gendarmes que iniciaron una búsqueda exhaustiva de la bruja María del Carmen Moctezuma a quien todos habían contemplado invocando una lluvia sobre las hogueras y escapar con uno de los prisioneros, mientras la otra bruja judía, también desaparecida, parecía haber sido tragada por la tierra. El Inquisidor y sus hombres trataban de abarcar toda la propiedad separándose durante la ejecución de su búsqueda, que parecía más bien un escenario donde los cazadores eran burlados por su esquiva presa. Acabaron enredando y torciendo sus caminos en la laberíntica espiral sobre la cual esa hacienda fue construida, a menudo extraviándose al darse cuenta de que se reencontraban en un mismo lugar, como si cada puerta o cada pasillo no llevara a ninguna parte. Mientras exploraba un pasillo largo y angosto, sin puertas a sus lados, que se extendía hacia el final como una sombra que no revelaba que había del otro lado, el Inquisidor avanzaba silenciosamente acompañado por dos de sus soldados.

—Encomiéndense a Dios —les advirtió el Inquisidor—. No dejen que los confunda con sus trucos baratos. Acompañados por Dios ningún demonio es suficiente impedimento.

Justo entonces se escuchó el grito sobrehumano que no podía identificarse como propio de un hombre o una mujer. Sin embargo, se trataba de un jadeo que no podía pertenecer a una bestia. Era un lamento consciente de su propio dolor, aullando su pena con un grito tan horroroso que el Inquisidor enseguida se llevó la mano al pecho apretujando el crucifijo que llevaba colgando en su cuello, pero sin detener por ello su camino.

—Sigamos hasta el final de ese camino —ordenó inflexible—. Los fugitivos podrían encontrarse escondidos en esta casa. Tenemos que ser más inteligentes que ellos. No se dejen engañar. Su magia no puede herirlos cuando Dios habita en sus corazones.

El Inquisidor prefirió adelantar a sus soldados corriendo en dirección al final oscuro del pasillo, encomendando a sus rezos que sonaban como un susurro impertinente. Sus pasos acelerados lo llevaron en dirección a una luz que denunciaba la salida hacia un espacio a cielo abierto. El Inquisidor se sintió satisfecho por el hallazgo seguro de que allí encontraría alguna pista de valor que le permitiría descubrir el paradero de sus prisioneros fugitivos. A medida que corría se cansaba más y daba la impresión de que la distancia entre su carrera y el tramo final para cruzar el umbral permanecía igual sin importar cuanto avanzara. Se detuvo jadeando e inspiró profundamente llamando a Dios y rogando por su protección. No se rendiría. Ninguna bruja al servicio del Diablo lo

derrotaría. Lanzó un grito desesperado y con renovados bríos se lanzó directamente hacia el umbral y tropezó cayendo justo al otro lado. Se reincorporó enseguida sosteniendo nuevamente la cruz de su pecho y tratando de encontrar algo inusual, cuando se dio cuenta de que nada había en el gran patio expuesto a la luz del sol, a excepción de una rara piedra a lo lejos. Su curiosidad le animaba a seguir avanzando en dirección a esa piedra. Sin soltar su crucifijo avanzó lentamente en dirección al tótem del cual aun no precisaba sus contornos. Una extraña brisa le soplaba de lleno en la cara, una brisa que traía consigo un olor a metal oxidado. Era el aliento de algún demonio que seguramente vivía como un parásito alimentándose de los actos de hechicería que allí se llevaban a cabo, según lo imaginaba el Inquisidor. Instintivamente arrancó la cruz de su cuello y la alzó con su mano adelantando su cuerpo como si se tratara de un escudo protector.

—Nada puedes hacerme —le dijo el Inquisidor a la piedra, sin saber por qué, como si intuyera que aquella cosa no era una simple piedra—. Yo soy la luz y el camino. Estoy a salvo.

Siguió avanzando y ante sus ojos los difusos contornos de la piedra negra vertical revelaron su verdadera forma: un tótem sobre el cual se hallaba tallada la forma de un dios primitivo que mezclaba rasgos humanos y animales. Un falso ídolo al servicio de la blasfemia. La efigie de un monstruo prohibido para su fe. Seguidamente, a medida que avanzaba, pudo ver como la piedra irradiaba destellos plateados. ¡La piedra estaba viva! Ya frente a ella el Inquisidor adelantó su crucifijo dispuesto a tocarla diciéndole:

—¡Ríndete! ¡En el nombre de Cristo...!

Su discurso se vio interrumpido por un ruido a sus espaldas. Al voltearse pudo ver a uno de sus soldados a lo lejos que caía desmayado y chorreando sangre por su cuello rebanado. Volvió nuevamente su cabeza hacia la piedra, ¡y había desaparecido! Retrocedió invadido por un miedo súbito que crecía en su interior, cuando de pronto sintió que pisaba un charco húmedo que mojó sus pies. Al bajar su mirada no daba crédito a lo que veía: charcos de sangre a su alrededor y montones de cadáveres. Algunos descompuestos y otros enteros, como recién muertos entre los cuales se encontraba cada uno de los soldados que había dejado atrás. Impresionado por esta visión del horror, soltó su crucifijo accidentalmente y corrió sin detenerse ni volver su mirada. Sin saber cómo logró encontrar el camino de regreso a través del laberinto hasta la entrada de la hacienda Moctezuma, en donde vio a los soldados que montaban guardia afuera; jadeante alcanzó a conminarlos con el característico tono autoritario de su voz pero con un matiz profundamente alterado:

—¡Aléjense de aquí inmediatamente! Este lugar está lleno de muerte y maldad. No podemos permitir que se escapen.

Corrían, corrían y corrían... Dos amantes juntos contra el mundo. Les bastaba su amor para enfrentar el destino y derrotarlo. Corrían tomados de las manos y no parecían dos fugitivos escapando de una sentencia de muerte, sino dos niños que jugaban a escapar del gigante de un cuento. Jadeantes, se detuvieron unos minutos. Guillén de Lampard y María del Carmen Moctezuma se miraban el uno al otro en la cumbre de su extática adoración. No estaban muy lejos de la ciudad pero necesitaban aquel descanso. Guillén la abrazó con fuerza para luego acariciar su rostro y besarla. No podía creer que estuvieran juntos, ni mucho menos que horas atrás se encontraba atado a una hoguera ya seguro de su fatal suerte. María respiraba aceleradamente constatando el efecto de la carrera de huida desde la plaza de la ciudad hasta las afueras. Aun quedaba mucho por avanzar y probablemente los soldados a caballo no tardarían en llegar hasta su actual posición. Guillén la condujo hasta la orilla de un

pequeño bosque para ocultarse de cualquier mirada indiscreta mientras descansaban. María sentía sus piernas entumecidas. Jamás había corrido tanto en su vida. El plan era alejarse lo suficiente y luego permanecer ocultos en algún rincón que sirviera de escondite para pasar la noche y descansar un poco. Seguidamente, antes de que la aurora despuntara trayendo consigo a sus espaldas el sol de la mañana, reanudarían la rápida huida rumbo al quilombo, donde ya no serían encontrados. Desde que se habían visto, desde que ella lo había salvado, no tuvieron ocasión de hablarse. No hacía falta. El amor correspondido tiene su propio lenguaje en el cual ningún silencio es incómodo ni ninguna palabra es demasiado necesaria para romperlo. Un común entendimiento que comunicaba con miradas y gestos los más íntimos sentimientos de dos amantes que no podían dejar de amarse. Pero, en aquel instante de tregua, algunas palabras se hacían necesarias. Fue Guillén quien habló primero.

—Pensé que moriría sin verte por última vez.

—Eso era lo menos grave. ¡Estabas a punto de morir! ¿No tenías miedo?
—inquirió María.

—No, mi Reina Moctezuma —admitió Guillén—. Lo peor de aquello no eran las llamas a punto de quemarme, sino saber que partiría a otra vida sin la certidumbre de tu amor.

María lloró al escucharlo y Guillén la abrazó. Unas tímidas lágrimas surcaron el rostro de él y se secaron en el cabello de ella cuando apoyó su rostro allí al abrazarla. No lloraban de tristeza, sino con ese llanto que solo conocen los amantes cuando descubren que el objeto de su amor ha padecido su mismo dolor y se ha lamentado con las mismas palabras como si un mismo corazón bombeara su sangre en el cuerpo de ambos. Si tan solo pudieran permanecer así abrazados todo el tiempo y volverse unas estatuas de piedras juntos hasta el fin de los días, hasta que la eternidad se consumiera a sí misma sin dejar una memoria de su infinitud...

—¡Perdóname, María! No debí hacer lo que hice —suspiró Guillén con una nota de sufrido arrepentimiento quebrando su voz—. ¡Ni siquiera soy capaz de hablar sobre ello!

María se apartó de su abrazo para ver su rostro lleno de lágrimas. Ella procedió a secarlas con sus manos a partir de un gesto suave. El tacto de ella fue como un bálsamo para su culpa, sabiendo que con esa caricia compasiva ya todo estaba perdonado.

—Mi irlandés, no hay nada que lamentar —subrayó María con un tono confidente que no dejaba lugar a dudas de su perdón sin reproches—. Fueron las sombras. Todos tenemos impulsos gobernados por instintos, pero las sombras son capaces de identificarlas y volver eso en nuestra contra. Pero ya nada pueden hacernos.

Estuvieron otro rato abrazados traspasándose mutuamente la certeza de su inquebrantable amor, como si aquel abrazo interpretara un nuevo idioma de latidos y suspiros por el cual los amantes hablaban sin palabras. Siguieron así de esta manera hasta que se dieron cuenta de que su situación en aquel punto era peligrosa. Al sol le llegaría su ocaso en unos minutos y prontamente atrás vendría la noche para dejarlos a ciegas. Aprovecharían ese negro camuflaje de sombras para ocultarse pero primero debían avanzar un poco más para alejarse lo suficiente de la ciudad. Guillén se desembarazó lentamente del abrazo de María y le ordenó con un tono dulce:

—Es tiempo de partir.

Avanzaron con paso acelerado un buen trecho dentro del corto bosque, sin sentirse agotados. El cielo lucía teñido de rojo sangre crepuscular anunciando su muerte. Guillén encabezaba la marcha apartando ramas y guiando el camino a seguir, mientras María lo seguía segura en su paso hasta que su zapato se enredó con una zarza. María haló su pie con fuerza haciéndose daño y acabó cayendo de bruces al suelo. Guillén corrió enseguida hasta ella dándole su mano para levantarse. María

sostuvo su mano y se impulsó a incorporarse hasta quedar a la altura de él. De pronto vio que una negra ceniza se posaba en la cara de Guillén manchando su rostro. María acercó su mano a la piel de su rostro para limpiarla y justo cuando la tocó sintió que tocaba una tea encendida. Retrocedió con un grito de espanto y observó que la piel de su mano se descamaba como si se estuviera quemando cayendo desmayada y convulsionando en el suelo del bosque. Guillén la llamaba tratando de que reaccionara y saliera de ese trance, de ese último engaño fraguado por las sombras del reino subterráneo. Justo entonces, los cascos de unos caballos anunciaban la llegada de unos soldados. ¡Los encontrarían si no escapaban pronto! Pero ella no reaccionaba, y el galope se acercaba. Guillén vio una maraña de arbustos a menos de un metro de distancia y supo lo que debía hacer. Llevó a María hasta ese punto cargándola en sus brazos y depositándola con dulzura, asegurándose de que quedara oculta. Le dio un beso en la frente a modo de despedida.

—Perdóname una vez más, mi Reina Moctezuma. Pero no soportaría verte morir.

Guillén se alejó velozmente de los arbustos y corrió en dirección a los soldados denunciando su paradero, dispuesto a entregarse de inmediato y adivinando el cumplimiento del castigo postergado que lo esperaba.

María despertó en el bosque, cuando ya era de noche, completamente sola y sin rastro de Guillén en ninguna parte. Se sentía extraña como desprendida de un peso que la atormentaba durante largo tiempo. Por primera vez en su vida se sentía verdaderamente despierta, consciente de que estaba en la única realidad tangible que sus sentidos atestiguaban. Las sombras habían muerto dentro de ella. Supo entonces que ya no poseía poder alguno y que volvía a ser una persona corriente como cualquier otra. En aquel instante fue consciente de lo que eso significaba: desheredada por las sombras que llevaban su apellido, desterrada de sus expectativas para siempre. Ya no era, nunca más, la Reina Moctezuma. Ya no era portadora de la Visión ni el instrumento de sus dones sobrehumanos.

Trató de recordar lo ocurrido y al recordar las imágenes de su última visión, su primer impulso fue correr desesperada camino a la ciudad. ¡Estaba ocurriendo! Lo había visto antes de que sucediera. Ya no tener dones sobrenaturales no le borraba la memoria de sus visiones pasadas ni los conocimientos que de allí extrajo. La visión era muy clara: Guillén ardiendo en la hoguera en una noche estrellada como esa. No podía perder tiempo, tenía que llegar al lugar de la ejecución. Guillén la había protegido para salvar su vida, pero ella no concebía una vida sin él. Además, en el fondo sabía que todo lo ocurrido hasta ahora era su culpa. De haber sido valiente para enfrentar las sombras mucho antes, quizás las circunstancias hubieran sido distintas. No había tiempo ni espacio para detenerse en lamentos por lo que no se hizo. Seguiría corriendo al encuentro de Guillén porque él era su destino.

Nuevamente la hoguera estaba lista, pero esta vez sin tanta pompa; todo se llevaba a cabo con una rapidez inusitada. El Inquisidor Felipe Méndez no esperaba ni un solo día más para quemar a aquel impostor que había osado escaparse de las manos del Santo Oficio. Las otras dos brujas no habían aparecido pero ya habría tiempo para ellas. Mientras tanto debían deshacerse del irlandés impostor antes de que ocurriera alguna nueva eventualidad adversa. Todo el pueblo se congregaba en silencio esperando un nuevo prodigio, temeroso de la aparición de alguna de las brujas para impedir por segunda vez que se llevara a cabo la postergada ejecución. El Virrey

observaba cómo ataban a Guillén a la hoguera sin ninguna resistencia., como a quien ya habiendo burlado mucho tiempo a la muerte decide concederle finalmente su victoria. En algún momento la mirada de ambos se cruzaron y Guillén inclino su cabeza a modo de despedida. El Virrey suspiró profundamente comprendiendo que ya todo estaba decidido y nada podía hacerse para revertirlo. El Inquisidor, perdiendo la compostura, ordenó que prendieran la antorcha enseguida mientras gritaba:

—Quien se rebela contra Dios arderá en llamas peores que estas. Llamas eternas esperan a este hombre y a sus brujas en el Infierno. Carne pecadora y putrefacta que ya ha prendado su alma a la oscuridad, ¡se acabó tu desobediencia! Una vez más Dios ha ganado la guerra.

El Inquisidor recibió la antorcha encendida de la mano de uno de sus soldados y avanzó raudo hacia la hoguera de Guillén arrojándola con violencia sobre la paja y los maderos ordenados alrededor del poste de madera no sin antes escupirle el rostro.

Y entonces ocurrió, esta vez sí. Las llamas cubrían toda su visión empañada por el humo. La carne le escocía con quemaduras inexorables extendiéndose en todo su cuerpo preguntándose a sí mismo: "¿Durante cuánto tiempo arde un corazón rostizado por el fuego?"

Justo cuando ya su cuerpo ennegrecido por el fuego estaba a punto de exhalar un último suspiro sintió que alguien se arrojaba sobre él abrazándolo. Era María, su Reina Moctezuma, junto a él ardiendo dentro de una misma hoguera. Ella no soportaba una vida sin estar a su lado. Segundos antes, para sorpresa de todos los presentes incluido el Inquisidor, ella apareció sin ocultarse. Todos se apartaron temerosos y ningún soldado se atrevió a prenderla. Enmudecido, al Inquisidor se le atoraron las palabras en su garganta y pudo ver cómo la joven mujer, segura en su determinación, corría en dirección a la hoguera lanzándose de lleno dentro de ella para arder junto a su amante. Un grito de asombro colectivo fue la respuesta inmediata ante tan inesperado suceso. Dos amantes fundidos por una misma llama dolorosa, que los dejaría para siempre hechos cenizas. Un acto final de entrega se convertía en la prueba de un amor cuya historia se perdería para siempre en el tiempo, como tantas otras historias de amantes que prometen arder juntos bajo las estrellas.

Epílogo

En un miserable pueblito del Virreinato de Nueva España, lejos de la capital, una señora deambulaba por la plaza pidiendo dinero. A veces algún transeúnte se detenía a escucharla y ella contaba su historia de Reyes, sombras y hogueras que nadie creía. Luego seguía su camino buscando semillas para alimentar a las palomas. Nadie recordaba cómo había llegado hasta allí y a nadie le importaba. Decían que era una loca inofensiva que inmediatamente se convirtió en un símbolo del pueblito.

En cuanto a esta mujer, ella sabía que no estaba loca y que todo cuanto contaba había ocurrido tal como lo vivió. Le gustaba pensar que cuando caía la noche dos luceros ardientes e inseparables la observaban, y entonces recordaba a sus amigos. Esta historia se perdería en el tiempo pero ella viviría hasta el final de sus días con el consuelo de haber sido alguna vez la amante del impostor.